



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

B. D.

NA
guos
el Arenal, 1
MADRID



Stern Gr. Paris

~~320 F. 25~~



Vet. Span. III A. 128

129

HAS

1 - 4

155

POESIAS
DE
DON JUAN VALERA.



Madrid,
IMPRESA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Ma'lera, núm. 8 .

1858



PRÓLOGO.

DE las poesías contenidas en la siguiente coleccion, algunas salieron á luz há ya no pocos años, siendo su autor todavía muy jóven; otras aparecen ahora impresas por la vez primera. En aquellas van aquí hechas varias y notables alteraciones, bien dignas de ser llamadas correcciones, habiendo servido de guia y maestro al poeta la no escasa instruccion que ha adquirido en un plazo medianamente largo, y aprovechado en prolijos estudios. Todo cuanto pudiese decir el presente prólogo en alabanza de las obras que á continuacion van á ser sometidas al juicio del público, seria inútil, porque á los lectores entendidos compete únicamente juzgar de lo que, con darlo á luz, se presenta á su tribunal, y además, porque el escritor de estos renglones conoce y confiesa que no puede ser juez imparcial del mérito de

las producciones de una persona con la cual le ligan relaciones de parentesco y cariñoso afecto, aunque, por otra parte, lo que mas aprecia en él, como lo apreciaria en un extraño, es un ingenio agudo y claro, y una instruccion en que compite lo vasto con lo profundo. Sobre este último punto no cabe equivocacion, como puede haberla al tasar el valor de trabajos literarios, en lo cual á lo falible del juicio suele agregarse, aun contra la voluntad del que falla, la pasion ó favorable ó adversa. Excusado pareceria, pues, un prólogo despues de lo que acaba aquí ahora de asentarse, si no fuese lícito, y por otra parte provechoso y juntamente oportuno, con motivo de las presentes composiciones, decir algo sobre la clase á que pertenecen, y sobre el estado de la Poesía en nuestra España y en el día presente. Para juzgar lo que el poeta ha hecho no está de mas conocer lo á que aspiraba; para bien de otros poetas, y del público en general, será bien examinar si es buena la senda que el autor ha seguido. De este modo viene á enlazarse una cuestion de gloria personal con otra de comun provecho, y el que parece como panegirista, presumiendo de crítico, no tanto mira por el interés de una persona amiga, quanto se arroja á emitir juicios y sentar doctrinas que, si dan origen á disputas, habrán de terminar, sea de quienes fuere la victoria, en el triunfo de la buena causa.

La Poesía castellana, en nuestros dias cultivada como

nunca, si solo atendemos al número de los que en ella se ejercitan, ha pasado por bastantes y muy notables vicisitudes en el siglo XIX. Al empezar este era clásica, tomando por norma ó pauta del género llamado *clásico*, no la elegante sencillez griega, sino la un tanto artificial copia hecha de los modelos griegos por los autores latinos, ó, diciéndolo con mas propiedad, las interpretaciones del gusto de la antigüedad hechas en el siglo XVI por los italianos y por algunos de nuestros compatriotas, y en el XVII por los franceses, en la época á que ha dado nombre Luis XIV. Bien es verdad que en el siglo XVIII, en Francia aquella pureza clásica habia tenido notable alteracion y deterioro, y que nuestros críticos y autores, tomándolo todo de los franceses, solian tomar lo que estaba en uso en la nacion vecina, acaeciendo así lo mismo con las modas literarias que con las del vestido y peinado. Tambien es cierto que dos escuelas competian por la dominacion en la teórica y en la práctica, siendo la que tenia por cabezas á Moratin y á Estala mas rígida ó mas atinadamente clásica que la que seguia á Quintana y á Cienfuegos. Esto sin contar con la escuela sevillana, en que el entusiasmo de paisanaje habia hecho obligacion imprescindible imitar las formas y hasta la diction de Fernando de Herrera. Pero tal discordia mas se mostraba en los juicios sobre las obras, así pasadas como contemporáneas, que en punto á los preceptos, los cuales para to-

dos eran los mismos, reputados ciertos, y venerados aun cuando no siempre fielmente seguidos. Versaban, pues, las disputas, no sobre los dogmas de la fe, sino sobre si habian sido ó no rigurosamente observados en la conducta; por lo cual, si se notaban en algunos escritos rarezas harto distantes de lo dictado por el gusto acendrado y melindroso de los buenos escritores antiguos ó modernos (rarezas de que Cienfuegos mas que otro alguno daba señaladas muestras), tales desvíos ó extravíos de la buena senda pasaban por ser, si es lícito comparar con lo sagrado lo profano, no hijos de la herejía, ni siquiera del cisma, sino pecados-mas ó menos graves. Pero sin negar mérito á composiciones y juicios críticos de aquellos dias, no muy lejanos del presente, forzoso es confesar que la doctrina promulgada por los maestros era en gran parte, si no ya del todo, errónea, pecando especialmente de incompleta, y que en las obras, no obstante haber entre ellas algunas merecedoras de aprobacion y aplauso, faltaba el exquisito gusto clásico en la inspiracion y en el estilo, subsistiendo en la parte externa ó configuracion, donde es menos necesario ajustarse á los modelos de la antigüedad griega ó romana.

Duraron así las cosas hasta que ciertas doctrinas de origen aleman penetraron en Francia, y despues de alguna resistencia, lograron triunfar en el pueblo francés. En Inglaterra habia desde tiempos antiguos una poesia

peculiar de aquel pueblo, separado de los demás, tanto por el mar que le rodea y ampara, cuanto por singularidades de sus leyes, costumbres y sociedad, de que su literatura es hija y retrato. En Alemania habian nacido una poesía y una crítica nuevas, habiendo en aquella nacion la segunda, si no engendrado á la primera, acompañádola desde su infancia y servídole de guia. Los ingleses no juzgaban con sujecion á un código literario inflexible y estrecho; los alemanes idearon un código nuevo, contraponiéndole al antiguo, ó poniéndole á su lado para que hubiese dos destinados á naciones diferentes. Pero ni el ejemplo de los ingleses, ni las novedades teóricas y prácticas dominantes en Alemania, ni los atrevimientos de la baronesa de Staël, de Benjamin Constant y de otros pocos, ni entre nosotros, los esfuerzos de Bohl de Faver y sus escasos secuaces, habian producido en los ánimos españoles la menor duda sobre cuáles fuesen las reglas invariables del buen gusto. Otra cosa aconteció cuando los franceses, nuestros modelos, extremándose, como lo hacen en todo, llevaron la mudanza en la fe y en la práctica literarias hasta el increíble exceso de poner sobre las tragedias de Corneille y de Racine los dramas de Víctor Hugo. No tardó mucho en traspasar los Pirineos la nueva doctrina. Contribuyó no poco á traerla y propagarla quien esto escribe, particularmente en el prólogo al *Moro expósito* del Duque de Rivas, y contribuyó aun mas á ello el mismo Duque

con el citado poema, con su drama titulado *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y con sus *Romances históricos*. Pero es de notar que en el prólogo antepuesto al *Moro expósito* no se admitió la division de géneros de la novel escuela, y solo se dijo que el clasicismo á la francesa no lo era de buena ley, y que la belleza, aun tal como la concibió y expresó la clásica antigüedad, puede y debe ser buscada y hallada por mas de un camino, con formas, si no opuestas, distintas, y con atavíos varios, conformes á épocas y pueblos diferentes.

Fué, con todo, propagada, bien admitida, respetada, y cual podia serlo, observada la nueva fe literaria, en la cual entraban á la par la veneracion y el remedo de todo cuanto piensa y dice la nacion nuestra vecina y maestra, afectos de patriotismo, ó motivos de vanidad nacional al ver rehabilitada nuestra poesia dramática por las doctrinas germano-francesas, y el deseo de variar, harto disculpable, principalmente cuando sistemas gastados en fuerza del mucho uso dan de sí únicamente producciones de una monotonía insufrible.

Pero el romanticismo español adolecia de mas de un defecto. De estos era uno, y no leve, el que es inherente al mismo romanticismo extranjero, pues nadie puede demarcar con cabal exactitud cuáles son los límites que separan á la crítica y poesia clásica de la romántica. Y en España fué mayor la confusion por haber coincidido ciertas circunstancias con la introduc-

cion de la nueva escuela en nuestro suelo. Porque á la par con una mudanza en la region literaria, hubo otra de no inferior consideracion en la política, y esta última trajo consigo la libertad de imprenta, y con el derecho de imprimir lo que pudiesen escribir, vino á muchos el deseo de esgrimir la pluma, é infundiendo los sucesos ambicion de varias clases, llegaron á ser muchos los escritores, y de ellos, pocos los bien preparados para dar verdadero lustre á sí propios ó á la literatura de su patria. Hubo, pues, en los poetas románticos osadía, rara vez acompañada de tino ó de acierto. Era comun escribir versos calificados de románticos, pero no bien ajustados á las reglas particulares de escuela alguna ó á las comunes de toda buena escuela. Creyóse hallar en la forma la esencia de las composiciones, y con mudar varias formas de metro en una sola corta produccion, porque así lo hacia el francés Víctor Hugo, juzgaban autores y lectores haber acertado con la nueva senda por donde la buena poesía debe caminar al templo de la gloria. Seguia, en medio de esto, la perífrasis, defecto capital del pseudo-clasicismo, y no comun en el clasicismo verdadero, especialmente en el griego, dominando en los escritos; seguia la afectacion en el lenguaje, el cual, por ser de lo llamado poético, encubria con frases sonoras ó retumbantes lo vacío ó lo llano del sentido. Agregábase á todo ello la incorreccion, vicio, no de esta ó esotra escuela, sino de los malos escritores, y

con particularidad de los ignorantes, los cuales era fuerza que abundasen, y de hecho abundaban, en la turba numerosa y confusa que se habia arrojado á manejar la pluma en prosa y verso.

De aquí ha nacido, como era natural que sucediese, una reaccion hasta cierto punto provechosa, aunque un tanto violenta, y con peligro de ser llevada allende todo término razonable. De los delirios en que ha llegado á incurrir un escritor de tantas y tan altas dotes poéticas como es Zorrilla, es de temer que vaya á pararse á la imitacion de Melendez ó de los poetas sevillanos de principios del siglo presente, no faltos de mérito estos ni aquel, pero sí frios, amanerados, y sobre todo, con exceso artificiosos.

El poeta á cuyos versos sirven de prólogo estas reflexiones, no es de la escuela romántica moderna ni de la clásica ordinaria. Y sin embargo, es, en sentir del que esto escribe, clásico por excelencia. Quien atienda á las formas de que reviste sus conceptos; quien, penetrando en su pensamiento hasta donde es dado al crítico llegar en sus investigaciones, observe la elaboracion de las ideas en su mente, habrá de conocer que el estudio de la antigüedad griega y latina y de los verdaderos clásicos modernos influye en su juicio y aun en su inventiva, descubriéndose en sus composiciones lo que sabe, juntamente con lo que hace y lo que intenta.

Ni es de extrañar que este clasicismo, que, por serlo

de buena ley, no se ajusta á lo que pasaba por tal há pocos años, y señaladamente en Francia y en España, se avenga en varios puntos con el romanticismo no exagerado. De ello hay un ejemplo en la literatura francesa. Los románticos han descubierto el mérito, antes no conocido, de las poesías de Andrés Chenier, y le han alabado sobremanera, no obstante ser sus composiciones remedos de la antigüedad griega, pero remedos en que vivia el espíritu de los modelos imitados, y lejanos, por lo mismo, de otros que, aspirando á serlo, mostraban no conocer la calidad de lo que imitar querian.

De una clase parecida, si no igual, son las poesías que este tomito encierra. Si en las infinitas clasificaciones que hay hechas y pueden hacerse de la poesía cabe la que va á hacerse aquí, bien podria decirse que los versos dél Sr. Valera son de la *poesía sábia*. Nutrido el poeta con copioso alimento literario, y ese de la mejor especie, y teniendo fuerzas para digerir y asimilarse el buen sustento en que se ha cebado, en su constitucion mental acredita la calidad y bondad del régimen que ha seguido. Nótase en la concepcion de sus ideas, y mas todavía en la expresion, el estudio de los griegos en los originales; nótase tambien el de los italianos, de uno de los cuales (Leopardi) consta al escritor de estos renglones que es el Sr. Valera admirador apasionado, y, si es lícito expresarse así, condiscípulo, aunque no copista.

Tiene la clase de poesía á que acaba aquí de hacerse

referencia, sus escollos, como los tiene todo rumbo que se siga en el espacioso piélago literario. No suelen ir juntos, al concebirse las ideas, la espontaneidad y el juicio crítico; siendo sabido que, hasta una época novísima, los mejores jueces de escritos no han sido los mejores escritores, ó al menos, no han sido los escritores mas valientes y originales. Pero en Alemania, casi en nuestros días, se ha visto nacer la ejecución del juicio sin menoscabo del brio que debe tener y tiene la composición verdaderamente espontánea.

Si no ciega ó deslumbra á quien esto escribe un afecto ya aquí confesado al poeta, en las obrillas del Sr. Valera no falta la espontaneidad ni el brio. No porque un tanto no adolezca su índole de poeta del vicio que es inherente á la clase á que él corresponde, pues la perfección es incompatible con la humana flaqueza, y en las poesías siguientes no hay perfección absoluta, y en ellas, como en toda obra de los hombres, se nota que, cuando se bambolea quien obra, habla ó escribe, se va hácia el lado

do su natura ó menester le inclina.

Así, los defectos del Sr. Valera son los de su secta y fe.

De seguro habrá quien por otro lado le tache, encontrando en su expresión algunos ejemplos de llaneza, que calificará de descuido. Sobre este punto hay no poco que decir y reinan no pocas equivocaciones. Al tratar de formar un lenguaje poético distinto del de la

prosa, ó al querer expresarse en uno ya formado, ha sido comun descartar en mil ocasiones las voces propias, por lo cual ha sido forzoso sustituirles otras impropias ó poco menos, ó valerse de circunloquios. Verdad es que una palabra baja puede humillar un pensamiento, valiéndonos de una expresion de Herrera, al censurar á Garcilaso en su comentario; pero no es menos cierto que palabras demasiado escogidas sirven como de pase á ideas triviales; que á menudo, cuando disuena una frase ó voz por lo llana ó humilde, es por no ser muy noble ni elevado el pensamiento que declaran, y que no sin frecuencia el vocablo comun es el único perfectamente adaptado á la cosa que designa, viniendo á ser, cuando está bien empleado, como lo está casi siempre por los clásicos antiguos, un primor en que la sencillez no va separada de la elegancia. Ya traduciendo la tragedia de Sófocles, *Edipo rey ó Edipo tirano*, D. Pedro Estala se habia arrojado á expresarse del modo siguiente por boca de un mensajero y del mismo Edipo:

EDIPO.

Quien me ha engendrado ¿acaso no es mi padre?

MENSAJERO.

Te engendró, como yo.

Y no contento con tal llaneza de estilo, la justifica contraponiéndola á lo que él reputa estilo por demás peinado de los trágicos franceses y sus imitadores. Ya el insigne crítico francés M. de Villemain, notando cuán

perdido estaba el buen gusto clásico en el siglo XVIII, llama la atención á que Barthelemy, en su *Viaje de Anacarsis*, con tener y mostrar tal y tan vasto conocimiento de las letras y costumbres griegas, desconocia la índole de los modelos que admiraba, pues cediendo al vicio de su tiempo, al traducir á Jenofonte, no se atrevió á poner la palabra *nourrice* (equivalente á la nuestra *nodriza*, pero en francés harto mas llana y de uso vulgar), y así, usó del siguiente rodeo, *une femme qui avait élevé son enfance*, « una mujer que en su infancia le habia criado.» Y de notar es que hasta una época novísima iban empeorando las cosas, pues Racine, no obstante su estilo de la corte en que vivia, al cabo, como bien nutrido en la lectura de los griegos, usó hasta tres veces la palabra *chien*, «perro,» en su *Atalía*, y la voz *pavé*, «empedrado ó enlosado,» en el prólogo de la *Ester*; voces ambas humildísimas en la lengua de nuestros vecinos. De la literatura de otros países no hay para qué hablar, pues en la inglesa, uno de los primeros poetas modernos, Wordsworth, sienta la doctrina y da el ejemplo de expresarse en verso como en la mas llana prosa.

Sin ir tan allá como este poeta, en el cual son de tachar no pocas rarezas, así como son de admirar grandes primores, y sin negar que el lenguaje poético, diferente del de la prosa, debe ser usado, si lo es con oportunidad, bueno será justificar aparentes atrevimientos, que, bien mirado, son puramente actos de observancia de la

clásica sencillez antigua. Y aun si algo moderno se advirtiese y quisiese tacharse en la mezcla de estilos del Sr. de Valera, téngase presente que en Ariosto, uno de los primeros poetas modernos, tal mezcla existe y agrada, sin contar con que Lord Byron, otro de los mejores poetas de todos tiempos, nos da, en su *Don Juan*, á la par con un magnífico himno á la Grecia, trozos donde lo familiar no desdice de lo bien entonado de la composición toda.

No intenta quien esto escribe ir calificando por menor las obrillas que siguen, pues si tal hiciese, contradiría lo que deja dicho sobre su incompetencia para sentenciar, ó sobre la inutilidad de los fallos que pronunciase. Pero sí llamará la atención á las calidades diferentes de algunas de las mas notables composiciones de esta coleccion.

Para comprender bien la índole del númen poético del Sr. de Valera, ajustándose la sentencia á los datos que van aquí antes sentados y á los principios y juicios emitidos en los renglones antecedentes, considérese, por ejemplo, el trozo de poesía titulado *El fuego divino*, uno de los mejores que la siguiente coleccion encierra. Sin duda el poeta de nuestros dias no es un Fr. Luis de Leon, cuyas poesías sagradas, y señaladamente *La noche serena*, tan admirada en Inglaterra y Alemania, son la mas elevada expresion de un alma creyente y devota, en la cual los pensamientos y afectos, por lo vivos y sen-

tidos, tienen el carácter de la mejor y mas legítima poesía, sin que salga menoscabada la grandeza de la composición por la suma sencillez del lenguaje. La obra del Sr. de Valera es, al revés, una en que la moderna filosofía ha impreso huellas profundas y muy visibles. El poeta del siglo XVI es un devoto cándido; el del siglo XIX es un pensador, á quien nuevas doctrinas traen al espiritualismo. Aquel, como se deja ver, siente, sin haber pensado en analizar; en estotro es hijo del análisis todo lo que hay bien y vivamente sentido.

En el *Euforión* del Sr. de Valera no hay que buscar cotejos con poesías de otra época que la presente. El autor no disimula, ni quiere encubrir á los que lo ignoren, que ha seguido, si ya no traducido, al aleman Goëthe en una parte del *Fausto*, donde se alude á Lord Byron harto claramente. Bien se advierte, pues, en esta composición algo de una poesía moderna, y si no del todo conocida entre nosotros, tampoco enteramente extraña á nuestra noticia. Por esto, así como por el indisputable mérito del poemita, es fuerza que el *Euforión* agrade á nuestros críticos y á nuestros lectores de todas clases mas aun que otras producciones salidas de la misma vena. Sea como fuere, el tono poético del *Euforión* no contradice, en sentir de quien esto escribe, al de otras obrillas del Sr. Valera, si ya no es que pasa por contradicción su diversidad.

Menos aprobadores ha de tener el trozo de la *Peri*,

traducción parafrástica de parte de un poema del irlandés Tomás Moore, muy celebrado en la Gran Bretaña, y no poco digno de serlo, pero no de los de clase superior entre los del mundo; no siendo, por otra parte, su mejor composición la que da aquí traducida el Sr. Valera. Y la suposición de que no ha de agradar á los lectores españoles el cuento de la *Péris* como otras composiciones de esta colección, está fundada en que la índole de la poesía inglesa y la de la alemana se aviene mal con el gusto de los puramente avezados á la lectura de los poetas españoles, italianos y franceses, todos ellos latinos en sus formas, aunque la lengua francesa deje de serlo en sus sonidos. Ciertamente Shakspeare no ha podido hasta ahora ser apreciado en España, aunque ya lo sea en su verdadero altísimo valor en todas las demás naciones de Europa ó del mundo civilizado. Aun la sin par belleza de *Macbeth* pasa entre nosotros desatendida ó ignorada, y la pésima traducción del *Hamlet* hecha por Moratin, con sus juicios críticos sobre el original, inferiores, si cabe serlo, á la versión misma, es reputada una buena muestra de las monstruosidades dramáticas de los ingleses. Milton, por lo que tiene de clásico, es mas comprendido, aunque pocos españoles le conocen. A Pope salva del desprecio, ó del poco aprecio, lo que tiene de francés en su gusto y manera. Lord Byron en nuestros dias ha sido mas celebrado que entendido, ó aun que leído, y de Scott solamente las novelas han

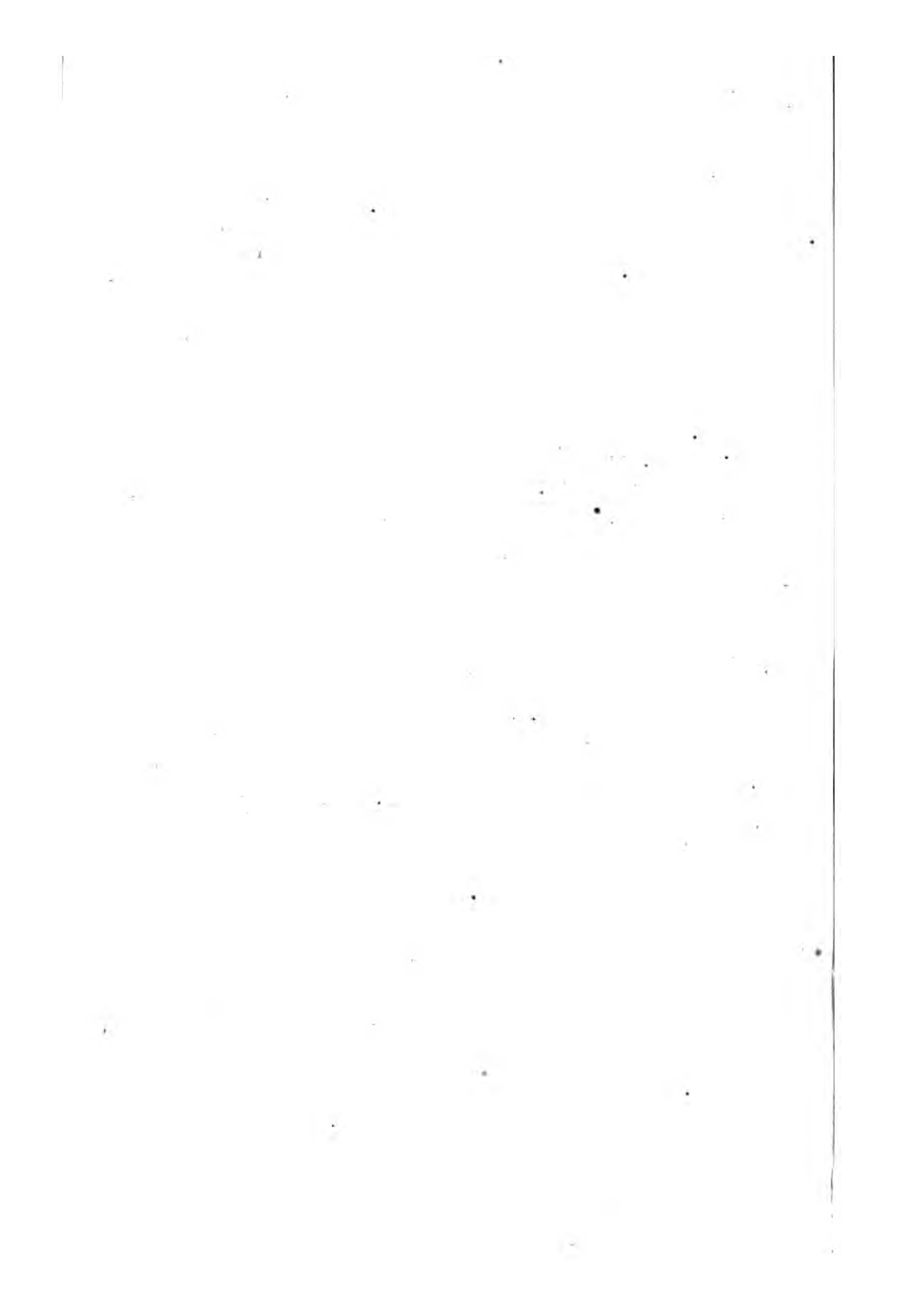
llegado á noticia del vulgo de nuestros lectores. Cowper, restaurador de la poesía inglesa hácia fines del siglo último; el escocés Burns, su contemporáneo, tan varonil, tan sentido, tan patético en su dialecto escocés; Coleridge, Southey, Wordsworth, Crabbe, Shelley, Keats, Campbell, Rogers, y el mismo Moore, que, con otros, tanto lustre de diversos géneros han dado á la poesía inglesa al comenzar el presente siglo, son nombres que rara vez han sonado en los oídos aun de los estudiosos en nuestra patria. Y la forma y la esencia y los giros del pensamiento, y las singularidades de la expresión de la poesía británica en general, siéndonos extraños, nos chocan. Mucho, pues, de lo que conserva del original la traducción de la *Peri* ha de ser cabalmente lo que le perjudique.

No sucederá lo mismo con la leyenda de *Cide Yahye*, de género mas conocido, aunque no de clase muy vulgar en España. En verdad, lo mas familiar de la misma leyenda es la forma, porque en la idea que encierra hay un pensamiento filosófico, moderno y aun novísimo para los españoles.

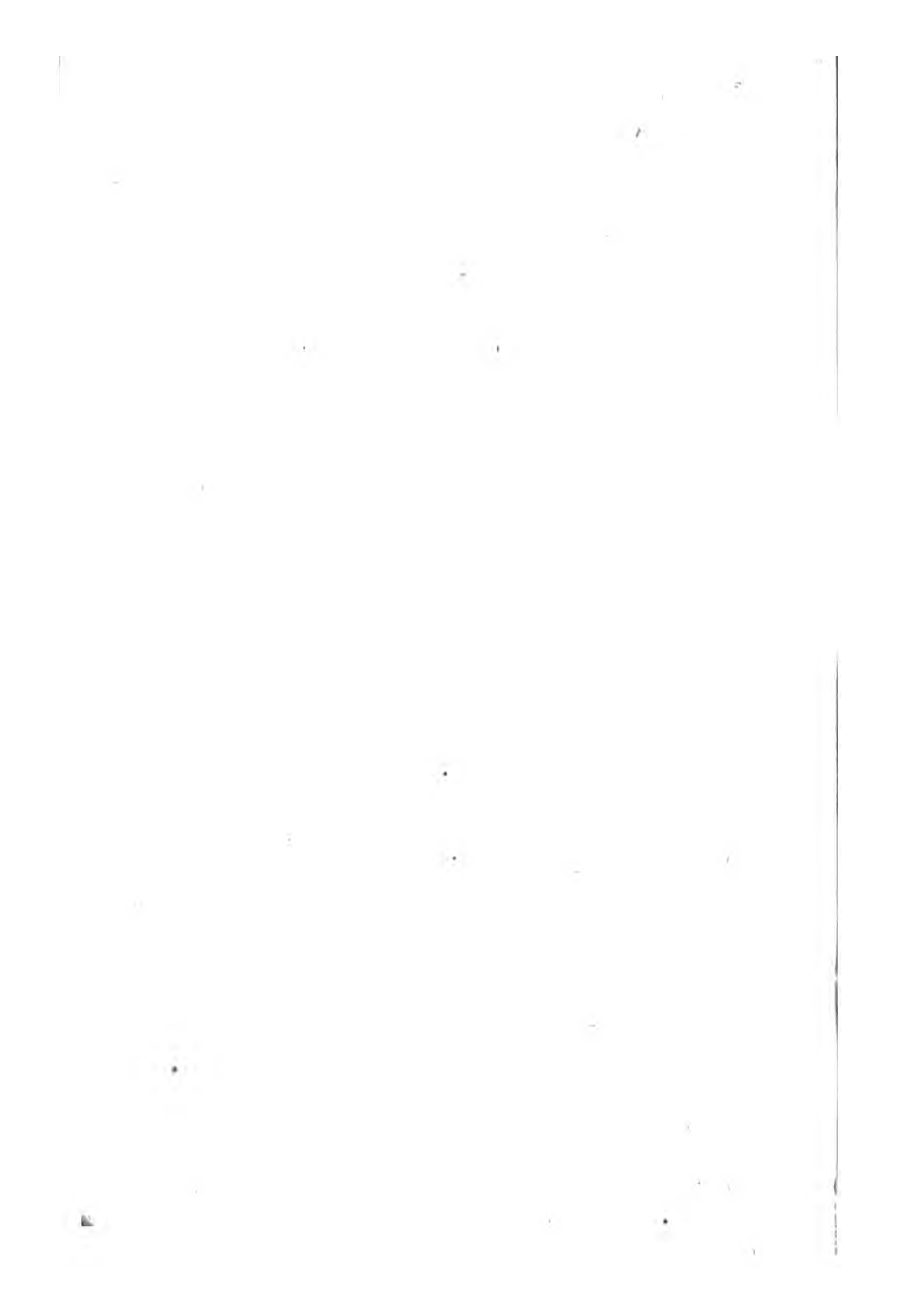
De las demás piezas de la siguiente colección seria inútil hablar en este breve trabajo, donde el escritor, aspirando mas al papel de abogado que al de juez, meramente tira á dirigir la atención de los lectores á la clase de los trabajos del poeta en cuya suerte tiene no disimulado empeño, y no á la mas ó menos perfecta ejecución de la obra.

Pero, si hay quien diga que tambien este prólogo se arroja hasta cierto punto á dar juicios, y que los da demasiado favorables al autor, al cual en algun modo apadrina, y que los mismos juicios se resienten de la doble incompetencia del que aspira á ser juez, siendo por un lado su parcialidad mucha, y por otro lado su capacidad poca, todavía á esta objecion puede darse una respuesta. El prólogo, como las poesías del Sr. Valera, comparece tambien para ser juzgado. Si contiene fallos, estos quedan sujetos á apelacion, siendo el tribunal del público quien sobre ellos ha de resolver, así como sobre las composiciones del Sr. Valera; sentencias todas ellas que habrán de ser confirmadas ó revocadas en revision por la posteridad, si á ella pudiesen llegar tan cortos trabajos; cuando, al contrario, es de temer que una furiosa avenida del rio del olvido se lleve consigo este y otros prólogos, y este y otros libros, escritos en prosa y verso, productos de una generacion parlera por demás, y cuyo imprescindible destino es, ó no ser original, ó descarriarse en sus atrevimientos.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.



POESIAS.



AL

Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano.

EPÍSTOLA DEDICATORIA.

CON todos estos versos en la mano,
Infeliz parto del ingenio mio,
Que por ganar un nombre suda en vano,
 Imploro tu favor, querido tío,
Y ya que celebrándolos me animas,
A tu benevolencia los confío.
 Ni lo raro y difícil de las rimas,
Ni la pompa y estrépito sonoro,
Que tú no tanto como el vulgo estimas;
 Ni de trasposiciones el tesoro
Que á la dición poética se ajusta;
Ni el circunloquio y púdico decoro
 Con que la voz prosáica que le asusta,
Envuelta en discretísima charada,
Un buen poeta de encubrirnos gusta;

Ni otros sublimes artificios , nada
Recomienda la obrilla que publico,
Con tu famoso nombre autorizada,

Que no sin interés te la dedico.
Jamás en buscar símiles me paro,
Si con perfecta claridad explico

Lo que enturbie quizás si lo comparo.
Encontrar en iglesia luterana ,
O en mis versos , imágenes , es raro ;

Y si alguna tal vez los engalana ,
Sin yo buscarla , entre los versos llega ,
Como arrastra en sus ondas flor temprana

Raudo torrente que inundó la vega.
Mas ¿cuándo hierve con furor divino,
Y á excursiones fantásticas se entrega

Mi fatigado espíritu mezquino?
Quizás en nuestra época de prosa
Al llamarme poeta desatino.

A descubrir una verdad hermosa
No alcanza la razon , pero da muerte
A la amena ficcion maravillosa.

No explica los misterios de la suerte
La razón ruda , y mata la creencia
Que viva luz en las tinieblas vierte ,

Que al disipar las sombras sin esencia ,
Con su esplendor fecunda é ilumina
El yermo oscuro de la humana ciencia.

Escasa la beldad y peregrina
 Va por el mundo á la fealdad mezclada,
 Y el alma la depura y determina,
 Y en sus tesoros é interior morada
 La viste refulgente y limpio arreo,
 Con que sale á la luz ataviada.

Muy semejante el pensamiento creo,
 En su hermosura, á la gentil doncella,
 Que necesita de primor y aseo

Para que amable nos parezca y bella;
 Pues la falta de ornato y compostura
 Eclipsa la beldad, que luce en ella;

Así como la frase ingrata y dura
 De la Poesía disminuye el precio,
 Del pensamiento empaña la tersura.

Aunque tambien lo que de suyo es necio,
 Por mas que se revista de primores,
 No podrá nunca merecer aprecio.

Campo estéril que cubren muertas flores,
 Vieja loca que gasta colorete,
 Suelen los versos ser de mil autores.

Mas al vulgo le agrada el sonsonete,
 Y en habiendo palabras y ruido,
 En que haya sentimiento no se mete,
 Ni le enfada lo falto de sentido.

No digo yo que deba la Poesía,
 Su gracia y candidez dando al olvido,

De continuo enseñar filosofía.

Mas allá de la ciencia volar debe
En alas de creadora fantasía.

Do la razon á entrar nunca se atreve,
Allí la inspiracion, allí el misterio,
La cábala del arte hallarse debe.

En balde con pesado magisterio
Los que siguen al cisne de Venusa,
Que en la aurora cantaba del imperio,

Quisieron dar preceptos á la Musa,
Interpretando al sábio de Estagira
Con interpretacion falsa y difusa.

No las reglas, el Cielo es quien inspira,
Al par del pensamiento soberano,
La forma que este á revestir aspira.

Hay en la forma un milagroso arcano,
Que al docto preceptista desespera.
Encarnarse no puede en verbo humano

Lo que, viniendo de encumbrada esfera,
No se enuncia con frases ni describe;
Mas se encarna en la forma de manera,

Que el alma íntimamente lo percibe
En la vaga armonía seductora
Del inspirado canto donde vive.

¡Ay! la Poesía, que mi pecho adora,
Vive tambien, y lo inefable y puro
Con sus encantos manifiesta y dora.

Si no construye ya ciclópeo muro,
Ni los delfines en la mar amansa,
El alma eleva al eternal seguro.

Ella es la fuente cristalina y mansa,
En medio del desierto desolado,
Donde mi corazon bebe y descansa.

Consuelo de mi pecho enamorado,
Unica flor que en el vergel florece
Cuando todas las flores se han secado.

El amor sin objeto no merece
Nombre de amor; trocándose en tormento,
La paz turba, la dicha desvanece.

Y ¡ qué ha de amar el corazon sediento !
Muerta está la beldad que yo adoraba,
Y la patria tambien muerta lamento.

¿ Dónde está ya mi patria, que se alzaba
Fuerte en Italia, respetada en Flándes,
Que de la fe católica llevaba

La santa luz y las doctrinas grandes,
O con la persuasion ó con la guerra,
Del Catay fabuloso hasta los Andes ?

Sin cetro y sin laurel yace por tierra,
Y en vano el vate lo pasado evoca,
Y del olvido glorias desentierra.

Pero no en vano, que á seguir provoca
Una ilusion ridicula y dañina,
Que va volviendo á mucha gente loca ;

A mucha buena gente que imagina
Que con la inquisicion y el fanatismo
Ha de evitar la patria su ruina;

Que al ver que ardian en el tiempo mismo
En los campos la luz de la victoria,
Y en la ciudad la hoguera del abismo,

Quieren que retroceda nuestra historia,
Y con la esclavitud y la ignorancia
Devolvernos poder y nombre y gloria.

Solo cuando de nuevo la constancia
Se levantó, y el español coraje
Contra el empeño inicuo de la Francia,

Un poeta con ellos del linaje
Se levantó tambien de los Tirteos,
Y para rechazar el duro ultraje,

*Allá sobre los altos Pirineos
Del hijo portentoso de Jimena
Reanimaba los miembros giganteos.*

Mas condenó lo que imparcial condena
La historia, sin llamar santa y prudente
La vil hipocresía de la hiena.

Hoy hacen los poetas que se siente
El mónstruo de los héroes en el cielo.
¿Cómo la noble España lo consiente?

¿Acaso faltarán á nuestro anhelo
De recordar la gloria ya pasada,
Para estímulo no, para consuelo,

Nombres puros, virtud inmaculada?
 ¿Habrá de ser infame la Poesía,
 Y la maldad atroz canonizada?

No así el vate divino lo entendia
 Que de Guzman el Bueno y de Pelayo
 Resucitó la muerta nombradia.

Mas en su edad del secular desmayo
 Aún se alzó España, y exhaló, muriendo,
 De su alta gloria el postrimero rayo.

De Trafalgar en el combate horrendo,
 Donde al britano concedió la suerte
 El dominio del mar, do combatiendo

Cerró tu ilustre padre, varon fuerte,
 Amor de Urania y de la patria escudo,
Gloriosa vida con heróica muerte;

Alli, en Gerona y en Bailen no pudo,
 Ni en Zaragoza, ver el gran Quintana
 La última gloria de su patria mudo.

Hoý tan solo la Musa castellana,
 Sin mas fruto que lágrimas, refiere
 Los claros hechos de la gente hispana;

Y no porque la raza degenera;
 Que la raza que fué del orbe espanto
 Alienta y vive aunque la patria muere.

Mas la Poesía y entusiasmo santo
 No logran en la edad en que vivimos
 Sacar á una nacion de su quebranto.

Por ellos grandes y gloriosos fuimos ;
 Vinieron á reinar los mercaderes ,
 Y los nobles el cetro les cedimos .

Fabrica , España , agujas y alfileres ,
 Tafetanes , percal y cotonia ,
 Verás cómo el poder de nuevo adquieres .

Estudia la social economía ,
 No achicharres herejes , achicharra
 Al que ose no tomar tu mercancía .

Así de nuevo te alzarás bizarra ,
 Y entonces yo y otros insignes vates
 Cantaremos con voces de chicharra .

Tus industriosos triunfos y combates ;
 Las que juzgabas antes discreciones
 Entonces se tendrán por disparates .

Yo entre tanto me iré por las regiones
 Fantásticas del libre pensamiento ,
 Y me consolaré viendo visiones ;

Porque la falta de ilusion que siento ,
 El propio desengaño es quien me inspira ,
 Y por él busco en el Parnaso asiento ;

Por él es metafísica mi lira ,
 Y al cantar la hermosura y los amores ,
 Metafísicamente ama y suspira .

Estos versos sin gracia y sin colores
 Son de mi primavera , de la calma
 Y el amor que pasó , las pobres flores ;

Y aunque no me han de dar lauro ni palma
Por ellos , caro tío, ni dinero,
Antes que se marchiten en el alma ,
Bajo tu amparo publicarlos quiero.

En el Album de María.

EN tu virgínea frente,
De olorosos jazmines coronada,
El pudor dulcemente
La mano delicada
Puso, y dejóla de ilusion colmada.

En tu mirada, pura
Mas que la luz de la naciente aurora,
La inocencia fulgura,
Entre sus llamas mora,
Y nitidos ensueños atesora.

El dedo colocado
Sobre la dulce boca, adormeciendo
El velador cuidado
Del mundanal estruendo,
Mientras tu corazon está durmiendo.

Duerme, duerme, ángel mio,
En fresco lecho de encantadas flores;
El ave en el sombrío
Te cante sus amores,
El céfiro te arrulle y vierta olores.

Imitacion de Lamartine.

SONETO.

CUANDO los años con veloz carrera
Arrebatan la flor de tu hermosura,
Y en lágrimas bañados de amargura
Tus ojos lloren tu beldad primera,
 No en el cristal tu imágen lisonjera
Busques entonces con falaz locura,
Ni del arroyo en la corriente pura,
Que blanda fertiliza la pradera;
 Sino en mi pecho, donde eternas viven
Mi ternura y mi fe; do tu belleza
Bajo el abrigo de mi amor florece;
 Do tus recuerdos sin cesar reviven;
Do tu virtud y virginal pureza
Tienen un templo que jamás fenece.

Málaga, 1841.

En la tumba de Laureta.

CUÁN suaves los céfiros murmuran,
Lamentando tu pérdida temprana!
Cuántas la aurora cándida y galana
Sobre esta tumba lágrimas vertió!
Cómo mi seno en su dolor palpita
Con misterioso y apacible encanto,
Al saludar de tu sepulcro santo
La pobre melancólica mansion!

Aun me parece ver tu vírgen alma,
Al levantarse con sereno vuelo,
Llegar al puro y escondido cielo,
Guiada por un hermoso querubin;
Y que el Señor con amoroso anhelo
En medio de sus ángeles te llama,
Y con dulzura inenarrable exclama:

«¡Dejad que venga la inocencia á mí!»

Feliz Laureta, que, cual blanca y leve
Florequilla del valle delicada,
Al abrirse tu cáliz, trasplantada
Fuiste á un jardín de eternidad y amor;
Que antes de disiparse los tesoros
De tu virgínea célica fragancia,
El puro cáliz de tu casta infancia
El Señor en su seno recogió.

La Maga de mis sueños.

DULCE tormento de la vida mia ,
Hondo misterio de mi edad primera ,
Galana luz de mi esperanza guia ,
Lozana flor que en el jardin floreces
De mi tierno y ardiente sentimiento ,
Que con las alas ¡ay! del pensamiento
Por esa inmensidad te desvaneces.
Como una virgen cándida, amorosa ,
Sobre tu blanco pecho me adormeces ,
O tus labios de rosa
Acarician mi frente con un beso.
El mágico embeleso
De tu suave voz hiera mi oído ,
Y el eco repetido
De tu cantar me halaga.
¡Qué quimérica y vaga
Es la nube que encubre tu hermosura!
Que te miro do quier se me figura ;
Pero tú huyes, la esperanza mia
Llevándote contigo ,
Y arrancando del seno de tu amigo
En un suspiro toda su alegría.

¿Quién eres que en las alas de mi mente
 Te remontas al cielo?
 ¿Por quién el pecho siente
 El continuo desvelo
 Que me atormenta con dolor impío?
 ¿Quién eres, dí, fantástica señora,
 Infierno, beatitud, noche y aurora
 Del corazon enamorado mio?

—
 ¿Eres quizás la rápida esperanza,
 Que, con tus alas de esmeraldas vivas,
 Vas mas ligera que el alado viento;
 Que retratas mi dicha en lontananza,
 En medio de las ondas fugitivas
 Del mar del pensamiento?
 Sí, yo te vi flotar sobre la ola
 De la mar agitada,
 Aérea y vagarosa,
 Y en esa inmensidad perdida y sola,
 Derramaba tu frente enamorada
 Una luz misteriosa.

—
 En la rica y amena patria mia,
 De sus frondosas selvas en lo esquivo
 A veces de repente te veia,
 Y tu mirar altivo
 O tu dulce mirar el alma heria;

Y tu revuelta falda,
Blanca, leve, flotante,
Se solia rozar con mi vestido,
Y al desaparecer, de tu guirnalda
Una flor me dejabas odorante,
Que de ella se te habia desprendido.

Oh veleidosa maga,
Cuya beldad el corazon halaga!
¿Eres del corazon primer latido,
O postrer sentimiento?
¿Eres mi amor sin esperanza acaso,
O mi deseo rudo y violento?
¿Eres un sol que se hunde en el ocaso
Para nunca volver, ó del aurora
El luminoso aliento,
Que el cielo alumbra y el vergel colora?

Madrid, 1842.

A mis Amigos.

¿CUÁNDO será que pueda , amigos míos ,
Me preguntais , volver á mi Granada ,
Y ver sus frescos rios
Y su Alhambra dorada ,
Por quien mi pecho sin cesar suspira ?
Cuando el poder que contra mí conspira
Se sumerja en el mar de mi amargura ,
Cuando de su deseo mas ferviente
Solo le quede al corazon doliente
Un lastimado acento de tristura.
Entonces iré ahí , y en vuestros brazos
Aliviaré mi pena.
Entre tanto , si ois en la serena
Noche , en la Alhambra , un misterioso acento ,
Que se confunde con el manso ruido
Del aromado viento ,
Que en la verde espesura
Los árboles menea , es el quejido
De mi alma enamorada ,
Que por ahí se anda divagando ,
Sus antiguos amores recordando .
Y si á los rayos de la luna hermosa

De la noche querida,
Veis vagar por la vega blandamente,
En alas de los céfiros mecida,
Una forma ligera y vagarosa,
Que por los horizontes se dilata,
Y que suavemente
Sobre las ondas de zafiro y plata
De los hermosos rios
Voluptuosa se mece,
Y entre las densas nieblas desvanece
Las orlas de sus blancos atavíos,
Esa es, amados míos,
Mi ilusión querida,
La amada de mi vida,
Cuyo recuerdo suave
En mi pecho se anida,
Y el tierno corazón guardarle sabe.

En la Egloga cuarta de Virgilio.

Ya se cumplía el verso misterioso
De la Sibila, y del Profeta el canto;
La edad llegaba : un órden majestuoso
Del volver de los siglos era fruto.
El erizado espanto
No ya sembraba luto
Al carro encadenado de la guerra ;
No turbaban la tierra
Ya la bélica pompa
Ni el son robusto de la heróica trompa ;
Ya la mar bajo el peso no gemia
De la guerrera nave ;
El mundo en calma suave
En el regazo de la paz dormia.

¿Por qué, pues, conmovia
La mano del destino
El corazon del hombre? ¿Qué deseo,
Qué mágica esperanza
Su inteligencia en raudos devaneo
Y en una agitacion continua lanza?
¿Qué ardiente grito arroja

De su seno angustiado
 La humanidad entera?
 ¿Por qué el potente Júpiter se enoja,
 Y cuando va á vibrar el rayo airado,
 De la mano certera
 Se le desprende, y débil se estremece
 Sobre el enhiesto pedestal de oro?
 ¿Por qué el délfico oráculo enmudece?
 ¿De Encélado, quizás, y de Peloro
 La armígera falange gigantea
 Vuelve á escalar la celestial morada?
 ¿Prometeo, tal vez, con mano osada
 Ha vuelto á arrebatarse la luz febea?

—
 No ; los hombres han sido
 Los que, en alas del raudo pensamiento,
 Hasta el Olimpo mismo se han subido,
 A Júpiter lanzando de su asiento.
 Y esa paz deseada
 Es quizás de la muerte precursora ;
 Por eso á las regiones de la aurora,
 Como única esperanza, la espantada
 Humanidad los ojos va volviendo,
 Y piensa que está viendo
 En oriente brillar un nuevo día,
 Y en medio de su luz resplandeciente
 Un Dios, de cuya frente

Brota un raudal de amor. De la Poesía
El sacerdote santo
Tomó entonces la lira,
E inspirado de un vago sentimiento,
De los profetas repitiendo el canto,
Su voz entregó al viento,
Y á todo el universo, que le admira.

«Ya vuelve el siglo de Saturno, y viene
La doncella de espigas coronada;
El cielo nos envía
Al hijo predilecto, iluminada
La frente, el labio lleno de ambrosía.
Y vendrá al mundo el hijo del Olimpo;
Reposará sobre su frente hermosa
Espíritu de amor, y de la santa
Boca con la palabra armoniosa,
Al flamígero rayo semejante,
Conmoverá las piedras; al impío
El soplo matará de su garganta,
Y el mundo inundará de su hermosura.

»Brotarán los racimos, sin cultura,
De la tierra, y la encina dodonea
Manará miel hiblea.
Naturaleza ostentará sus galas,
Y tenderá sus alas

La santa paz, que bajará del cielo
 Con amoroso vuelo.
 El leon y las ovejas hermanados
 Irán hácia el aprisco,
 Y los senos durísimos del risco
 Por el amor veránse fecundados.

—

» Pronto vendrá esta edad que nos trae el hijo
 De Jove fulminante.
 Al compás de la cítara sonante
 De las Musas module el sábio coro,
 Sobre las cuerdas de oro
 Vuele la inspiracion, y el canto suene;
 Que ya á la tierra viene
 El padre de la paz, y ya postrada
 La turba de naciones,
 Altares le levanta; en sus pendones
 Su pura imágen se verá grabada.»

—

Así dijo el Poeta; retemblaron
 Los ídolos, los montes resonaron;
 Sintió el hombre en el pecho dulce encanto
 Al oír la voz que lo futuro alcanza,
 De los sucesos comprendiendo el giro,
 Agitó sus entrañas la esperanza,
 Y el universo entero dió un suspiro.

La Divinidad de Cristo.

SOBRE el aéreo y mágico palacio
Del dilatado espacio
Te levantaste, humana inteligencia,
Y de Dios en presencia,
Le interrogaste acerca del arcano
Que en sí guardan las obras de su mano.

La ardiente fantasía
Señora de los mundos se juzgaba,
Y leyes les dictaba,
Concordando su rápida armonía,
Y al cometa marcándole camino.

Con su triunfo orgullosa, tu divino
Sér niega, oh Cristo, cual la luz febea
Radiante de verdad, y en tus altares
No ya el incienso en holocausto humea
Del que atrevido se lanzó á los mares
Del insondable y negro pensamiento,
Cual nave contrastada por el viento.

Y esperan los impíos
Derrocar tu alto trono,

Mas allá de los astros colocado,
 De resplandor vivísimo creado,
 Y en su bárbaro encono
 Negar de tu ley pura
 La eternidad, el bien y la hermosura.

Pero tú te adelantas
 Al través de los siglos, que mantienen
 Tu nombre, y en tu seno
 La omnipotencia y el milagro vienen.
 Con tu voz los espantas,
 Poderosa sonando como el trueno;
 De tus sagrados labios se derrama
 La persuasion, y el hombre
 A tu divino nombre
 Con alto grito su Señor te aclama.

Tú, de gloria esplendente
 Inundada la frente,
 La cruz, donde en el Gólgota espiraste,
 Con la sagrada mano colocaste
 Sobre el excelso solio
 Del alto y dominante Capitolio,
 De los despojos del vencido mundo
 Con majestad soberbia decorado.
 Tú bajaste al profundo;
 Tú del marmóreo templo relumbrante,

De fúlgidas antorchas adornado,
 Arrojabas á Júpiter Tonante.
 En el altar sentado,
 El orbe dominaste , y el orgullo
 De los míseros reyes de la tierra
 Quebrantaste , Señor, con dura mano.

—

No con la cruda guerra
 Te hiciste soberano
 De la mansion del hombre , ni el acero
 En la diestra blandiendo,
 Le dijiste al Profeta :
 « Haz que suene la bélica trompeta ;
 Marcha , yo soy tu Dios ; álcenme altares
 Los pueblos , ó á millares
 Sucumbirán las huestes enemigas
 Al bote de la lanza del creyente
 Y al brillo de sus ojos ,
 Como bajo la hoz , en el ardiente
 Verano , el segador tronca en manojos
 Las doradas espigas. »

—

Tú solo dominaste el ancho mundo
 Con la santa palabra de tu labio
 Y con cetro de paz y de ternura.
 Tu trono fué la cruz , y cuando en ella .
 Diste el postrer suspiro ,

Se estremeció la tierra ; de la tumba
Asombrados los muertos se escaparon ,
Y el sol y las estrellas se nublaron.

La humanidad entonces , lastimada ,
Dió de dolor un grito ,
Y exclamó entusiasmada :
« ¡ Hijo de mis entrañas , sé bendito ! »

Tu ley ¡ oh Cristo ! tu bondad revela :
Ni en el Pórtico extenso , ni en la escuela
De Sócrates profundo
Oyeron los humanos
Que eran todos hermanos ,
Hasta que tú , Señor , viniste al mundo.

A Delia.

IMITACION DE LAMARTINE.

EL tiempo alegre que pasé á tu lado,
Delia divina, si recuerdas, dime,
Donde la rica en amorosos cantos

Tórtola gime;

Do la fragancia de las lindas rosas
El aura esparce con sus alas bellas,
Y brilla el cielo como terso manto

Lleno de estrellas.

Allí las ninfas en revueltos coros
Danzan aéreas por el fresco viento,
Y con la esencia de olorosas flores

Mezclan su aliento.

Allí una noche, que recuerdo ahora
(Lágrimas vierte al recordarla el alma),
Te vi á mi lado, y relució en tus ojos

Plácida calma.

Sobre la cumbre del altivo monte,
Al ver del cielo el eternal zafiro,
Y la nocturna silenciosa pompa,

Diste un suspiro.

Y sus misterios, de entusiasmo llena,

Tú me mostraste con la blanca mano,
 La tierra, el cielo, el de sonantes ondas
 Fiero Océano.

Tendí la vista al universo entero,
 Buscando objeto que admirar pudiera,
 Y á tí tan solo te admiré y bendije,
 Delia hechicera.

El aura mansa en sus ligeras alas
 De tus dos labios el olor traía,
 Que son cual vaso de coral que guarda
 Dulce ambrosía.

Y tus palabras escuché, mas blandas
 Que de las aguas el murmullo leve,
 Cuando el cristal del apacible lago
 Céfiro mueve.

La niebla entonces de la noche umbría,
 Que en leves gasas á los cielos sube,
 Formaba en torno de tu esbelto talle
 Mágica nube.

Y de la luna el adormido rayo
 Hiriendo, Delia, tu tranquila frente,
 La pura flor de tu beldad mostraba
 Fresca y naciente.

Me pareciste... Pero no; ¿qué imágen,
 Delia divina, mísera no fuera?
 Nada terreno á mis amantes ojos
 Forma te diera.

Porque eres, Delia, el pensamiento hermoso
Que un alma santa concibió en su sueño,
Y que á los cielos en sus alas puras
Sube risueño.

Yo te vi, Delia, y consagrarte quise
Este recuerdo de tan corto instante;
En él tu nombre grabaré, que el pecho
Guarda constante.

Y si estos versos, que tan solo aspiran
Á una mirada de tus ojos bellos,
Consiguen ¡ay! que compasiyo llanto
Viertas en ellos;

Ansio que digas: La cancion amante
Que me conmueve, mi beldad la inspira;
Yo soy el númen que tan dulces tonos
Doy á su lira.

Granada, 1846.

Granada y Nápoles.

HURÍ de las flores,
Hermosa Granada,
Tu Alhambra dorada,
El Darro, el Genil;
Tu densa floresta,
Tus mil ruseñores,
Magnífica orquesta,
Sonoro pensil;

—

La cima del monte,
Alcázar de nieve,
El vago horizonte
Del llano feraz;
El plácido y leve
Murmullo del río,
Del *Cármén* sombrío
El grato solaz;

—

Los verdes peñones
Del alta Alpujarra,
Las tiernas canciones

Del pueblo andaluz;
 La forma bizarra
 Que ostentan sus bellas,
 Pues Dios vierte en ellas
 Su gracia y su luz,

Jamás mi memoria
 Dar puede al olvido;
 Granada es mi gloria,
 Mi dicha está allí.
 Si aquí siempre brilla
 El suelo florido,
 Mayor maravilla,
 Granada, hay en tí.

Regalo de Flora,
 Sultana divina
 Que el alma enamora,
 Paraíso de amor;
 Mansion peregrina,
 Do exhalan mas suaves
 Sus trinos las aves,
 Las rosas su olor.

No logra la cumbre
 Del Vómero verde,
 No debe la lumbre

Del rojo volcan
Tener tal encanto,
Sublime ser tanto
A quien te recuerde,
Granada, en su afan.

Posilipo altivo
Al monte no iguala,
Do luce su gala
La Alhambra gentil,
Ni al valle encantado
Que cruza cautivo
El Darro, ni al prado
Que riega el Genil.

Las costas amenas
El golfo duplica,
En él las sirenas
Suspiran de amor;
Le ciñe cual rica
Pomposa guirnalda,
Cual limpia esmeralda,
La playa en redor.

Con grandes memorias
El alma se inspira,
Aquí las historias

Que Homero cantó,
Aun vivas recuerdas ;
Aquí de su lira
Las mágicas cuerdas
Virgilio pulsó.

Mas yo, mi Granada,
Prefiero tus flores,
Tu Alhambra dorada,
El Darro, el Genil,
Tu densa floresta,
Tus mil ruiseñores ;
¡ Magnífica orquesta !
¡ Sonoro pensil !

Nápoles , 1847.

Noche de Abril.

Es ya tarde : bate el sueño
Sobre la ciudad sus alas ,
En el silencio sus galas
Muestra la noche gentil ;
Abren su seno las flores
Al rocío transparente ,
Y se respira el ambiente
Perfumado del abril.

En Nápoles , en las noches
De primavera serenas ,
Vierte por todas sus venas
Naturaleza su amor ;
Y es el silencio armonía ,
Bálsamo el aire , las flores
Ninfas , las sombras colores ,
Y los claros resplandor.

Y todo vago , indeciso ,
Dulcemente se confunde ,
Y melancolía infunde
Tan suave al corazón ,

Que en la atmósfera mecido
De sus sueños se recrea,
Gira y corre distraído
De ilusion en ilusion.

No va el silfo mas ligero
En un rayo de la luna ;
Ya acaricia lisonjero
Con sus besos una flor,
Ya en la límpida laguna
Forma un riel de topacio,
Ya perdido en el espacio
Se disipa cual vapor.

A ..

SONETO.

Del tierno pecho aquel amor nacido,
Que en él viviendo mis delicias era,
Creció, quiso del pecho salir fuera,
Pudo volar y abandonó su nido:

Y no logrando yo darle al olvido,
Le busqué inútilmente por do quiera,
Y ya pensaba que en la cuarta esfera
Se hubiese al centro de la luz unido,
Cuando tus ojos vi, señora mia,
Y en ellos á mi amor con mi esperanza,
Y llamándole á mí, tendí los brazos;

Mas él me desconoce, guerra impía
Mueve en mi daño, y flechas que me lanza
Hacen mi pobre corazon pedazos.

Sobre la primera página de un ejemplar

del

ORLANDO.

VERÉIS en estos cantos, dulce hechizo,
De cuántos males el amor es fuente,
Con un igual amor si no se paga;
Veréis á Orlando, por amor demente,
Cuántas locuras hizo,
Ciego amador de la chinesca maga.
Acaso aprenderéis á ser piadosa,
Ya que sois tan hermosa,
Que la envidia de vos la mataria,
Si Angélica viviera todavía.

Desde que vi vuestros divinos ojos,
Como Orlando, tambien perdí el juicio,
Y no tengo otro oficio
Que sentir celos y calmar enojos.
¡Ay! La mente de aquel halló en la luna
Astolfo; si la mia, por fortuna
Enemiga, el amor llevó tan alta,
Vano por recobrarla es mi desvelo;
¿Del juicio en busca, que por vos me falta,
Chi salirà per me, Madonna, in cielo?

Mas yo sé que mi mente enamorada
Ni á la luna se fué ni al paraíso ;
Que vive aprisionada
Ne' bei vostri occhi e nel sereno viso.
Vagando va por la cintura leve
Y la crencha olorosa ,
O fatigada , acaso se reposa
En el seno de nieve ,
Do un instante dormida ,
A cogerla de nuevo me convida ;
Ed io con queste labbia
La corrò , se vi par ch'io la riabbia.

Cancion.

CUANDO por vez primera
Amor sintió mi alma, ricas galas
Le dió la juventud, y de ligera
Luz á mi corazon brotaron alas
Para que en pos de su ilusion corriera.

Como vierte la aurora su rocío
Dentro del cáliz de las nuevas flores,
Prestándoles aromas y frescura;
Así en el pecho mio
Ternura y fe pusieron los amores.

Y la fe y la ternura,
Que hicieron de mi pecho su morada,
Al alma enamorada
Infundieron un vago dulce anhelo,
Fuego á mis venas, sueños á mi mente
Con el fulgor riente
Embellcidos de ignorado cielo.

Y busqué en el cóncento majestuoso,
Que nace de la cósmica armonía,
Aquel cielo de amor, puro y hermoso,
Objeto del amor que yo sentia.

¡Ay! Yo no comprendía
 Del universo el admirable arcano,
 Símbolo y forma del pensar divino,
 Trasunto de su incógnita belleza ;
 Mas, cual en terso espejo cristalino,
 Me mostraba do quier naturaleza
 Mi propio corazón, tierno y ufano;
 Y presté sentimiento y dí ternura
 A las flores , al aura , á las estrellas ;
 Y de mi propio amor y su hermosura
 Enamoréme , enamorado de ellas.

—
 Ora la imágen del amor no veo,
 Que era objeto ideal de mis amores ;
 El cristal empañé , segué las flores ,
 Y á la ilusion sobrevivió el deseo.
 Y pensando que fuera
 El ser que me enamora
 De la imaginacion dulce quimera ,
 Que la Poesía manifiesta y dora ,
 Dí vida , amor y cuerpo á la Poesía ;
 Pero no hallé la luz del alma mia.

—
 ¿Dónde estaba su luz? Amante , ciego,
 La busqué y no la hallé. Corrió perdida
 El alma en busca de ella
 Por el áspera senda de la vida.

Al fin la llama rutilante y bella,
 De tus divinos ojos desprendida,
 Hirió del alma la tiniebla oscura,
 Y bendije, al mirarla, mi destino,
 Y pensé que la luz de tu hermosura
 Me mostraba el camino
 Del cielo que soñé. Nunca mi mente,
 En el delirio ardiente
 De amor que la cautiva,
 Vistió de mayor gloria
 La maga de sus sueños ilusoria,
 De sus amores la deidad altiva.

—

Tus sienes circundó la inteligencia
 De resplandor; pusieron los amores
 En tus labios esencia
 Y fresca miel de delicadas flores;
 La rara discrecion puso en tu boca
 Alto discurso, y el amor su acento:
 Este sueños dulcísimos evoca,
 Aquel eleva al cielo el pensamiento.

—

Te contempla mi espíritu arrobado,
 Y para siempre olvida
 Las vanas sombras que adoró engañado,
 La ilusion grata que lloró perdida.
 En tí adoro, bien mio,

La realidad del sueño,
 Tormento y gloria de mi edad primera.
 ¡Qué pálido mi sueño y qué sombrío,
 Con el lampo risueño
 Al compararse de tus ojos, fuera!

Tus ojos son mi luz : mi alma recibe
 La inspiracion en ellos,
 Y aprisionada vive
 En la crencha gentil de tus cabellos.

No ya mi corazon de sus despojos
 Viste los seres que adoró algun dia;
 Eres tú, con la lumbré de tus ojos,
 Quien da precio y bondad al alma mia,
 Do se retratan tu donaire y gala.
 Y tan rica con esto me parece,
 Que á su deseo su valor iguala,
 Y hasta imagino que tu amor merece.
 Ámame : á suplicártelo me atrevo ;
 Si no es digno de tanto quien te adora,
 De tu misma hermosura te enamora,
 Que aquí, en el alma, retratada llevo.

Cancion.

Que no comprendes pienso
Este cariño intenso,
Esta pasion que el alma me devora.
¿Por qué me dices que te olvide, y quieres
Que busque en el amor de otras mujeres
El encanto ideal que me enamora?

Antes de conocerte, al alma mia
Fué necesario amar, y yo sentia
Todo el tormento del amor. Sed era
De un deleite del cielo,
Que el alma acaso percibió en su vuelo,
Antes que forma terrenal vistiera.

¡Ay! En el mundo quiso
Hallar mi corazon de sus amores
El ameno perdido paraíso ;
Y el alma jóven, de ilusiones llena,
Dió luz al mundo, aromas y colores,
Y coronó de imaginada gloria
Y vistió de hermosura
A los seres que amó; con honda pena
Desengañóse, al fin, su galanura
Al mirar ilusoria.

Y aun adoró la voluntad , y nada
Hallar podia que adorar pudiera.
Pero te vi, y el alma enamorada
Se sintió enternecida,
Cual si un recuerdo de tu luz tuviera ;
Un recuerdo lejano
De otra esfera quizás ó de otra vida.

No ya por el encanto soberano
Te recordé del rostro ; por aquella
Sublime conmocion del alma siento
Que te reconocí, cuando tu acento
Dulcísimo escuché, señora bella.

De tus ojos al ver la luz hermosa ,
Entre su llama eterna mariposa
El alma tuya ardía ,
Y recordarla pudo el alma mia.
En un mundo mejor ambas se amaron.
Y tambien recordaron
De sus santos amores la ventura ,
Y conocí que eras
Realizada ilusion de mi ternura.
¿Cómo tu labio pide ,
Cuando son nuestras almas compañeras,
Que la mia te olvide?

Por el camino de la vida , errante
Tú tambien como yo, gustaste el fruto
Del desengaño amargo ;
Grave dolor tu espíritu anhelante
Postró por fin , y le vistió de luto,
Y al débil corazón hundió en letargo.
Débil el corazón de las mujeres
Es al dolor : anhela su reposo
Guardar el tuyo, y creo
Que mas infeliz eres
Con tu sosiego fúnebre y odioso
Que yo en la agitacion de mi deseo.

Despedida.

Voy á partir : mi corazon te dejo ;
Es tuyo, bien lo sabes, dueño mio.
Hoy, que de tí me alejo,
Del corazon en cambio, solo ansio
Una tierna mirada ,
Que vivifique el alma enamorada ,
Cual las líquidas perlas del rocío
El cáliz de las flores.
Y si no son, Señora ,
Dignos de premio tanto mis amores ,
El corazon me vuelve que te adora.
Mas no ; léjos de tí ¿ cómo pudiera
Vivir el corazon ? Si hasta tu altivo
Mirar le inspira plácido contento ,
Antes que léjos de su amor se muera ,
Quiero que aliente en el Eden cautivo
De la hermosura tuya y mi tormento.

La Resurreccion de Cristo.

Et dilixerunt homines magis
tenebras quam lucem.

¡POBRE linaje humano!
Aborreces la luz, y amas la oscura
Tiniebla del Averno.
¡Los númenes por tí luchan en vano!
Inexorable Némesis la dura
Sentencia cumple del destino eterno:
A ceguedad y llanto te condena;
El combate te ofrece ó la cadena.
Con rabia vengadora
Las entrañas del hijo de Climene
En la cima del Cáucaso devora;
Y sepultadas tiene
En abismo profundo
Las almas, que valientes combatieron
Por la salud y libertad del mundo.
¿Quién le libertará? ¿Dónde la fuerza
Que con la atroz fatalidad batalle,
Y el firme empeño del destino tuerza
Cuando en cólera estalle?
Un canto rico de falaz misterio
Entonó la Sibila. Es el imperio

De la fatalidad eterno ; vano
 Combatir contra él. Tántalo un dia
 De los cielos mostrarnos el arcano
 Quiere, y sediento su delito expia.
 Sedienta está la humanidad entera,
 Y de las limpias aguas de la vida
 No sabe hallar la fuente verdadera,
 En el Eden nacida.
 ¿Dónde la luz está radiante y pura
 Que muestre al hombre tan sublime altura?
 ¿Dónde está el Salvador, que los profetas
 Anuncian de Israel en las canciones,
 Cuya venida cantan los poetas
 De apartadas naciones?
 Vedle : nace en Betlem, pobre, ignorado ;
 Es justo, mas le vende
 La humanidad, que su valor no entiende,
 Y muere en esa cruz como un malvado.
 Y ¿es este el Grande, á quebrantar nacido
 Las fatídicas leyes?...
 Yo escuché la palabra de sus labios,
 Mas dulce que la miel, y vi al Ungido,
 Hijo del pueblo, vástago de reyes,
 Humillado con bárbaros agravios.
 Contra el destino su poder no alcanza ;
 ¡Murió el Justo, murió nuestra esperanza!
 Mirad cómo se alegra

El infierno en su muerte ;
 Con una mancha negra
 Cubre la faz del sol , y hasta la inerte
 Tranquila paz y plácido letargo
 Roba á los muertos con deleite amargo.
 Solo en el seno de la tumba frio
 De Cristo el cuerpo exánime reposa ,
 Y desciende su espíritu al sombrío
 Recinto del Erébo : allí la ruda
 Venganza de los hados y espantosa
 Erimne debe ejecutar sin duda.
 Mas ¿ qué rumor escucho, que del centro
 Ardiente de la tierra hasta mí sube ?
 ¡ Ay ! ¿ quién combate dentro
 Del hondo abismo ?... Rápido cual rayo
 Que se desprende de la densa nube,
 Amable cual las flores
 Y las auras de mayo,
 Y ceñido de santos resplandores ,
 Cruza el aire encendido un jóven bello ;
 Es su blanco ropaje intacta nieve ,
 Lumbre sus ojos , oro su cabello,
 Y aunque ligero vuela ,
 Apenas las hermosas alas mueve ,
 Dejando en pos de sí cándida estela.
 ¿ Será que el Dios , de quien la luz dimana ,
 Venza al demonio, y libertad recobre

Y paz la raza humana?
 ¿Que de la Omnipotencia soberana
 Jesus ministro, los portentos obre?

.
 Sí; ya se acerca , y viene
 Tan gallardo el alado
 Nuncio, que eclipsa al númen que en Celene
 Pulsó primero la sonante lira.
 Llega , y alza la losa del sagrado
 Sepulcro. El vivo resplandor me admira
 Que en el marmóreo seno
 Nace , y se esparce de la tumba en torno
 Por el azul sereno.
 Siento en el pecho sin igual trastorno,
 Y caigo de estupor y espanto lleno.
 Mas con el libre espíritu percibo
 El gran misterio : de infinita esencia
 Ser que de Cristo anima la existencia,
 De cuya luz en el raudal yo vivo,
 Porque su gracia sobre el mundo vierte.
 ¡El Cristo es Dios, y triunfa de la muerte!
 ¡Cristo resucitó! Ya las cadenas
 Rotas están : las almas venturosas
 De los Santos el vuelo
 Tienden á las amenas
 Moradas luminosas,
 Ricas de amor, fecundas en consuelo.

Y ya la humanidad largo camino
Abierto tiene de salud y vida ,
De la vil servidumbre del destino
Con la sangre de Cristo redimida.



En un Album.

Si lindos versos en el *Album* quieres,
No ya de mi agostada fantasía,
Elisa, los esperes.
Lograr de la Poesía
Puedes los ricos dones
Y la virtud secreta :
Invisible á tu lado está el poeta
Que sabe conmover los corazones ;
Que tras de sí los lleva en raudo giro
Por magnético encanto,
Y los hace llorar con dulce llanto
Y suspirar con lánguido suspiro ;
Que si el vuelo levanta á las estrellas,
En todo sitio eternamente vive ;
Y en libros no, pero en las almas bellas
Canciones sabrosísimas escribe.
Prepárate á gozarlas : la tersura
Del limpio corazon muéstrale luego ;
Él pondrá allí su gracia y su hermosura
Con estilo de fuego.

A la muerte de una Niña.

LÁGRIMAS son las perlas que la aurora

Sobre su tumba vierte.

Céfiro gime, y por su muerte llora,

Por su temprana muerte.

De Dios querida, á Dios tendió su vuelo.

No se nubló la pura

Luz de su alma; no tocó en el suelo

Su blanca vestidura.

En el suelo la mística paloma

Anidarse no quiso,

Ni abrir el cáliz, ni exhalar su aroma

La flor del paraíso.

Del Amor.

EL Amor, hijo del cielo ,
Vida latente del mundo ,
Gérmen de luz y fecundo
Manantial de consuelo ,
Tiende muy alto su vuelo ,
Y sobre los astros mora ,
En region encantadora ,
De la tierra tan lejana ,
Que á veces la mente humana
Dónde vive Amor ignora.

Mas hay otro amor terreno,
Que de amor usurpa el nombre,
Y ofrece, traidor, al hombre,
En vez de néctar, veneno ;
Amor de malicia lleno,
En cuyo engañoso altar
Va el corazon á inmolar
Por un sueño su ventura ;
Rico sueño mientras dura ,
Horroroso al despertar.

Para vencer de este amor
Enemigo la influencia,
No se conoce otra ciencia
Que ir en busca del mejor;
Y como en tan superior
Esfera culto recibe,
Solo al alma que concibe
La perfeccion de su ser
Alas le pueden nacer
Para volar donde vive.

Un alcázar peregrino
Tiene en el mundo ideal,
Fundado sobre el raudal
Del pensamiento divino;
En fulgente torbellino
De los seres tipos bellos
Le circundan, y destellos
Lanzan tan vivos, que ansiosa,
Cual amante mariposa,
El alma se abrasa en ellos.

Los Santos y los cantores,
De la tierra ejemplo y pasmo;
Bebieron el entusiasmo
En sus puros esplendores.
¡ Este amor de mis amores

Origen era tambien !
¡Ay! Yo soñaba un Eden
De mi voluntad sustento ;
Hoy niega el entendimiento
Este soberano bien.

Del bien supremo el olvido
Mató la esperanza mia,
Y aun en mi pecho existia
Un afan desconocido.
Quien este afan no ha sentido,
Lo que es padecer ignora ,
Y cuanto el alma atesora
De dolor y angustia muda ,
Si la inteligencia duda
Y la voluntad adora.

Nápoles , 1849.

El Amor y el Poeta.

EL POETA.

SER del alma , dulce amor,
En mi pecho sustentado,
De mi corazon criado
Con la sangre y el calor ;
¡Ay! qué espantoso dolor
Es no poder sustentarte !
No hay en mi mente que darte
Ninguna divina idea ;
Antes que morir te vea ,
Vuela léjos, raudo parte.

En otro tiempo te dí
El bien que perdido lloro ;
Saqué del alma un tesoro,
Y en tus aras le ofrecí.
Ya no tengo para tí
Ni esperanza ni consuelo ;
No hay númenes en mi cielo,
No hay en mi mente hermosura ;
Tu luz, Amor, es oscura,
Y tu sonrisa de hielo.

Cuando era mi corazon
 Jóven, en él escribias
 Inefables poésias
 De altísima perfeccion;
 Hoy es todo confusion,
 Que no sabes descifrar.
 El desengaño borrar
 Logró cuanto tú escribiste.
 Huye; que en mi pecho triste
 Ya para tí no hay altar.

EL AMOR.

¿Dónde iré? ¿Puedo subir
 A las moradas divinas?
 Las esferas cristalinas,
 Que antes solias oír
 Arrebatadas seguir
 Con armonía su giro,
 Inertes, rotas las miro,
 Y si algo turba el profundo
 Mortal silencio del mundo,
 No es un canto, es un suspiro.

¿En dónde está la mansion
 De perfecta bienandanza,
 Que á la luz de la esperanza
 Te pinté en el corazon?

Tú agostaste la ilusion
Y tú el encanto rompiste,
Y pues ya el cielo no existe
En tí, será empeño vano
Buscar el bien soberano,
De que renegar quisiste.

¿Dónde reposo hallaré?
¿Ese infinito vacío,
Oscuro, desierto, frío,
Cómo atravesar podré?
De espacio en espacio iré,
Cual la luz, pronto en mi vuelo,
Y eterno será mi anhelo,
Y sin término el camino,
Sin hallar la que imagino
Eterna dicha del cielo.

Madrid, 1854.

Sueños.

MUCHO corre la luz, y el pensamiento,
Aunque se junte á la palabra, vuela,
Y sendas de metal sigue sumiso,
Tan rápido cual cruza por el alma.
Va, con todo, mas rápido el deseo:
Se pierde en lo infinito, y solo busca
En insondable eternidad reposo.

—

Atrevida la humana inteligencia
Triunfa del mundo, y los hermosos genios,
Que en el fuego y la luz viven ocultos,
Obrando allí maravillosas obras,
Las ninfas de las aguas y los silfos,
Y los fieros espíritus del Orco
Oyen su voz y cumplen su mandato.
Pero Amor logra mas, á mas se atreve,
Y combate con Dios, y de Dios triunfa.
¡Dichoso aquel que enamorado gime!
Amor, amor le llevará hasta el cielo.

—

¡Dichas soñé! Las Náyades estaban
Prisioneras del rígido Vulcano,

Y anhelando romper su cárcel dura ,
 La llevaban veloz sobre las aguas ,
 Y yo en la cumbre caminando iba ;
 Luego el Amor me levantó impaciente ,
 Abrió sus alas, y voló, y salvando
 Muchas tierras y mares, en presencia
 Me puso de la hermosa á quien adoro.
 Un siglo hacia que á su tersa frente
 No tocaban mis labios ni á su boca.
 Al fin su voz, su aliento, hasta su vida,
 Y el brillo de sus ojos, y el encanto
 De sus dulces palabras penetraban
 En mi pecho otra vez por los sentidos.

¡ Cuántos extremos de cariño entonces
 Hice al verla de nuevo , tan divina
 Como su imagen , que en el alma guardo !
 ¡ Ay ! Mas que nunca enamorada ella ,
 Me estrechaba tambien contra su seno,
 Y de él salian misteriosas llamas,
 Consumiendo del alma las escorias ,
 Y dejándola limpia como el oro.
 Mayor felicidad no tuve nunca ,
 Ni mas dolor que al despertar del sueño.

Me encontré , al despertar, en las remotas
 Playas de Nicteroy, do caliente

El sol la tierra con fecundos rayos,
Y brotan flores odorantes, ricas,
Y gigantescos árboles pomposos
De perenne verdura; do los montes
A semejan titanes fulminados
En el momento de escalar las nubes,
Y las islas flotantes paraísos,
Y el mar su claro espejo. Aquí la vida
Rompe, como los ríos, caudalosa
Por los abiertos poros de la tierra,
Y en el aire sereno se dilata :
Oro y diamantes en las rocas cria
Su plástica virtud. Aquí la sangre
Hierve con el calor en nuestras venas.

Era el silencio de la negra noche,
Y yo lloraba mi ilusión perdida,
Y de mi triste llanto se burlaban
Los tibios rayos de la luna, el aura
Efervesciente en chispas vividoras,
Y las antes recónditas estrellas,
Del hemisferio austral lúcido ornato,
Cuyo fulgor vió Dante sobre el rostro
De quien sin libertad no quiso vida.

Avergonzado yo del llanto mío,
Escondí la cabeza entre las ropas,

Y entonces sentí pasos en mi estancia ,
Como los pasos de persona muerta ,
Que abandona el sepulcro , ya perdida
La costumbre de andar y de moverse.
Conocí , sin embargo, que era ella ,
Mas no la vi , ni á verla me atrevia.
Llegóse junto á mí , y en las espaldas
Una mano me puso helada y seca ,
Y yo temblé con espantoso frio ;
Y pensé que rodaban por el aire ,
Y que andaban despues sobre mi cama
Multitud de gusanos bulliciosos.
No dijo la vision palabra alguna ,
Pero su mano penetraba dentro
De mis entrañas , cual puñal agudo.

Ello es que siento aun en lo mas hondo
Del corazon horrible desconsuelo
Y un peso atroz , como si allí llevara
Sepultados mi amor y su cadáver.

Rio-Janeiro, 1851.

Amor del Cielo.

¿Adónde te remontas , alma mia?
¿Qué agitacion es esta? Qué locura?
¿Es amor por ventura?
No sé si amor será, pero es María.
Y si es María, que es amor recelo,
Y siendo suyo, debe ser del cielo.

Hay otros mil amores,
De las ninfas nacidos,
Que, del aire y la tierra moradores,
Roban el alma, abrasan los sentidos;
Mas el amor que en el Empíreo habita,
Bellas almas herir tan solo anhela,
Y aunque la dulce libertad les quita,
Con místico deleite las consuela.

Por este amor te quiero,
Y por tu amor me muero,
Y con tan grata muerte
Nunca osaré quejarme de la suerte.
Ni de este amor se queje tu marido,
Aunque en tu alcoba le sorprenda, y mire

Cual pajarillo revolando en torno ;
Aunque le halle escondido,
Entre las flores , de tu huerto adorno ,
Cuando en tu huerto por la noche gire.
Amor tan pudoroso, tan bonito,
Tan inocente y blando,
Dará á tu esposo mas placer que susto.
Á tí tambien te gustará infinito,
Porque este amor, que sabe amar callando,
Ni pide ni da celos ni disgusto.
Rápidas alas lleva
Sin que á otra parte que hácia tí las mueva.
Mayor delicadeza no atesora
El amor del *Cantar de los Cantares*.
Si mi amor no se inclina en tus altares,
Hasta en el cielo desterrado llora.
Es, por su candidez, como de nieve,
Por su ardor, es de fuego,
Y si en tu seno á reposar se atreve,
Como es tan limpio y leve,
Ni le mancha, ni turba tu sosiego.

Rio-Janeiro, 1852.

A Malvina.

¿QUÉ te diré, Malvina,
Que igual al nùmen que me agita sea?
Grande el objeto, y mi cancion mezquina,
Y comparada á tu hermosura, fea
Será, por mas que remontarme anhele.
Y aunque mi ingenio vuela,
Y logre bosquejar su noble objeto,
Nunca en mi canto vivirá el secreto
Espíritu de amor y de poesía,
Que por todo tu ser su gracia vierte,
Y el corporal conjunto une y convierte
En resplandor y gloria y armonía.
No solo en tu mirada
Y en el lampo fugaz de tu sonrisa
Ese espíritu oculto se divisa,
Sino en la limpia sangre delicada,
Por las venas azules de tu frente,
De tus frescas mejillas, y garganta
De cándida paloma,
Al través del tejido transparente
Y terso, libre gira;
En tu palabra canta,

En tu casto rubor colores toma,
 Y en tus suspiros con amor suspira.
 Mi afecto en ese espíritu percibe
 Al genio de tu padre, que en tí vive,
 Que alma te da, que vida de tí adquiere.
 La blanca nube sol estuvo hiere,
 Y omnímodo, su luz esparce en ella,
 Multicolor, aurifulgente y bella.
 Así el genio poético te anima,
 Y hace que yo te tenga por Kerima,
 La que de Abdel-Raman al templo santo
 Condujo de las vírgenes el coro,
 Y danzó en los pensiles de Zahara;
 Luz de Mudarra, de Almanzor encanto,
 De Córdoba tesoro,
 Joya de la poesía noble y clara.
 Á veces imagino
 Que eres tú la Leonor amante y pura
 Que, abrazada á la cruz, en su amargura
 Lamentó de Don Alvaro el destino;
 Y en tí veo á veces á la linda Zora,
 Fantástica y etérea, vaga y triste,
 Cual serafín, que enamorado llora,
 Como el sueño gentil de que naciste.
 Sí; que emanación rica
 Eres del genio, y mora
 En tí en esencia el genio. Vivifica

Los versos solo, y pasa de la mente
De tu padre á los versos virtualmente,
Mientras que en tí, Malvina, está en esencia.
Por lo cual á los versos te prefiero;
Tal bondad y excelencia
Ni en los del Duque hay, ni en los de Homero.
Brillantes son los dones
Con que el genio, Malvina, te engalana;
Estar de ellos ufana
Debes, no atormentar los corazones.
Mejor quiero que imites en tu vida
Á la que amó á Lisardo sin ventura,
Que no á la Zora, que, de Eblis nacida,
Del Eufrátes bajando á la llanura,
Fatal y hermosa, y áspid entre flores,
Á Harú y Manú perdió con sus amores.
Dios los echó del cielo,
Y en Babel se quedaron
(¡Cuántos por tí se quedarán en Babia!),
Y allí, por distraccion ó por consuelo,
Dicen que el arte mágica enseñaron;
Por eso aquella gente fué tan sábia.
Si ángeles hay aun, hiérelos luego
Con mil dardos de fuego,
Pero no de la gloria los destierra;
Muéstrales, sí, que hay cielos en la tierra.
Y aun la mágica blanca te aseguro

Que puedes enseñar, si es que te agrada ;
Cada palabra tuya es un conjuro,
Un encanto eficaz cada mirada ;
Y si un suspiro de tu pecho brota ,
Volando sube por el éter vago
El alma mas pesada , mas idiota.
No tan ligero Suleiman el mago
Se levantaba en su flotante trono,
Y el infinito espacio recorria ;
Aves del cielo por dosel le daban
Radiantes plumas , y con blando tono,
Amorosas cantaban,
Al compás de la eterna sinfonía.

Madrid , 1854.

A Gláfira,

DE DOMINÓ NEGRO.

PRESTE el amor su idea
Al pensamiento, que en tu busca gira.
Quiero que el alma crea
Que eres tú la beldad por quien delira.
Al través de la máscara vi un cielo :
Vi la sonrisa con que tú sonries ;
Néctar y aroma , en cáliz de rubies ,
Brindabas á mi anhelo.
Eras, Gláfira , tú. Vi tu mirada,
Que deleites augura.
Por el deseo el alma iluminada ,
Descubrió tu recóndita hermosura.
De tu voz el encanto
Hirió mi pecho con tu voz fingida ;
Sentí en todo mi ser, sentí un quebranto
Inefable y mas dulce que la vida.
Bajo el guante miré tu linda mano,
Digna de acariciar los querubines,
Formada, cual prodigio soberano,
De nácar, rosas, lirios y jazmines.

Ese espíritu leve ,
Que por tus venas rápido se agita ,
Y colora de púrpura la nieve ,
Entró en mi pecho, que de amor palpita ;
Espíritu sutil, que amor derrama
De la tierra en el seno,
Y la cubre de flores, las estrellas
Con mayor luz inflama
En el éter sereno,
Al aire da las mariposas bellas ,
Los perfumes suaves,
El canto de los silfos y las aves.
Así renacen en el alma mia
Juventud y poesía.
Como maná del cielo, tus amores
Han de saber á cuanto el alma quiera ;
Filtro genial, esencia de mil flores
Darán al alma, en verde primavera.
Si tú me amases, Gláfira, no hubiera
Dicha igual á mi dicha. Solo un beso,
Un beso solo de tus frescos labios
Puede llevar el alma al paraíso,
Darle en un punto, y con mayor exceso,
Cuantas la mente de amorosos sábios
Fingir delicias en el cielo quiso.
Nadie cual tú comprende
La inquietud de mi amor y devaneo :

De tus hermosos ojos se desprende
 La luz do vive eterno mi deseo;
 Mágica luz, do veo,
 Cuando el color de la esperanza toma,
 Musas, Gracias divinas,
 Y huríes oji-negras de Mahoma
 Con las peris danzar y las ondinas.
 En tu blando regazo
 Tal deliquio mi espíritu gozara,
 Gláfira, si tu amor me concedieras,
 Que, unido al tuyo por estrecho lazo,
 Ver la luz del Tabor imaginara,
 Y la música oír de las esferas.
 ¡Ay! temo que no quieras
 Lograr conmigo el singular contento
 Que amor promete á quien de amores sabe;
 Mas en tu egrégio y claro entendimiento
 Entendimiento del amor bien cabe;
 Y espero que perdones,
 Ya que no les des vida,
 Estas enamoradas ilusiones,
 Que me tienen el alma derretida.

Madrid, 1854.

A Catalina.

Si la pompa y las galas, que á tus ojos
El universo ostenta,
Á serenar no bastan tús enojos,
Ni se reposa en él, ni se contenta
Tu inquieto y noble desear, encanto
No busques ni beldad mas peregrina
En los dulces favores de las Musas.
Cuanto columbra de perfecto y santo
Mi mente, y adivina
Del empíreo en imágenes confusas,
Si de forma se viste,
Al encarnarse en la palabra humana
Pierde su ser y mancha su pureza.
En sí tan rica la creacion subsiste
Como el excelso origen de do emana,
Pero no goza el alma su riqueza.
Trasmitirla no pueden los sentidos,
Ni abarcar de los seres la armonía.

La genial fantasía
Sola guarda tesoros escondidos;
Tesoros son que el alma misma crea
En su interior consorcio con la idea;

Tesoros que, cual yo, no disipaste,
Y en el cándido seno conservaste.
El amor que amó Psíquis allí mora
En toda su hermosura,
Y el corazón te enciende y enamora,
Y sale de su fuente limpia y pura,
Como á la voz de Jámblico evocado.
Si pudiera mi espíritu contigo
Llegar al templo del amor sagrado,
Y de su gloria ser parte ó testigo,
En un cántico nuevo rompería,
Cual si en mi renaciera
La esperanza, esa flor de primavera,
Fresca y lozana, cuando Dios quería.

Plegaria.

Amor vult esse sursum.

(*De imit. Christi.*)

RAUDAL de vida, Espíritu divino,
Sustento y luz del alma que te adora,
Y que en tu busca, en medio del camino,
Perdida, ciega, enamorada llora,
¿Cómo podrá saciar en el mezquino
Mundo, la sed de amor que la devora,
Si en la esfera ideal, do su amor vive,
La inmensidad del universo inscribe?

—
Y aunque atrevida el alma consiguiera,
En progreso infinito dilatada,
Sentir en sí la humanidad entera
Y el espacio abarcar de una mirada,
En su alcázar ingente conociera,
Emperatriz y diosa abandonada,
Que aun carecia de su digno empleo,
Que era mayor que todo su deseo.

Tú das , Señor, del corazon doliente
 Un bálsamo eficaz á la amargura ,
 Y de tu trono la inexhausta fuente
 Brota , que satisface sin hartura ;
 Y solo hay ciencia en tu profunda mente ,
 Supremo bien , clarísima hermosura ;
 Por eso el alma , si de amor suspira ,
 Gime en la tierra , y á tu gloria aspira.

De tu gloria olvidada , triste , inquieta ,
 El alma mia nunca se reposa ,
 Á los sentidos , sin tu fe , sujeta ,
 Yace angustiada en cárcel tenebrosa ;
 Hiera , Señor, el alma del Poeta
 Un rayo de tu luz maravillosa ,
 Para que este deseo , que le abruma ,
 En su fuego santísimo consuma.

Sé que el amor te vence , y yo te adoro ,
 Y tú diste el amor al alma mia ;
 Ella engañada prodigó el tesoro ,
 Y en el mundo gozarle no podia ,
 Ni fuera de él , entre los sueños de oro
 De la lozana y jóven fantasía ,
 Ni en la Babel inícuca , que levanta
 Nuestra razon , cuando tu ley quebranta.

¡ Ay! permite , Señor, que el labio mio
Tu dulce nombre á pronunciar se atreva ,
Ya que en su centro el corazon impío
Grabado aun , por tu bondad , le lleva :
Perdona ¡ oh Dios! perdona el desvarío
De mi razon , concédeme fe nueva ,
Y logre en tí mi espíritu reposo ,
Saliendo de este mar tempestuoso .

A Cristóbal Colon.

Et vidit Deus quod esset bonum.

POR tí en el alma entusiasmada siento
El estro hervir. Que llene de la fama
La voz, unida con mi voz, el viento,
Cuando en el mundo sin igual te llama :
Con tu fe presta al corazon aliento,
Y con tu ingenio mi palabra inflama ;
Dame que arranque al libro de la historia ,
Colon, un canto digno de tu gloria.

Mas ¡ qué miro ! ¡ oh dolor ! Lágrimas vierte
De profunda afliccion bella matrona ,
Ciencia y poder le concedió la suerte ,
Rico manto real, áurea corona :
Ora en su rostro el sello de la muerte
Grabado está, sus manos aprisiona
Cadena vil, y su fecundo seno
Cubren heridas que enconó el veneno.

Es Italia : del mundo fué señora ,
Y ya postrada por el suelo gime ;
Y ¿quién , ingrato, su beldad desdora ,
Y su materno corazón oprime ?
Quién el pasado beneficio ignora ?
Como el sol ella alzándose sublime ,
Enseñó á las naciones y á los reyes ,
Ciencia, virtud y venerandas leyes.

Desde el romano Capitolio fiera
El mundo dominó con sus legiones ;
Alta maestra de las gentes era ,
De profano saber dando lecciones ,
Y presidió triunfante su bandera
El consorcio feliz de las naciones ,
Del águila cambiando el signo vano
Por el signo de Cristo soberano.

Si ya postrada en secular combate
La antigua gloria del poder latino ,
El trono de los Césares abate
La ruda gente que del Norte vino ;
Bajo la sacra enseña del rescate
Venciste , Italia , con valor divino
A la barbarie, y en su horror profundo
Los restos del saber guardaste al mundo.

¡ Ah! ¿ por qué glorias ínclitas evoco,
 Que el revolver del tiempo ha disipado?
 Modernas razas con orgullo loco
 La madre insultan que les diera el hado.
 Iba Italia á morir, y ya con poco
 Aliento, el cetro y el blason preciado
 A nuevos pueblos entregar debia,
 A quienes ya su luz sirvió de guia.

—
 Las naciones adultas el tesoro
 Quieren verter del alma inteligencia,
 Y con sus naves por el mar sonoro
 Llevar al Indo, cuna de la ciencia,
 De los doctos bramines con desdoro,
 Nuevas artes y mística creencia,
 Que explica los misterios del Eterno,
 Y al mónstruo humilla del profundo Averno.

—
 Italia entonces se levanta, y mira
 Al mejor de sus hijos; en su frente
 Sagrada llama de entusiasmo espira,
 Y de ciencia y virtud noble torrente:
 Era Colon; ya en torno suyo gira
 El genio creador, ya en su valiente
 Corazon lleva el estupendo anhelo
 Con que rasgó de la creacion el velo.

—

Tú no quieres , Italia , que en mezquino
 Círculo ruede la virtud eterna ,
 Que á los pueblos legaste , y que el destino
 Con alto fin de perfeccion gobierna ;
 A su impulso abres ya largo camino ,
 Y haces que el genio de Colon discierna
 Un nuevo mundo , que sustenta ufano
 En sus hombros el gran padre Oceáno .

Mas ¿qué nacion habrá de esfuerzo tanto ,
 Que la fe tenga que Colon desea ,
 Que preste auxilio al pensamiento santo ,
 Y la nueva verdad alcance y crea ?
 Postrada Italia en mísero quebranto ,
 ¿Cómo pudiera dar cima á su idea ?
 ¿Dónde hallar los enérgicos varones
 A tanta empresa dignos campeones ?

¡ Cuántos años de afan y de constancia
 Gastó en su busca el genovés glorioso !
 Mas ¡ ay ! que hallar no supo la ignorancia
 Ojos con que mirar tanto coloso .
 Le despreció la vanidosa Francia ,
 No le creyó el britano codicioso ,
 Y para realizar su pensamiento ,
 Quien careció de fe no tuvo aliento .

Y allá en el fondo de su grande alma
 El piloto inmortal sintió la fria
 Mano del desengaño, que la palma
 Iba á robarle que soñado habia ;
 Mas la santa virtud sus penas calma,
 Su corazon reviste de energía,
 Y la esperanza baja desde el cielo
 A darle con su bálsamo consuelo.

Y de trompas entonces y timbales
 Magnífico rumor el mundo llena,
 Rasgan el aire cánticos marciales,
 Y al rudo choque de las armas suena ;
 En las tierras de Europa occidentales,
 Sobre la orilla del Genil amena,
 Tremendo lucha con la gente mora
 Pueblo que el nombre de Jesus adora.

El pueblo de Sagunto y de Numancia,
 Que, del amor de Cristo poseido,
 Por siete siglos con sin par constancia
 Su patria y religion ha defendido ;
 Libia mandó con bárbara arrogancia
 Sus fieros hijos en raudal crecido,
 Veces mil en su daño, mas valiente
 Fué valladar su fe del gran torrente.

Sin la española fe y el heroismo ,
Los hijos de la ardiente Mauritania
Penetraran de Francia al centro mismo,
No hallando otro Martel en Septimania ;
Y hasta hubiera abrasado el Islamismo
El corazon helado de Germania ,
Si no suscita el español coraje
Dios , y salva su ley de tanto ultraje.

Cuando de Iberia la indomable raza
Va á poner fin á la feroz pelea ,
Y el vigor con que al árabe rechaza
Ya en nuevos triunfos consumir desea,
Colon la causa de Castilla abraza ,
Y por ella combate ; que su idea
Secundar debe el gran valor de España,
Solo capaz de tan egrégia hazaña.

Al Señor demos alabanza y gloria,
Pues dotó á España de la fe profunda ,
Que hizo tan grande su sangrienta historia ,
Y en beneficio de Colon redundanda ;
Y demos alabanza á la memoria,
Que nunca el tiempo en sus abismos hunda ,
De la mujer divina cuya mente
Leyó del genio en la inspirada frente.

Era un genio tambien. Joyas, aliento,
Vida da al genovés. Ya Colon vuela
A preparar las naves que su intento
Han de llevar al término que anhela;
Ya se mira en el mar, ya empuja el viento
El lino de su rauda carabela;
Por incógnitos piélagos avanza,
Radiante de entusiasmo y de esperanza.

Señala el rumbo, vence la tormenta,
Domina al viento, y de la mar sañuda
Doma el seno irritado, que sustenta
Por la primera vez la carga ruda
De osadas naves; elocuente alienta
A quien, temblando, de su suerte duda,
Y á Dios levanta el corazon sublime
Para que de su espíritu le anime.

En sus esfuerzos últimos le guia
Un serafin de la estrellada esfera;
Pero ya nace el venturoso dia,
Y el mundo alumbra que Colon espera:
Ya saludan con voces de alegría
Los marinos la mágica ribera,
Y de los montes el perfil colora
Y en el sereno azul pinta la aurora.

Colon entonces en el pecho siente
Dicha mayor que cabe en pecho humano :
Piensa tocar al cielo con la frente,
Ve temblar á sus piés el Oceáno ;
Y hasta imagina en la orgullosa mente
Ser creacion de su ingenio soberano,
Y de su voluntad , la tierra ignota
Que del frio centro de los mares brota.

Mas rápido, cual cruza por el viento
Brillante aborto de encendida nube,
Se disipó su vano pensamiento,
Que del Averno le inspiró el querube :
A Dios eleva con sumiso acento
Accion de gracias, que al empíreo sube,
Y de hinojos sus glorias y su ciencia
Humilla ante la sábia Omnipotencia.

Nunca, desde que al dar forma la mente
Del Eterno á su idea, la hermosura
Admiró de sus obras refulgente,
Tanto el Señor se complació en su hechura :
Vertió á raudales en la noble frente
Del que así le ensalzaba su luz pura ;
Dirigió una mirada, de amor lleno,
Dios á Colon, y Dios vió que era bueno.

Recuerdo.

Amor, yo te bendigo;
Y tú, delicia mia,
Que al seno de tu amigo
Aquel anhelo mágico
Diste con tu beldad;
Tú, que mi bien, mi guía,
Tú, que mi gloria fuiste,
Si te olvidé, perdóname,
Que, arrepentido y triste,
Merezco tu piedad.

—
Cuando viví á tu lado,
Mi altivo pensamiento,
Por el amor guiado,
A las regiones célicas
Sus alas extendió;
Incógnito concontento
Oyó de las esferas,
Moradas hechiceras
De genios y de sílfides
Contigo visitó.

La llama de tus ojos
Borró del pecho mio
Desengaños y enojos,
Y dulces santas lágrimas
Vertió mi corazon;
Mi corazon impío,
Mi corazon de hielo
Ardió en la luz vivísima,
Señora, de ese cielo
Que en tu hermosura vió.

Ya te perdí. La suerte
Infausta así lo quiso;
Y tambien, al perderte,
De mis penas el bálsamo,
El sumo bien perdí.
Me echó del paraíso
El que mi orgullo abate
Espíritu maléfico,
Y me llamó al combate,
Y en su poder caí.

Busqué nuevos placeres
Para calmar mis penas,
Amor de otras mujeres,
Y el discordante estrépito
Del mundo seductor;

Mas solo tú serenas
Con tu recuerdo el alma,
Tu hermosa imágen calma
Este combate místico
Que siento en mi interior.

El Fuego divino.

DE la increada fuente
En copioso raudal brotaste pura,
Alma luz refulgente;
Entonces con ternura
Latió fecundo el seno de natura:

Como la casta esposa
En medio de su dulce primavera,
Si en la entraña amorosa
La agitacion primera
Del fruto ansiado de su amor sintiera.

Tú eres la luz, la vida,
La inteligencia, el fuego, el movimiento;
Tú la llama escondida
Que da al sol alimento,
Y armonioso vigor al firmamento.

Hijas de tus amores
La hermosura vernal del bosque umbrío,
Y la copia de flores
Que en el ardiente estío
El cáliz abre al líquido rocío.

Con vivífico aliento
Virtud prestaste á la materia inerte ,
La fuerza y movimiento,
Que en sus átomos vierte
Al sacarlos del seno de la muerte.

Y la forma elevada
Misteriosa del hombre creaste luego ;
A su mente sagrada
Diste noble sosiego,
A sus ojos el brillo de tu fuego.

Levantaste su frente ,
Hermoso asiento de tu lumbre viva ,
Hácia el cielo eminente ,
Do á su mirada altiva
Ni de tu ser la oscuridad se esquivaba.

Cuanto existe en la tierra,
De oro y fango, de bálsamo y veneno,
Cuanta virtud encierra
En su fecundo seno
El éter infinito, de astros lleno,

Diste con armonía ,
Breve mundo, del hombre á la existencia ;
Como en oriente el dia

Brotó la inteligencia,
De su completo ser oculta esencia.

La pompa de los mundos,
Todo ser, toda vida en ella vive;
Los ámbitos profundos
Del cielo en sí recibe,
Y de su inmensidad los circunscribe.

Su perfume derrama
La flor, el ave canta, el mar resuena;
Cuanto aborrece y ama,
Todo deleite y pena
Está en el alma, y los espacios llena.

Su luz el astro envia,
Y tarda siglos en cumplir su anhelo;
No acaba su porfia,
No hiere el mortal velo,
Mas en el alma está como en el cielo.

¿Qué habrá que satisfaga
Al ser amante en la creacion entera?
¿De qué beldad se paga,
Si por alta manera
Todo en el alma está como en su esfera?

¿A qué este amor intenso?
 Qué ignoto ser la voluntad adora?
 ¿Dónde el objeto inmenso,
 La fuerza vencedora
 Que domine al amor que la devora?

—

¿Qué bondad, que hermosura
 Hay en el mundo, que gozar no pueda?
 Qué gloria, qué ventura,
 Donde se aquiete y ceda?
 Ni ¿qué grandeza que á la suya exceda?

—

El alma es consonancia
 De todo lo creado, y sus amores
 Son la luz, la fragancia
 De estrellas y de flores.
 ¿Quién detiene perfumes y fulgores?

—

¿Dónde se posa y calma
 El corazón, buscando su destino?
 Dó está la paz del alma,
 Dónde el centro divino,
 Que suspenda su curso peregrino?

—

La bien templada lira
 De cada cuerda exhala melodiosa
 Distinto son, y admira

De la máquina hermosa
Dando el conjunto música armoniosa.

Enemigas y fieras
Potencias une al mismo fin el hado ;
Así de las esferas
El giro arrebatado
Da un concierto sublime y alternado.

La inmortal y sonora
De celeste virtud máquina ardiente ,
Que magnífica mora ;
Cual antorcha esplendente ,
En el sagrado templo de la frente ,

Ya no mas confundida
Con la materia se verá ; ya dura
Eternamente unida ;
Ya tan solo procura
Volar al foco de su lumbre pura.

A Julia.

MUSTIAS las flores ya, la pompa verde
De los frondosos árboles arroja
El viento á tierra, su hermosura pierde
 El campo, y de sus galas se despoja.
Así, harto jóven, lloro igual mudanza
Dentro de mí, do siento hoja tras hoja
 Caer machita la flor de mi esperanza,
Y que el frio, desierto, oscuro cielo
A darle vida con su luz no alcanza.

 Y aun guarda el corazon un vago anhelo,
Una latente llama que le excita
Del desengaño á resistir al hielo.

 Si la esperanza en flor está marchita,
Y la fe muerta, de ilusion desnudo,
Amor aun mi corazon agita.

 ¡Espantoso dolor! ¡Tormento rudo!
Con la insaciable voluntad adoro,
Y con la inteligencia siempre dudo.

 Yo tu perdon, querida Julia, imploro,
La desnudez de mi alma te di en pago
Del oculto en la tuya alto tesoro.

Mas con nuevas mentiras quizás hago
A mi orgullo lisonja, y la amargura
De mi vida con dulce pena halago.

En pecho de mujer ¿quién me asegura
Que quepa el sentimiento que imagino,
El manantial fecundo de ternura,

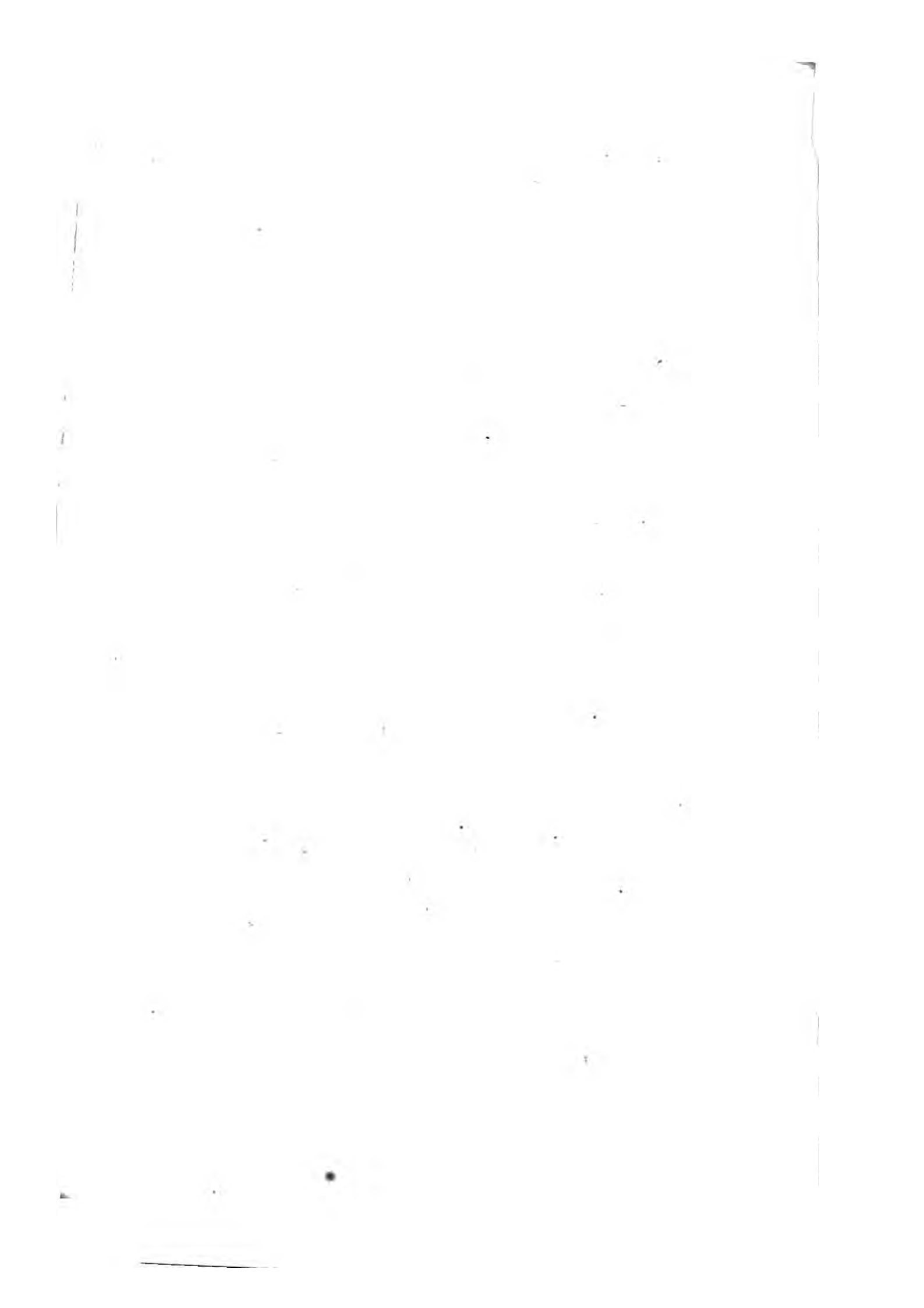
El entusiasmo y el fervor divino
Que de una noble inteligencia brota,
Y se abre, hiriendo el corazón, camino?

¡Ay! si á tu alma no le fuese ignota
Aquella eterna y amorosa idea
Que del cielo en la esfera mas remota

Genios y dioses de sí misma crea,
Y bien y amor, y si vertiese fuego
Vivificante en tí, la mancha fea

Borraras de mi pecho herido y ciego;
Tu beldad este retratara al vivo
En su limpieza, y palpitara luego,
Feliz cual nunca, y de tu amor cautivo.

PARÁFRASIS Y TRADUCCIONES.



El Pajarillo.

DEL PRÍNCIPE DE IPSILANTI.

DIME, pájaro, ¿adónde
Vas peregrino?
¿Adó vuelas tan solo?
¿No tienes nido?
— ¡Ay! no le tengo,
Y sin hallar reposo,
Cansado vuelo.

Vuelo, y voy caminando,
Sin saber dónde
La dicha que he perdido
De mí se esconde ;
Cuando pequeño,
Patria tuve y amores
En otro suelo.

Con mi amada vivia
Entre los mirtos ;
Nuestra edad era corta ,
Grande el cariño ;

Cariño tierno,
Que apenas yo nacido,
Nació en mi pecho.

Un gavilan maldito
Me robó el alma,
La dulce luz hermosa,
Que luz me daba;
Mató mi dicha,
Que mató ante mis ojos
La prenda mia.

Ahora seguiré viendo
Tierras extrañas,
El cuerpo fatigado,
Mustias las alas,
Hasta que pare
Donde todas las cosas
Paran y caen.

Caerán allí mis penas
Y mi quebranto,
Donde todas las cosas
Hallan descanso;
Do van unidos
A parar gavilanes
Y pajarillos.

Tu Recuerdo.

DE MANUEL GEIBEL.

Tu dulce recuerdo
Por la noche oscura
Me ilumina el alma
Cual rayo de luna.
Del alma el silencio
Tu recuerdo turba,
Como el son del arpa,
Con grata dulzura.
Entonces me juzgo
Diehoso cual nunca.

Es mi corazon
• Oro, y tu hermosura
La perla brillante
Que el oro circunda.
Como perla en oro,
Tal allí deslumbras.
¡Ay! así tuvieras
En el alma pura
Grabada mi imágen,
Cual tengo la tuya.

Al Sueño.

DEL MISMO.

REFRIGERIO del alma,
Don de los cielos,
Alivio de las penas,
Plácido sueño,
Yo te bendigo
Al hundirme de noche
En tus abismos.

Mar de místicas olas,
Tú me circundas,
Dando al cuerpo y al alma
Dulce frescura ;
Léjos, muy léjos
Se quedan en la orilla
Males que siento.

Yo te bendigo siempre
Por la mañana ;
De tu seno renace
Jóven el alma ,
Fresca , brillante ,
Como la hermosa Vénus
Nació en los mares.

Un baño santo eres ,
Que el ser renueva ,
La mente fortifica
Y el pecho alienta ;
El alma pasa
Por tí de vida en vida ,
De playa en playa.

Baño es tambien la muerte ,
Baño tranquilo ,
Do se pierden cuidados ,
Y hay paz y olvido ;
La opuesta orilla
Con vestiduras nuevas
Al alma brinda.

El Hada Melusina.

DEL MISMO.

VIRGEN seductora
En lo mas esquivo
De este bosque mora ;
Cuanto en él hay vivo,
Cuanto en él florece
Su voz obedece.
Si al albor primero
Se levanta ella ,
Y los campos huella
Con el pié ligero,
La cercan las aves ,
Diciéndole amores ,
Y dan mas suaves
Perfumes las flores.
Al lobezno airado
Su mirar amansa ,
Y el corzo, extasiado,
A sus piés descansa.
Ella canta y gira.
Su verde camino
De perlas , que orea

El sol matutino,
Alfombra un tesoro.
Celoso la mira
El sol, la rodea
De un manto de oro.
¡Ay, si yo lograra
Ser la limpia fuente
En cuya corriente
Se mira la cara!
Lumbre de sus ojos
La fuente recibe,
De sus labios rojos
La risa allí vive,
Y al cielo da enojos;
Y canta la hermosa
Esta cantilena:
«Es mi pensamiento
Como el viento; el viento,
Que nunca se posa,
Que nadie encadena:
Mi corazón puro,
Santuario seguro.
Su llave ¿dó está?
Yo bien me lo sé,
Mas no le abriré;
¿Quién más lo sabrá,
Y abrirle podrá?»

El Angel y la Princesa.

ROMANCE DE GARRETT.

¡Oh, qué llantos en palacio!
¡Cuánto luto! Cuánta pena!
Ya se muere, ya se muere
La hermosísima Princesa.
Los médicos no se entienden,
Unos se van, otros llegan;
El mal que la niña tiene
Ninguno á curar acierta.
Ultimo rayo de vida
En sus ojos brilla apenas;
Rezando está negro monje
Del lecho á la cabecera.
¿Si aun á tiempo volverá
De allende el mar, de esas guerras,
El Rey para que á su hija
Aun dar un abrazo pueda?
A su niña tan querida,
De su amor única prenda,

Consuelo de su vejez ,
Y de sus ojos lumbrera.
Hélo, hélo, cómo viene
De allende el mar con sus velas ;
Mil victorias ha ganado
Y cautivos y riquezas.
El Rey con su comitiva
Por el palacio ya entra ;
Mira á todos lados , nadie
Le aclama ni vitorea.
De la hija , que no ve ,
A ninguno pide nuevas ;
Corriendo, no de vagar,
Va al cuarto de la Princesa.
«Hija del alma , hija mia ,
¿Qué tienes? Qué te atormenta? »
Y abre la niña los ojos ,
Y su mirada está yerta.
«La mitad doy de mi reino
Y de mi real diadema
A quien acierte su mal ,
A quien salve á la Princesa. »
A estas palabras del Rey
Movi6 la linda cabeza ,
Como quien dice : Mi mal
Ni se entiende ni remedia.
«No sé qué tiene, decia

El médico de mas cuenta ;
Si su mal no es mal de amores ,
No sé , buen Rey , de qué sea . »
Un rubor desfallecido
Coloró su frente tersa ,
Que del sudor de la muerte
Se cubria macilenta.
Los ojos , que en el Rey tuvo
Fijos desde que le viera ,
En señal de pena y miedo
Los inclinaba á la tierra .
« Levanta , niña , los ojos ,
Hija recelo no tengas ;
Sea quien fuere , será tuyo ,
Como á la vida te vuelva ;
Ora hidalgo , ora pechero ,
Ora pobre ó rico sea ,
Para mi yerno le tomo ,
Y le doy tu mano bella . »
Como si el último esfuerzo
Con dulce fatiga hiciera ,
Llenos de ternura , al padre
Dirigió los ojos ella .
Lento , suave suspiro
Exhaló del pecho , y era
El alma , que sin dolor
Se iba volando á otra esfera .

A amortajarla van ya ,
 Cuando en el pecho le encuentran
 Signos que nadie leia ,
 Raras, misteriosas letras.
 Siete sábios son venidos
 Á descifrar la leyenda ;
 Cada uno de los sábios
 Sabe mas de siete lenguas ;
 Ninguno explica los signos
 Del pecho de la Princesa.
 Solo el mas viejo de todos,
 Que en Palestina viviera ,
 « Yo he visto en unas ruinas ,
 Dijo, señales cual estas ,
 Junto á los cedros del Líbano ,
 Do toca el cielo á la tierra.
 Ángeles de Dios hablaban
 Del mundo en la edad primera
 Con las hijas de los hombres...
 Pero no entiendo esas letras ,
 Ni lo que dicen diria
 Aunque supiese leerlas.
 Secretos son de otro mundo ,
 Que en este Dios no tolera. »

—

Un alto cedro nació
 Encima de aquella sierra ,

Por los ángeles plantado,
Ó por las aves ligeras.
En una noche tan solo
Creció el cedro de manera,
Que no habia en todo el reino
Otro igual en la grandeza.
Fué la noche en que llevaron
Á enterrar á la Princesa.
Era un sitio muy querido,
Donde solia estar ella ;
Do sola , de vez en cuando
Se pasaba horas enteras ,
Y se diria que hablaba
Con las brillantes estrellas ;
Donde una noche sin luna ,
Pero límpida y serena ,
Hubo quien viese en el aire
Una blanca forma incierta ,
Y descender poco á poco ,
Y á los piés de la Princesa
Pararse un bulto, una sombra,
Pero sombra de luz llena.
Desde entonces esa infanta
Ni una vez riyó siquiera.
Era un ángel quien le hablaba ,
¿De Dios, ó...? No hay quien lo sepa.

Romance de la hermosa Catalina.

DEL PORTUGUÉS.

FUÉ Don Duarte á la guerra
Con el rey Don Sebastian;
Lo que sucedió en la guerra
Mucho nos hizo llorar.
Allí se perdió la gloria,
La gloria de Portugal;
Allí se perdió el buen Rey,
¿Dónde el buen Rey estará?
En una nave encantada,
Dicen que pronto vendrá,
Con todos los caballeros
Que fueron allende el mar.
Será el día nebuloso,
Luego brillante será;
Se fundará el quinto imperio
En bien de la cristiandad.
Los profetas que lo anuncian
Son profetas de verdad.
Don Duarte fué á la guerra,

Pero no volvió jamás.
Le prometió Catalina
Con juramento formal,
Antes que casar con otro,
Con el demonio casar ;
Mas Catalina, olvidada,
Se casa con su rival.
Grandes fiestas se disponen
En el palacio ducal ;
En candeleros de oro,
En lámparas de cristal,
Tantas candelas ardian,
Que era cosa de espantar.
Las mesas están ya puestas,
Los siervos vienen y van.
El Duque viste un vestido
Que bien vale una ciudad,
El vestido de la novia
Vale siete veces mas ;
Las randas son de Brusélas,
Y la seda del Catay ;
Las perlas que lleva al cuello
Son perlas de Popayan,
Los diamantes de Abexin,
Donde reina el Preste-Juan.
Los convidados no llegan,
Mucho tardan en llegar.

Media noche era por filo,
Y densa la oscuridad.
El Duque se desespera,
Solo no quiere cenar;
No recuerda en su alegría,
Ó no quiere recordar,
Que se marchitó la gloria,
La gloria de Portugal.
Ya por aquellos estrados
Entra con pausa un juglar;
Se ignora de dónde viene,
Y se ignora adónde vá.
Una vihuela traía
De muy rara calidad;
La toca, y sigue sus pasos
Toda criatura mortal.
Una sonrisa tenía
De poder muy singular;
Cada vez que sonreía
Daban ganas de llorar.
Un sayo negro vestía,
Do la luz, al reflejar,
Llamas pintaba y vestiglos
En una danza infernal.
Junto al Duque y Catalina
Va la vihuela á tocar;
Catalina, que le escucha,

Con él se pone á bailar.
Las puertas todas de pronto
Se abrieron de par en par,
Y el Duque cayó por tierra
Con accidente mortal.
Él volvió de su desmayo ;
Ella no volvió jamás.
Ya solo los marineros
En noches de tempestad,
Cuando se encrespan las olas,
Las negras olas del mar,
La ven sobre los escollos
Bailando con el juglar.
De los que llegan á verla
Pocos se pueden salvar.

Romance del Pastorcito y la Infanta.

DEL ALEMÁN.

EN el balcon del alcázar,
Al romper el nuevo dia,
Tan hermosa como triste,
Está la Infanta y suspira ;
El Pastorcito del valle
Su pensamiento cautiva.
La Infanta murió de amores ,
Sus restos á enterrar iban ;
Él lo vió, lo vió, y no supo
Por quién la Infanta moria.
En el valle está el sepulcro,
Y cuando en él se reclina
El Pastor, sueña dulzuras
De una tristeza infinita.

Firdusi.

DE ENRIQUE HEINE.

I.

HOMBRES hay de oro y de plata.
Si habla un pobre de *tomanes*,
Los *tomanes* son de plata ;
Mas en boca de los Schahes
Los *tomanes* son de oro,
Pues las personas reales
Oro solo dan, reciben
Y ofrecen sin denigrarse.
Así lo entiende la gente,
Y así piensa el admirable
Firdusi, poeta querido
De Mahmud de Gasna, el Grande.
Por órden suya compone
Inmensa epopeya el vate,
Y por cada verso el Schah
Un *toman* promete darle.
Del ruiseñor se escucharon
Diez y seis veces los ayes,
Y florecieron las rosas

Y volvieron á secarse.
 En tanto estuvo el poeta
 En los mágicos telares
 Del pensamiento, tramando
 Noche y día, con constante
 Afán, el maravilloso
 Dechado de sus cantares.
 En él tejió las leyendas
 De su patria, y de los grandes
 Antiguos reyes de Persia,
 Y aventuras y combates,
 Genios, ángeles, demonios,
 Y prodigios singulares.
 Todo respirando vida,
 Con fuego y color brillante,
 Cual si la luz del Iran
 Desde el cielo lo alumbrase;
 Luz increada y divina,
 Que, á pesar del Koran, arde,
 Como en el último templo,
 En el corazón del vate.
 Este, concluido el poema,
 Al Schah le manda al instante;
 En el rico manuscrito
 Doscientos mil versos hay

—

En Gasna estaba Firdusi,

Firdusi estaba en los baños,
Cuando á buscarle vinieron
Del schah Mahmud los esclavos.
Cada cual al hombro trae
Para el poeta un gran saco,
Que á sus piés pone, de hinojos,
En premio de lo cantado.
Los sacos abre impaciente
Firdusi, considerando
Que va á recrear la vista
Con el brillo de oro tanto;
Mas ¿qué asombro no fué el suyo
Al mirar que era el regalo
Tomanes doscientos mil,
Pero de vil plata al cabo?
Sonriendo amargamente,
Tres montones ha formado.
Á los negros, que eran dos,
En albricias del recado,
Regaló sendos montones,
Y dió el tercero á nn muchacho,
Que al bañarse le servia,
Para que bebiese un trago.
Báculo de peregrino
Tomó, y la ciudad dejando,
Sacudió, al pasar las puertas,
El polvo de los zapatos.

II.

Propio defecto del hombre
 Es faltar á sus promesas,
 Y faltan los que se ciñen
 Á la frente una diadema.
 De esto yo no me quejara;
 Pero en el alma me pesa
 Que me engañase, fiado
 En la doble inteligencia
 De la palabra *toman*,
 Con astucia baja y fea.
 En sus modales y porte
 En nada el Schah se asemeja
 Al vulgo de los humanos.
 Este noble rey de Persia
 Un millon de reyes vale;
 Su mirada digna y bella
 Se grabó en mi corazon,
 Como el sol, que, si refleja,
 Su ardiente luz en las nubes,
 El iris extiende en ellas.
 Mas este egrégio monarca
 Me engañó.—¿Quién lo creyera?

III.

En almohadon de plumas, que cubren perlas y oro,
 Despues de haber comido, y con alegre humor,

Sobre la fresca orilla del manantial sonoro,
El Schah se adormecía al plácido rumor.

Sus siervos reverentes en torno de él velaban,
Ansari el favorito estaba allí con él;
Y en vasos de alabastro color y aromas daban,
Azahar, jazmin y rosas, y lirios y clavel.

Las palmas, con susurro apenas percibido,
Se mecen mas esbeltas que el talle de una hurí,
Y en los cielos pensando, puesto el mundo en olvido,
Cipreses melancólicos se alzaban por allí.

Mas de repente música maravillosa suena,
Despierta el Schah, movido de grata sensacion,
Y una poesía dulce y de misterios llena
Escucha, y dice: « Ansari, ¿ de quién es la cancion? »

Ansari le responde: « Firdusi la ha dictado. —
¿ Firdusi? conmovido el Príncipe exclamó;
¿ Dónde está? ¿ Cómo vive mi poeta inspirado? —
Menesteroso vive, Ansari replicó.

« El gran poeta há tiempo que en Thus, su patria, habita
En una pobre casa, y cuida su jardin. »
Mahamud escucha atónito, en silencio medita;
Con Ansari encarándose, rompió el silencio al fin.

«Vé sin tardanza, escoge de mis mulas doscientas,
Y cincuenta camellos, que harás luego cargar
Con todos los tesoros, primores, vestimentas
Y alhajas, que aun los reyes pudieran envidiar.

»Y de marfil y sándalo, con cajas de ataujía,
Con esmaltados cálices, con oro y con cristal,
Con alfombras y chales, brocado y sedería
De cuanto se fabrica en esta capital.

»Y llevarás contigo ricas armas, jaeces,
De tigres y leopardos la remendada piel,
Y confites y tortas, turrón de almendra y nueces,
Y generosos vinos y perfumada miel.

»Y quiero que conduzcas también doce corceles
De árabe raza pura, de carrera veloz;
Y doce negros ágiles y membrudos y fieles,
De bronce en las fatigas y prontos á una voz.

»Con tan régio presente te pondrás en camino
Para llevarle luego á Thus, á esa ciudad,
Donde entregarle debes al poeta divino,
Con expresiones mías de sincera amistad.»

En mulas y camellos cargando el gran presente,
Á su señor Ansari obedeciendo ya,

Va de la caravana á colocarse al frente,
Y con rojo estandarte á conducirla va.

Y sale de la corte y camina ocho dias,
Y llega á Thus, que yace de una montaña al pié,
Y ya la caravana, al son de chirimías,
Albogues y trompetas, entrar en Thus se ve.

Los conductores todos de mulas y camellos
Con voz de trueno cantan : *La ila al Aláh;*
La puerta de Occidente pasaban todos ellos,
Grande estruendo metian y bulla en la ciudad.

La puerta del Oriente daba en el mismo punto
Paso, en el otro extremo de la ciudad de Thus,
Á la fúnebre pompa que llevaba al difunto
Firdusi á la morada donde reposa aun.

Romance del Pajecito.

DE MANUEL GEIBEL.

Las trompas de caza suenan
Y los caballos relinchan,
Los perros ladran alegres,
Libres ya de la trailla.
El buen Rey está en el bosque,
Hoy tiene gran montería;
El sol al cenit se eleva,
Es hora de mediodía.
Entre la densa enramada,
Del Rey la gallarda hija,
Sin saber cómo ni cuándo,
La senda lleva perdida.
Paje de rubios cabellos
Solo á su lado camina;
À no ser ella la Infanta,
Pareja hermosa seria.
Ya por sitios mas frondosos
Juntos cabalgando iban.
El pecho del pajecito
Late, sus ojos la miran,

Y de púrpura se tiñen
Sus juveniles mejillas.
De esta suerte al fin la dice,
Con la color encendida :
« No puedo callar mas tiempo,
Hermosa Princesa mia ;
De amor mi pecho se abrasa,
Tuya es el alma y la vida.
Si á darte yo me atreviera
Un beso en la boca linda,
Aunque despues me mataran,
Dichosa muerte tendria. »
Sin decir que sí ni no
Ella recogió la brida,
Y él le sostuvo el estribo
Cuando saltó de la silla.
En lo profundo se internan
De la espesura sombría ;
Allí cantan ruiseñores,
Allí gimen tortolillas
Y nacen rosas silvestres,
Que amor y fragancia espiran.
El césped verde á la sombra
Un fresco tálamo brinda ;
Paje y Princesa descansan
Sobre la yerba florida.
Suelos pacen los caballos,

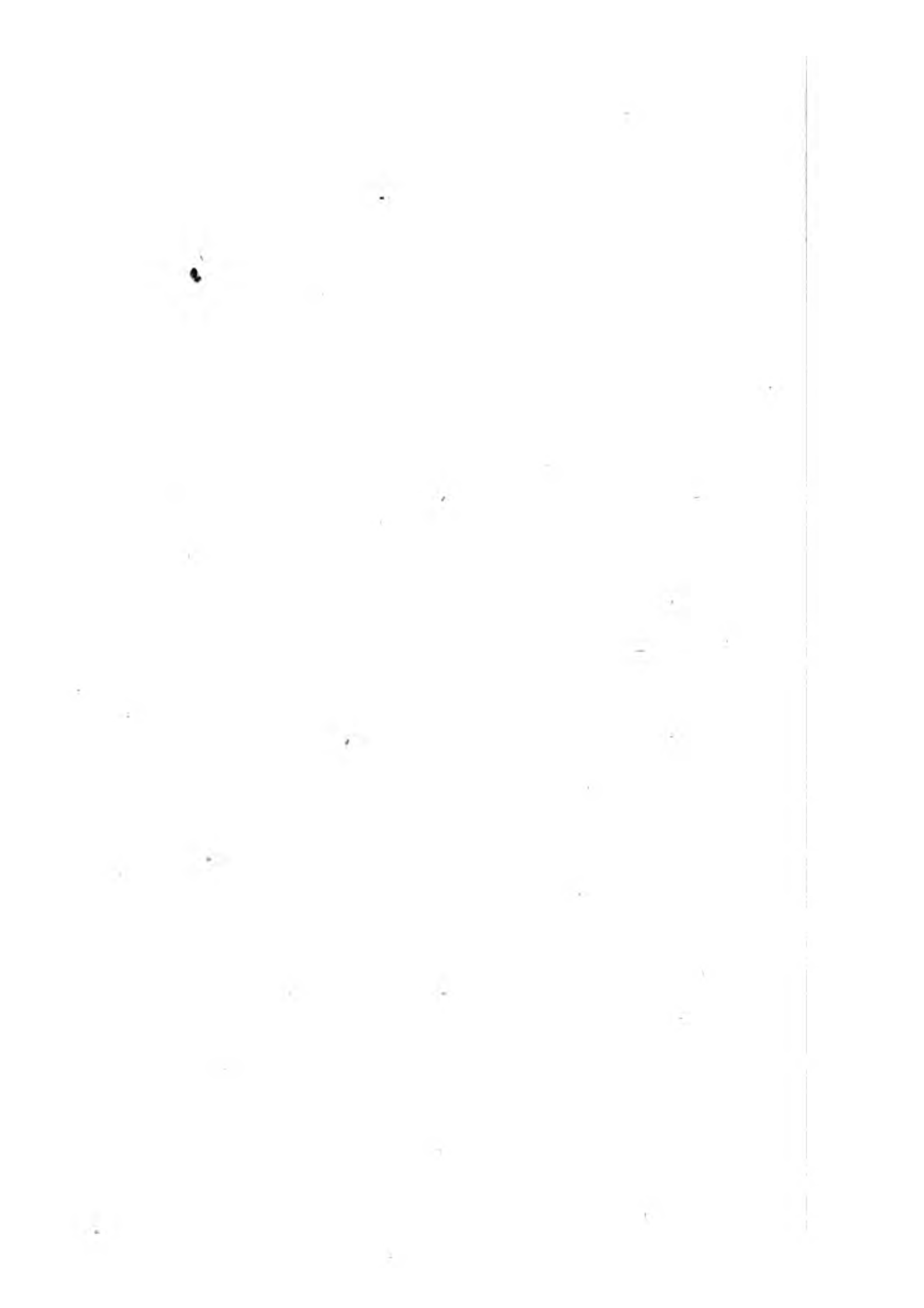
En balde las aves trinan,
En balde suenan distantes
Trompas de caza y bocinas.
¡Hola, buen Rey! no te pares,
Acude, porque tu hija,
En brazos del pajecito,
De tí, del mundo se olvida.

Las Gotas de néctar.

DE GOETHE.

Por complacer al amado,
Al divino Prometeo,
Un cáliz lleno de néctar
Minerva trajo del cielo.
Con él inspiró á los hombres
El santo amor de lo bello,
Y puso en sus corazones
De las artes el anhelo.
Recatándose de Jove
Bajaba, y estremeciendo
El cáliz, algunas gotas
Vertió sobre el verde suelo.
Abejas y mariposas
Al punto allí concurrieron,
Y hasta la deforme araña
Gustó del licor benéfico.
Dichosas, pues que libaron
Inspiracion y deseo,
Y del arte con el hombre
El alto don compartieron.

FÁBULA DE EUFORIÓN.



Fábula de Euforión.

DE un manso arroyo en la risueña orilla,
Que en los valles de Arcadia serpentea,
Cuando la aurora majestuosa brilla,
Plácido nuncio de la luz febea;

Entre las rosas que en el prado ameno
Hizo nacer la primavera ufana,
Henchido el cáliz de su crespo seno
De las perlas que vierte la mañana;

Al dulce arrullo de las claras linfas,
Que salpican de aljófares las flores,
Un coro alegre de gallardas ninfas
Danzan y entonan cánticos de amores.

UNA NINFA.

En las alas sutiles del aura
El olor de las flores difundo;
Con el aura veloz me confundo,
Coronada de rayos del sol.

De mis pechos el gérmen dimana
Que fecunda la mágica flora,
El carmin de la rosa colora
Mis mejillas con limpio arrebol.

La palabra estremece mi seno,
En él nace y se extiende el sonido ;
Para herir misterioso el oído
Inefable potencia le dí.
Por mí braman los mares, retumba
Hondo el eco, la tórtola gime ;
El cantar de las Musas sublime
Se extinguiera en los labios sin mí.

Cuando siento oprimidas las alas
De armonía, colores y aromas,
Á favor de dos bellas palomas
Me remonto en el aura fugaz ;
Y cual Vénus en carro de nácar
Va cortando las frescas espumas,
Sobre un lecho de flores y plumas
Por los aires me dejo llevar.

Á mi vista en los valles trasciende
Un aroma de nardos suaves,
En los bosques floridos las aves
Dulces trinos exhalan al par ;

Y á mis besos de amor delicados
 Salta y bulle la fuente sonora,
 Y derrama en mi seno la aurora
 Ramilletes de blanco azahar.

CORO DE NINFAS.

El aura leve
 Da, deliciosa,
 Blanda frescura,
 Y cuando mueve
 La linda rosa,
 Fragancia pura.

UNA NINFA.

Escarchando de plata y aljófara
 Las mil grutas de pórvido hechas,
 En menudos diamantes deshechas,
 Claras fuentes anhelan surtir;
 Y del agua al tranquilo murmullo,
 Yo me duermo en sus frescos cristales,
 Me sumerjo en los puros raudales,
 Y en su centro me agrada vivir.

Soy la reina del agua, y desnuda
 En alcázar recóndito asisto,
 Mas tal vez de la niebla me visto,
 Y á los cielos me lleva el amor;

En el prado acaricio las flores,
 Á la tierra prodigo mis bienes,
 La diadema que ciñe mis sienas
 Pinta el iris de vario color.

CORO DE NINFAS.

Ya se dilata
 De los alcores
 Al prado ameno,
 Cinta de plata,
 Y abren las flores
 Sediento el seno.

UNA NINFA.

Yo coloro la tierra y el cielo,
 Yo de púrpura tiño la rosa,
 La enramada que se alza orgullosa
 Bordo yo de diverso matiz.
 Me arrebatan mis tintas brillantes,
 Para ornarse, la roja amapola,
 La fragante y oculta viola,
 El agreste encendido carmin.

Yo, impalpable, al través de las rocas
 Me sumerjo en profundas cavernas,
 Donde obrando mis fuerzas eternas,
 Hijas santas del sol inmortal,

Edifico palacios hermosos ,
 Amasados de oro y diamantes ,
 Donde bullen en fuentes sonantes
 Mil torrentes de hilado cristal.

—

CORO DE NINFAS.

El ave trina ,
 La flor se ufana
 Y el arroyuelo ;
 Ya la mañana
 De luz divina
 Reviste el cielo.

—

UNA NINFA.

Con un filtro de amor y de vida
 Se amamanta á mis pechos natura ;
 Yo le doy abundancia y ventura
 En arroyos de leche y de miel.
 Las mil flores que cubren el prado
 En mi seno ternísimo crio,
 Y reciben del dulce amor mio
 Con mi aliento vivífico el ser.

—

En sus pétalos frescos y olientes
 En espíritu leve resido ;
 Yo sus castos amores presido
 Y en sus tallos me agito fugaz ;

Del estambre los polvos de oro
Al pistilo trasporto fecundo,
Del embate del viento iracundo
Las liberta mi blanco cendal.

CORO DE NINFAS.

La dulce primavera
Esmalta la pradera
De delicadas flores ;
La avecilla canora
Saluda la venida del aurora
En no aprendidos cánticos de amores.

Cantaron, y mostró la vida arcana
Amor del mundo, y su belleza suma
Brotó del aire y de la tierra ufana,
Como Vénus del éter y la espuma.

Semejaba que el cáliz de las flores
Un corazon y un alma contenia,
Y dentro de los pinos cimbradores
Un invisible espíritu vivia.

Mas de pronto relámpago rojizo
Se difundió por la pradera hermosa,
Y una nube, que al viento se deshizo,
Dejó patente una funesta diosa.

En su diestra una antorcha sostenia,
 Su frente audaz, de tempestades llena,
 Con ominoso resplandor lucia
 Al través de la rígida melena.

Suspendió, al verla, el ruiseñor sus trinos,
 Se detuvieron las corrientes linfas,
 Y cesando en sus cánticos divinos,
 Así dijeron las gallardas ninfas.

CORO DE NINFAS.

Diosa fatal del desaliento,
 Diosa cruel, huye de aquí,
 Y no emponzoñes con tu aliento
 Nuestra alegría juvenil.

Tu cabellera está sembrada
 De fieras sierpes espantosas,
 De tus miradas cavernosas
 Vivo relámpago brotó.

Se derramó por nuestras almas
 De tus palabras el veneno,
 Y tu profundo y negro seno
 Gozo fatídico agitó.

No vengas mas con tus horrores
 Nuestra alegría á perturbar;

En la estacion de los amores
Huye de aquí, diosa infernal.

—
FORQUIAS.

No tembleis ¡oh ninfas! al son de mi voz poderosa
Ni al tétrico rayo que lanzan mis ojos ardientes,
Ni al triste suspiro que arroja mi cóncavo pecho.
Soy nuncio infelice de sucesos de dulce ventura,
Que la diosa bella, que extiende el arco celeste,
Formado de vívidas tintas y mágica lumbre,
Debiera deciros saliendo del hondo Océano.
Helena y su amante son padres de un hijo sublime.
Apenas nacido, anhela subir al Olimpo,
Y el espacio todo no puede saciar su deseo.
Fantástico vuela, de los montes soberbios la cumbre
Ligero traspassa, y en su frente inspirada relucen
La luz del aurora y el fuego del alma divina.
Miradle, que viene salvando las crestas erguidas
La lira acordada en las manos, el lauro en la frente.

EUFORIÓN.

Dejadme del alma romper las endebles cadenas,
Alzarme á los cielos, en su lumbre clavar la mirada.

LAS NINFAS.

Fogoso te lanzas en alas del rápido viento,
Los negros cabellos, en rizos flotando esparcidos,
Y la frente hermosa, ceñida de fúlgidos rayos.
Del manto de púrpura tiria las áureas orlas,

Del sol que refleja luciente al mágico brillo,
 De fuego celeste parecen ¡poeta! formadas.
 Los dulces sonidos de tu lira de cándido nácar
 El alma deleitan y la entregan á místicos sueños ;
 Mas no, no á los cielos te eleves, cual Icaro un día,
 Que al sol derretidas, cayeron las débiles alás,
 Y el mar agitado le cubrió con sus ondas fugaces.

EUFORIÓN.

Dejadme del alma romper las endeblés cadenas,
 Alzarme á los cielos, en su lumbre clavar la mirada.

—

Movido de un esfuerzo misterioso,
 Al raudal semejante, que rompiendo
 Los fuertes diques, brama impetuoso
 Con estrépito horrendo,
 Euforión ardiente,
 Abandonando el maternal regazo,
 Se lanza de la vida en la corriente,
 Y con el fuerte brazo
 Sosteniendo la lira,
 En sed de gloria y libertad suspira.
 Hasta que cumpla su fatal destino
 No encontrará placer ni tendrá calma;
 Un incendio divino
 Arde en su frente y le consume el alma.
 Anhela ver la ligadura rota
 Que en el suelo retiene su existencia;

La voz del huracan , que el monte azota ,
No ensordece la voz de su conciencia ;
Conciencia de su propio poderío,
Que hasta el cielo levanta el pensamiento,
Y con esfuerzo impío
En el trono de Dios busca su asiento.

¿Dónde vas? dónde vas? Tal vez guiado
Por la inflexible mano de la suerte ,
Encontrarás la muerte
Sin cumplir la mision que has empezado.
Deten ¡ Euforión ! deten el vuelo ,
Muéstrate al mundo , alcanza la victoria ,
En tí la humanidad cifre su gloria ,
Por tí recuerde ser hija del cielo.
Del martirio la fúlgida aureola
En tu pálida frente
Melancólica brilla.
Ora rompiendo la espumante ola
De la mar encrespada , ya la ardiente
Oscura tempestad , y sin mancilla
Las orlas de tu manto ,
Que no ajó el soplo de la tierra impura ,
Aun resplandeces con celeste encanto
Inundado de luz y de hermosura.
Las ninfas , al mirar tu gentileza ,
Con entusiasmo férvido te adoran ,
Sus pechos arden con fatal terneza ,

Y en dulces cantos tu favor imploran.

CORO DE NINFAS.

Hijo sublime de la hermosa Helena,
Amor de Jove, de los hombres gloria,
Oye, poeta, de las ninfas oye

Místico himno.

Tú que del cielo á la region suprema
Quieres alzarte sobre el éter puro,
Del dios que agita tu inspirado seno

Émulo eres.

Homero canta, y á su voz el eco
Repite el nombre del rapaz divino
Hijo de Maya y del Saturnio; suena

Claro su nombre.

Llena los bosques de Celene, llena
Las verdes grutas de terror, y cumple
Amor en ellas, con la ninfa y Jove,

Dulce misterio.

Nace la aurora, y de la linda virgen
Nace en la aurora bienhadado fruto,
Al mediodía el venturoso halla

Cítara y gloria.

Forma la lira de carey bruñido,
Retuerce y fija las tendidas cuerdas,
Danle los astros del errante coro

Número y norma.

Las cuerdas pulsa con la diestra mano,

De la garganta cánticos exhala ,
 Vuela el mancebo, y atrevido, hermoso
 Sube al Olimpo.

Las diosas todas , del amor heridas ,
 La frente besan del augusto infante ,
 Blandas le ofrecen el eterno seno ,
 Gratas le acogen.

Mas solo el pecho que resiste altivo
 El rudo beso de la ardiente boca ,
 Su amor provoca , y de vencerle siente
 Alto deseo.

Y gira , y pasa con volubles ansias
 Ora al regazo de Chiprina bella ,
 Ya á la doncella que le sirve á Jove
 Néctar suave.

Ya de Diana las gallardas ninfas
 Sigue veloce por el ancho prado ,
 Ya enamorado de Minerva misma ,
 Himnos entona.

Los inmortales con deleite y pasmo
 Su audacia notan , su precoz ingenio ,
 Los que derrama la inaudita lira

Mágicos sonos ;

Mas á deshora singular tumulto
 Doquier se escucha en la eternal morada ,
 Y trastornando la divina pompa ,
 Rápido crece.

Vénus se queja de que el áureo cinto
 Hérmes le roba, do las gracias viven ;
 Bistonio Marte le demanda el sacro
 Límpido acero.

Busca Neptuno su tridente, buscan
 Amor las flechas y el laurel Apolo ;
 Júpiter solo los trisulcos rayos
 Y égida guarda.

Del labio intonso con gentil sonrisa
 Hérmes divino burla sus furores ,
 Guerra y amores sin cesar cantando,
 Huye ligero.

En el regazo de las doctas Musas
 Logra ampararse , y el alegre niño,
 De su cariño delicada muestra ,
 Dales la lira.

De la elevada cresta se desprende ,
 Al escuchar Euforión el canto ;
 De risco en risco rápido desciende ,
 Y exhala el alma celestial encanto.

Llega á las ninfas con amante anhelo,
 Embriagado de amor y de osadía ,
 Y olvida un punto la region del cielo,
 La sed de gloria que en su pecho ardia.

Bello como la luz de la mañana,
 Las ninfas al mirarle se embelesan,
 Y sus mejillas de jazmín y grana
 Con tierno afán enamoradas besan.

—

Y en tanto mueve la ligera planta
 Euforión, y de pasión delira,
 O nobles versos extasiado canta
 Al grato son de la acordada lira.

EUFORIÓN.

Del Orco profundísimo
 Subió mi madre amada,
 Al conjuro evocada
 Del sábio encantador;
 Su frente tersa y cándida
 Con el rubor lucía,
 Su labio despedía
 Mil suspiros de amor.

—

Entre los brazos mágicos
 De Fausto enamorado
 Miróse aprisionado
 Su tierno corazón;
 Y de este enlace místico
 De ciencia y hermosura
 Es símbolo, es figura,
 Es hijo Euforión.

A la region etérea
 Dejadme, pues, que vuele,
 Y de Mercurio anhele
 La alta gloria alcanzar.

Vagar quiero del céfiro
 En las alas ligeras,
 De las tormentas fieras
 En el negro cendal.

FORQUIAS.

Si tu entusiasmo y tu brio
 Pueden darte una corona,
 La violencia de tu alma,
 El fuego que te devora,
 De tu corazon las flores
 Sin fruto secan y agostan,
 Y á tu esperanza infinita
 Dan infinita congoja.
 La violencia y el poder
 Mucho alcanzan, mucho logran;
 Con cadenas de diamante
 Por ellos gimió, en la roca
 Atado, el Titan; por ellos,
 Bajo el Pelion y el Osa,
 Y bajo el Etna convulso
 Los hijos del cielo lloran.
 Pero mas puede la astucia,

Milagros mayores obra,
 Y la pertinacia trepa
 Do el genio no se remonta.
 Mientras sobre duro yunque,
 Allá en Lémnos cavernosa
 El martillo de los cíclopes
 Inútiles rayos forja,
 Dragon ingente, Tifeo
 Á Júpiter aprisiona,
 Y con su cuerpo le ciñe
 Y con su fuerza le ahoga.
 Al dragon Hérmes entonces
 Con astucia portentosa
 Sus mil enigmas declara
 Y la pujanza le roba;
 Á Júpiter libra, al mónstruo
 En los abismos arroja.

LAS NINFAS.

¡Euforión! no remontes el vuelo
 De tu genio en las alas hermosas,
 Que tejiendo guirnaldas de rosas,
 Ceñiremos nosotras tu sien.
 Del arroyo las diáfanas ondas
 Te adormecen con blando murmullo,
 De la tórtola amante el arrullo
 Te enajena de amores también.

Aquí el cielo estrellado y sereno
 Muestra siempre su fúlgida lumbre,
 Y en su eterna y altísima cumbre
 Claros brillan la luna y el sol.
 Aquí crecen las flores lozanas
 Y la vid, de racimos vestida;
 Cuánto aquí tiene ser tiene vida,
 Y enamora y suspira de amor.

Deja, deja tu empeño terrible,
 De las ninfas corona la danza,
 El que pinta falaz esperanza
 Rico engaño no sigas veloz.
 Con amor y placer te brindamos,
 Deseamos ceñirte en los brazos,
 Y con lánguidos tiernos abrazos
 Disipar tu funesto fervor.

EUFORIÓN.

Yo no puedo quedarme en la tierra;
 Desechad, desechad los amores,
 No ciñais con guirnaldas de flores
 Al que en su corazón lleva la guerra,
 Y solo quiere gloria y libertad.

Pero antes vendréis á mis brazos;
 Yo seré el cazador que hace alarde
 De la presa que cae en sus lazos,

Y vosotras la víctima cobarde
Que ni halagar podrá mi vanidad.

Así diciendo, Euforión avanza,
Y de impaciencia el corazón palpita;
Como el deseo sigue á la esperanza,
De las ninfas en pos se precipita.

Ya de una besa la desnuda espalda
Ó el blanco lino que sus formas vela,
Ora de aquella la flotante falda,
Que al movimiento de la danza vuela.

Pero las ninfas burlan su locura,
Pues convertidas en brillante llama,
De sus brazos escapan con presura,
Después que el alma de pasión se inflama.

Euforión pregunta, entusiasmado:
«¿Qué tierra es esta de prodigio tanto?»
Y el coro de las ninfas acordado
Así responde con solemne canto:

LAS NINFAS.

Esta es la noble patria de los helenos bélicos,
Aquí la ciencia tuvo un templo y un altar,
El canto de las Musas en alas de los céfiros

Se esparció por la tierra cual mágico raudal.
 De la sábia Minerva maravillosa fábrica,
 ¿Cómo se ha destruido, Aténas, tu poder?
 ¿Dónde están tus Arístides de virtudes magnánimas?

FORQUIAS.

Brillando entre las sombras de lo que entonces fué.

LAS NINFAS.

Tu fama eterna anuncian altivas las Termópilas,
 De Maraton los campos, de Salamina el mar,
 El valor de Temístocles, la gloria de Pelópidas,
 Y la voz de Demóstenes, gritando libertad.
 ¿En dónde están tus héroes? Para humillar al bárbaro
 ¿Por qué no rompe Aquiles el reino de Plutón?
 ¿Dónde están sus soldados de corazón impávido?

FORQUIAS.

El canto del Poeta tan solo los guardó.

LAS NINFAS.

¿Por qué de los muslimes los palacios magníficos
 Insultan la miseria del hijo de Pelop?
 Por qué, al son de la trompa, de su sueño pacífico
 La gloria de sus padres á nadie despertó?
 Por qué del alto Píndaro la melodiosa cítara
 En los juegos olímpicos no mas resonará,
 Ni de Tirteo el cántico entre la danza pírrica?

FORQUIAS.

Porque esos tiempos, ninfas, no volverán jamás.

EUFORIÓN.

No. Las cenizas de la patria mia
En su centro conservan todavía
El santo fuego ardiente
Que iluminó la mente
De los excelsos héroes animosos.
Para romper la bárbara coyunda
Que los fieros tiranos orgullosos
Á su cuello ciñeron,
La Grecia toda se alzaré iracunda,
Y de los que en un tiempo grandes fueron,
Al escuchar de libertad el grito
Y el son agudo de guerrera trompa,
No faltará quien del sepulcro rompa
La honda prision, y de la cuenca oscura
Do brilló su mirada
Lágrimas derramando de ternura,
Por hijos reconozca á los que vuelvan
Rojos de sangre de la lid sagrada,
Con el broquel sonoro
En el robusto brazo armipotente,
Ó en él tendidos con marcial decoro,
Ciñendo el lauro la dormida frente.

Súbito entonces se escuchó el sonido
De la trompa, y el aire sacudiendo,
Se esparció el ronco estruendo

Del tronante cañon y el alarido
 De los fuertes guerreros; los corceles
 Relinchan á lo léjos en el llano.
 En ademan ufano
 Los héroes marchan á alcanzar laureles,
 Sus pechos laten de entusiasmo santo,
 El atambor retumba,
 Y el viento rasga el belicoso canto
 Que amenaza al tirano con la tumba.

CORO DE GUERREROS.

Despertad del letargo, descendientes
 De nuestros héroes, acudid, la espada
 En la certera mano relumbrando,
 De lauros esplendentes
 La frente coronada,
 Himnos de gloria y libertad cantando.
 ¿Temeréis al tirano, envanecido
 Por el grande poder de sus legiones?
 Un tiempo de la cumbre que domina
 El mar de Salamina,
 Un rey miró, de presuncion henchido,
 Soldados y bajeles á millones;
 Su cetro omnipotente los regia,
 Y al despuntar en el oriente el dia
 Eran fuertes y en número infinito;
 Y los llamó á la tarde, y triste y rudo
 El eco solo responderle pudo.

¿Dónde estaban entonces los famosos
 Que amenazaban dominar la tierra,
 Y á Júpiter pensaron mover guerra?
 Dónde los que azotaron orgullosos
 Del hondo mar los lomos encrespados?
 Dónde? Como trofeo de victoria,
 En el profundo abismo sepultados,
 Del libre griego refulgente gloria.

EUFORIÓN.

Marchemos á la lid, el grito santo
 De libertad en rededor se escucha.
 Los tiranos en tanto
 Aguardan con terror la fiera lucha.
 Grito de libertad el aire llena,
 En las viejas Termópilas resuena,
 Por el extenso Egeo se dilata;
 Con encanto ominoso
 La selva de Dodona se conmueve,
 Y Olimpo nemoroso,
 Mirando que la Grecia se despierta,
 Estremece su cúspide, cubierta
 De sempiterna endurecida nieve.

LAS NINFAS.

¡Oh jóven peregrino!
 No vuelas á la lid precipitado;
 Para ceñirte del laurel divino
 Basta que escuche el mundo tu sagrado

Plectro suave y mágica armonía.
 Pulsa, jóven, la cítara, y derrama
 Torrentes de poesía
 Del corazón, que el entusiasmo inflama.
 Nosotras cogéremos
 En las florestas bellas y olorosas
 Cándidos lirios y encendidas rosas,
 Con que guirnaldas mil te ceñiremos.

No cede Euforión; su inmenso anhelo
 Debe llevarle al cielo.
 Ya entre las nubes gira,
 La flamígera espada
 En la derecha mano levantada,
 Y en la izquierda la lira.
 Mas ¡ay! que al raudó empuje
 De la ronca tormenta,
 Que en el momento atronadora ruge,
 Y en estampido horrísono revienta,
 Marchitas ya sus juveniles galas,
 Euforión cayó, rotas las alas.
 Lastimeros gemidos
 Los pechos de las vírgenes lanzaron,
 Y de dolor transidos,
 Los árboles y fuentes suspiraron.
 La tempestad impía
 Hundió en el mar la destructora planta.

Luego un grito de súbita alegría
Hasta el éter sereno se levanta.

UNA VOZ.

Ninfas, mirad á Euforión profundo,
Riquísimo de gloria;
Ya, cantando victoria,
Estremece los ámbitos del mundo.

De vosotras se aleja,
Rompiendo el éter en dorada nube;
Para memoria, por el suelo os deja
Cítara y manto, y al empíreo sube.

Las vírgenes entonces, conmovidas,
La forma terrenal abandonaron,
Y sus voces suaves se escucharon
Entre los elementos confundidas.

HIMNO.

Á los cielos te elevas,
Y luz mas viva das á la mañana;
Con vestiduras nuevas
La tierra se engalana;
De haberte dado el ser toda se ufana.

Nosotras de su seno
Hicimos dimanar la fuente pura,

El ancho mar sereno,
La vida y la frescura,
La copia de las flores y hermosura.

Le pusimos en torno
La atmósfera, cual velo trasparente
Y virginal adorno.
El espíritu ardiente
Nació de oculta y elevada fuente.

Una ráfaga hermosa
¡Oh Dios! de tu sublime pensamiento,
Purísima y gloriosa,
Bajó del firmamento,
Y en el pecho del hombre tomó asiento.

Y tú, que, desatado
De la materia, remontaste el vuelo,
Poeta entusiasmado,
Á la region del cielo,
Cumple por fin tu misterioso anhelo.

Levanta tu existencia
Hasta el inmenso ser que el mundo adora,
Y tu ser su potencia
Ensalce creadora,
Mientras gira la máquina sonora.

The first part of the paper is devoted to the study of the
 asymptotic behavior of the solutions of the system

$$\dot{x} = Ax + B u, \quad x(0) = x_0$$
 as $t \rightarrow \infty$. It is shown that the solutions
 converge to zero if and only if the matrix A is
 Hurwitz. The second part of the paper is devoted to the
 study of the asymptotic behavior of the solutions of the
 system

$$\dot{x} = Ax + B u, \quad x(0) = x_0$$
 as $t \rightarrow \infty$ for a fixed control u . It is shown
 that the solutions converge to zero if and only if the
 matrix A is Hurwitz. The third part of the paper is
 devoted to the study of the asymptotic behavior of the
 solutions of the system

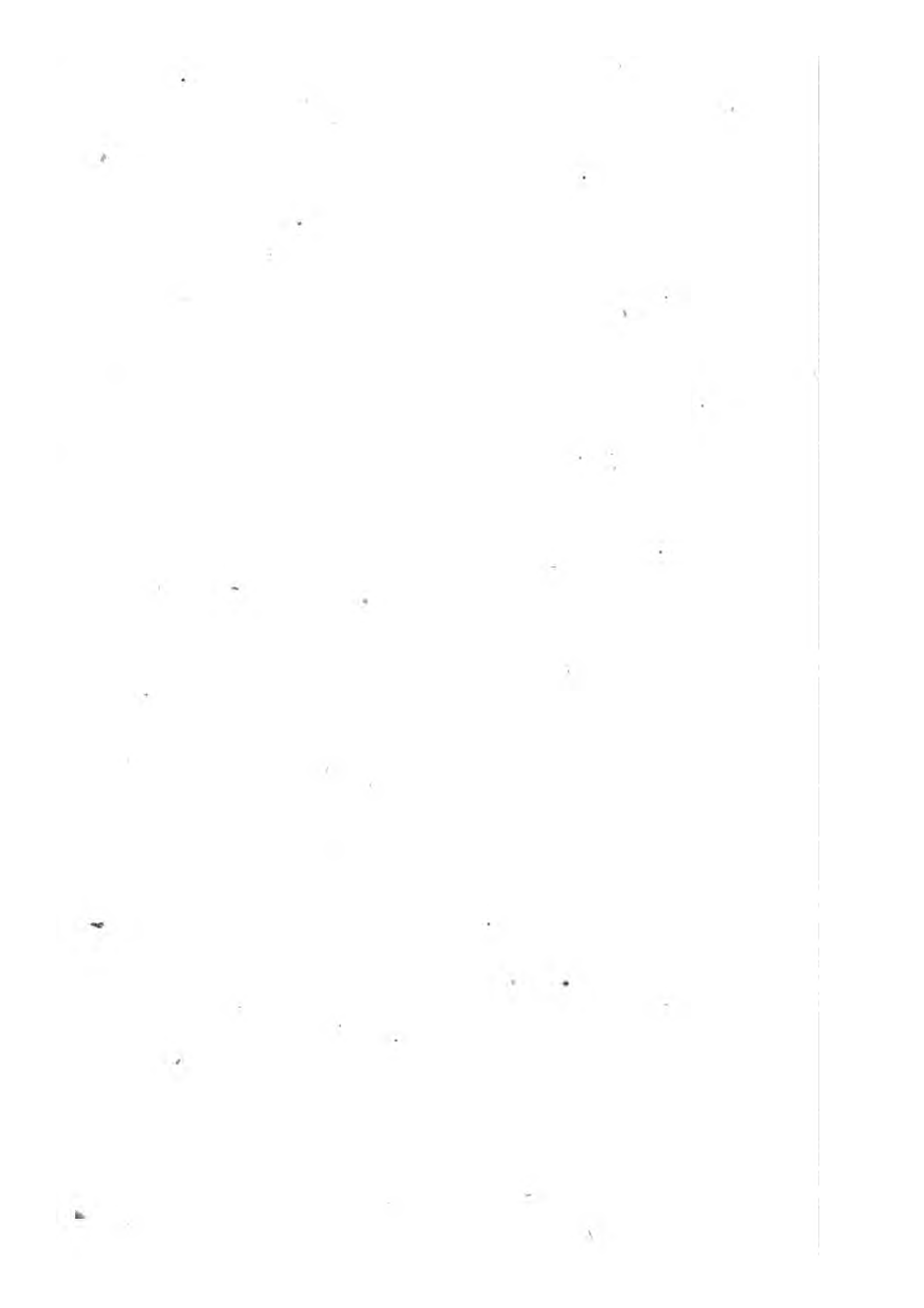
$$\dot{x} = Ax + B u, \quad x(0) = x_0$$
 as $t \rightarrow \infty$ for a fixed control u . It is shown
 that the solutions converge to zero if and only if the
 matrix A is Hurwitz.

EL PARAISO Y LA PERI,

LEYENDA ORIENTAL

DE MR. TOMÁS MOORE,

traducida libremente del inglés.



El Paraíso y la Peri.

DEL Eden á las puertas tristemente
La Peri estaba al despuntar del día;
Y al ver del cielo el resplandor luciente,
Que doraba sus alas inmortales,
Y de la vida oyendo los raudales,
Que allí ruedan con mística armonía,
Lloró el pecado de su raza impura,
Que le robó del cielo la ventura.

Y dijo : « ¡ Cuán dichosos
Son los santos espíritus que habitan
Los prados olorosos,
En donde nacen las eternas flores,
Que nunca se marchitan !
Por aspirar tan solo los olores
De la menor entre ellas,
Cuantas la tierra en sus entrañas cria,
Debidas á mi amor, y las estrellas,
Flores del ancho espacio, olvidaria.

» Del *Sing-su-hay* la linfa sonora,
El oro en sus arenas esparcido,
Y el lago de la fresca Cachemira,
Con sus fuentes de plácido ruido,

Con isla nemorosa,
 Que en su seno diáfano se mira,
 La claridad perdieran y hermosura
 Junto á las aguas de la etérea altura.

» ¡Ay! si de un orbe en otro refulgente,
 Por el espacio en maravillas rico
 Ansiosa tiendo el vuelo,
 Y en cantidad ingente
 Todos los goces junto,
 Y por siglos sin fin los multiplico,
 Jamas equivaldrán á los del cielo
 En un solo momento y en un punto.»

El ángel que las puertas defendía
 Del Eden, el quebranto
 Al mirar de la Peri, dulce llanto
 De compasion vertía,
 Que daba á sus mejillas resplandores,
 Como rocío en celestiales flores.

Y el ángel dijo : « Hermosa desolada,
 Aun te es dado poder en la morada
 De los santos entrar, pues del destino
 Dice el libro divino :
*Redímase la Peri que viniere
 Trayendo de la tierra
 Lo que mas grato á la deidad le fuere.*
 Vuela, busca el presente deseado,
 Que te abra el cielo y limpie tu pecado.»

Cual cometa violento,
 Que hácia el disco del sol su curso guia;
 Como la exhalacion que en la sombría
 Noche rasga el azul del firmamento,
 Dardo quizás que envia
 Un ángel á los genios que, en su orgullo,
 El cielo quieren escalar, la Peri
 De la celeste bóveda desciende,
 Cuando ya de la tierra se colora:
 La faz con la mirada que la aurora
 De sus ojos flamígeros desprende.

Mas ¿dónde irá el espíritu del viento
 Á encontrar el presente? «Yo, decia,
 Del alto Chilminar en el cimientto,
 Las fulgurantes piras de rubies
 Y las cándidas perlas, que los genios
 Escondieron, he visto; yo poseo
 La copa, de diamantes guarnecida,
 De Janshid, su monarca, toda llena
 Del elixir de vida;
 Y de la Arabia amena
 Mas allá, mi deseo
 Pueden saciar en escondida playa
 Los preciados aromas de Pancaya.
 Mas ¿qué las joyas son, si las comparo
 Con el trono de Alá, brillante y claro?
 Qué de la vida el elixir? Cual gota

En el profundo mar, se perdería
 Donde la vida de lo eterno brota.»

Mientras que así decía,
 Ya con sus leves alas conmovía
 La Peri el tibio, perfumado ambiente
 Del territorio indiano,
 Donde descansa el férvido Océano
 Sobre rocas de ámbar y corales;
 Do las montañas en el hondo seno,
 Que fecundan los rayos celestiales,
 Tesoro guardan de diamantes lleno;
 De cuyas fuentes, limpias y serenas,
 Al murmurar sonoro,
 Las ondinas adornan las arenas
 Con arenas de oro;
 Cuyos bosques de sándalo fragante
 Y clavo y cinamomo, el paraíso
 Pudieran ser de nuestra hermosa Peri.
 Mas ¿por qué sus arroyos de humeante
 Sangre humana se tiñen?
 Al arrullo del aura lisonjero
 Del moribundo el grito lastimero
 Se mezcla, y de las flores
 Los hermosos colores
 Manchan con roja sangre los que riñen.
 ¡Tierra del sol! ¿Quién ora,
 Con planta destructora,

Invade tus pagodas, tus jardines,
 Tus sagradas cavernas? Quién el trono
 De oro y marfil de tus monarcas quiere
 Robar, con rudo encono
 Los ídolos rompiendo,
 En cuyos altos templos los bramines
 Están los sacrificios ofreciendo?
 Mahmud de Gasna es. Ciego de ira
 Se acerca, y de los reyes las coronas
 En el vil polvo con desprecio tira;
 Adorna sus lebreles
 Con esplendentes joyas, arrancadas
 De las bellas gargantas profanadas
 A las indias matronas.
 En el propio *Zenana* ofende impuro
 Á la casta doncella,
 Y de los templos sobre el mármol duro
 Á los bramines sin piedad degüella.

La Peri con horror, llena de enojos,
 Volvió á otra parte los divinos ojos,
 Y vió en el campo fiero
 De la lucha mortal jóven guerrero,
 Que defendiendo aun la patria amada,
 En la mano derecha
 Tiene ya rota la sangrienta espada,
 Y en el ancho carcaj la última flecha.

«Vive, guerrero, el vencedor le dijo,

Tú gozarás también de la victoria;
 Si eres del indio territorio hijo,
 Con él cumpliste, y alcanzaste gloria.»
 Por respuesta dispara
 La flecha el héroe al invasor tirano;
 Mas ¡ay! que parte en vano;
 El hado de su pecho la separa.
 El invasor aun vive,
 Y muerte el héroe con valor recibe.

La Peri, que notó donde, tendido
 En brazos de la muerte,
 Quedó el guerrero fuerte,
 Viendo ya de la guerra
 Estar por un momento
 Mas tranquila la tierra,
 Ligera cruzó el viento,
 Sosteniéndose ufana
 En un rayo del sol de la mañana:
 Y recogió en su seno
 De la sangre del inclito soldado
 La postrimera gota,
 Cuando aún el libre espíritu sereno
 No había el velo mortal abandonado,
 Su dulce union con la materia rota.

Y la Peri exclamó, mientras el vuelo
 Á la mansion eterna dirigia:
 «Este es el don que me conquista el cielo.

¡Ay! en la lid que la ambicion provoca,
 O la venganza loca,
 Es con crimen la sangre derramada;
 Mas si se vierte por la patria amada
 Y sacrosanta libertad, merece
 En el cielo brillar, y resplandece
 De Dios ante los ojos
 Siempre el valiente corazon que entrega,
 Muriendo en la refriega,
 A la patria sus míseros despojos,
 Sin doblegar al yugo
 La libertad que á Dios darle le plugo.»

« Hermosa ! exclamó el ángel cuando viera
 El querido presente entre sus manos,
 Es del héroe la sangre postrimera,
 Digna del cielo, honor de los humanos;
 Mas del Eden la puerta cristalina
 No resuena con música divina
 Ni se abre para tí. Marcha; la tierra
 Un presente mas santo darte puede;
 Aun del cielo la suerte te destierra;
 Si le alcanzas, el cielo te concede.»

Con la nueva esperanza,
 En el aire el espíritu se lanza,

Y buscando fortuna,
 Á las *montañas* llega *de la luna*.
 De sus alas el cándido plumaje
 Peinó en las fuentes del soberbio Nilo,
 Cuyo origen tranquilo
 En el bosque se pierde solitario,
 Donde al rico paisaje
 Dan movimiento vario,
 Danzas tejiendo del gigante en torno,
 Los genios mil, de su cristal adorno.
 Y la amorosa ninfa discurriendo,
 Vió las palmas de Egipto colosales,
 Y multitud de moles sepulcrales,
 Que de sus reyes la memoria escuda;
 Y deleitóse oyendo
 El canto de la tórtola viuda
 De Roseta en los huertos encantados,
 Do la hiedra lasciva al árbol trepa,
 Y en él ciñe sus brazos perfumados
 La fructífera cepa.
 Y contempló la Peri
 De la luna el reflejo
 En las inquietas alas
 De los blancos pelicanos, que rompen
 Del lago Moeris el turgente espejo.
 ¡ Hermosa escena ! Mas brillantes galás
 Nunca naturaleza

Mostró en la noche oscura.
 ¡Qué pensara quien viese su hermosura
 Y de sus frutos la sin par riqueza!
 Los bosques de palmeras que al ameno
 Prado inclinan la frente coronada,
 Como cándida vírgen reclinada
 De su madre en el seno;
 Las que en el llanto que la aurora vierte
 Bañan el cáliz delicadas flores,
 Para que estén mas bellos sus colores
 Cuando su sol querido se despierte;
 Los arruinados templos, cual inmables
 Sombras que cubren el vergel risueño,
 Como reliquias nobles
 De un espléndido sueño,
 Tierna melancolía
 En el alma infundieran. El silencio
 Tan solo turba con su trino ahora
 La calandria canora;
 Y cuando la sombría
 Nube disipa con su luz de plata
 La luna, se retrata
 En el cristal del lago, y verse deja,
 Con alas de zafir vivo y luciente,
 La *Sultana*, que exhala dulcemente
 Del purpurino pico flébil queja.
 En tan bella region ¿quién pensaría

Que la peste fatal sacudiria
De sus alas ardientes
El fuego matador, mas violento
Que en el desierto el proceloso viento,
Que de arenas candentes
Arrastra un torbellino?
Así como el Simun por donde pasa
La flor marchita, y el vergel abrasa,
Marcando su camino;
Por donde quiera que la peste vierte
Su empozoñado aliento, va la muerte.

El sol, que ayer brillaba
En la fresca mejilla
Que de nítidas rosas esmaltaba
La juventud, hoy brilla
Sobre un cadáver frio,
Que ya sentir no puede
Su vivo resplandor. ¡Cuán horroroso
Era mirar, Dios mio,
Los insepultos cuerpos, de la luna
Á la pálida luz! Los buitres fieros,
Los lobos carniceros,
A pesar de su indómita fiereza,
Llenos de horror huian;
Mas la ciudad las hienas recorrían,
Olvidando del bosque la aspereza.
¡Ay de aquel que sus ojos divisaba,

Brillando entre las sombras cual bermejas
 Luces, si enfermo, en lastimèras quejas
 Su desgarrado corazon se ahogaba.

«¡ Pobres humanos! dijo compasiva
 La Peri, ¡ qué severa
 De la Deidad la mano vengativa
 Vuestra caída castigó primera!
 Aun guardais del Eden algunas flores;
 Mas el rastro quedó de la serpiente
 Sobre ellas todas, y arrancó inclemente
 De sus hojas la esencia y los colores.»

Y la Peri lloró, y el aire puro
 Y diáfano y brillante en torno de ella
 Relució, con el llanto
 De sus divinos ojos adornado;
 Porque tienen encanto
 Las lágrimas que el hombre desgraciado
 À un espíritu tierno verter hace.
 Mas un jóven que yace,
 Pronto á morir, abandonado y triste,
 Sin amor ni consuelo,
 Postrado vio la Peri por el suelo,
 Entre los limoneros que tributo
 Al valle daban de olorosa esencia,
 Confundidas las flores con el fruto,
 Cual suelen en la edad de la inocencia
 Los juegos y el amor andar unidos.

¡ Cuán amargos gemidos
 Exhala, abandonado, el moribundo!
 Nadie le vela en su dolor profundo,
 Nadie á dar á sus labios se aventura,
 Para calmar la fiebre de su seno,
 Una gota tan solo de agua pura
 Del lago aquel tan fresco y tan sereno.
 Ninguna voz amada
 Le viene á dar la dulce despedida
 Al alma enamorada
 En el punto cruel de su partida;
 Voz que aun el alma escucha
 De muerte y vida en la suprema lucha,
 Y cual distante música recuerda,
 Aunque en la ignota eternidad se pierda.
 ¡ Pobre jóven! Un solo pensamiento
 Su espantoso dolor mitiga ahora:
 Que no ha de padecer igual tormento
 La linda virgen que su pecho adora.
 En el palacio de su padre vive,
 En donde el aura saludable y pura
 De las flores recibe
 Aromas, de las fuentes la frescura.
 Mas ¿ qué gallarda aparicion ligera,
 De la luna al fulgor pálido brilla?
 De la salud parece mensajera,
 Y en la tersa mejilla,

Que trae sus rojos dones se creyera.

Es ella: desde léjos

La conoció su enamorado amigo,

Del astro de la noche á los reflejos ;

Ella, que, huyendo del paterno abrigo ,

Morir allí prefiere ,

Y no vivir cuando su amado muere.

Al caro amante la beldad abraza ,

Y por calmar su férvida congoja ,

La perfumada crencha desenlaza

Y en el agua la moja.

¡Ay! Cuando el triste imaginar podría

Que horror debieran darle los abrazos

De la beldad en quien su amor ponía ,

Cuyos amantes brazos

Mas santos los creia

Que allá en el cielo el misterioso nido

Do un tierno querubin yace dormido !

Si antes diera la vida

Por un beso no mas de la que adora ,

En tan horrible instante

Tiembla al mirarla de su cuello asida ,

Lleno de amor el pecho sollozante ,

Y las mejillas , que el rubor colora ;

De enamorado llanto ;

Mientras que así le dice con el santo ,

Nunca al amor cedido ,

Inmaculado labio, al labio unido :

« Si el aire que respiras yo respiro,
 ¿Qué me importa que en él venga la muerte?
 Cuando morir te miro,
 Envidio solo de morir la suerte.
 Recoge tú las lágrimas que lloro,
 ¡Ay! si la sangre de mi pecho fuera
 De la salud tesoro,
 Como vierto este llanto, la vertiera ;
 No separes de mí tu rostro amigo.
 ¿No soy tuya, tu amante desposada,
 Por nuestro amor purísimo obligada
 Á vivir ó á morir siempre contigo?
 La sola luz de la existencia mia
 Eres tú ; considera
 Si largo tiempo el alma sufriria
 La noche que la espera.
 ¿La vida sin amor quién apetece?
 Cuando el tallo no vive,
 La flor, que de su amor vida recibe,
 Se marchita y perece.
 Tu rostro acerca, y si el dolor inpío
 Tambien me hiere con su espina acerba,
 Hoy tu labio, besando el labio mio,
 La salud participe que conserva. »

Así habló, y extinguida
 Su voz en un suspiro, mas suave

Que la luz de sus ojos adormida,
Muerto al fin su embeleso,
Ella tambien, con el postrero beso,
Dejó en los labios de su amor la vida.

La Peri al punto arrebató ligera
De aquel alma, en su amor tan verdadera,
El último suspiro enamorado.

«Dormid, dijo, gentiles amadores,
Dormid en lecho de inmortales flores,
Lleno de luz y gloria y poesía,
Cual la hoguera del fénix encantado,
Que entre perfumes muere y armonía.»

Y remontando el vuelo,
Segunda vez se encaminaba al cielo
Con el nuevo presente
De un suspiro de amor puro y ardiente,
Cuando ya la mañana
Volvió á tender su clámide de grana
Por el zafir del cielo trasparente.

Y la Peri fingia,
En su leda esperanza,
Que entre las palmas del Eden volaba,
Y ver y oír pensaba
De las huries la revuelta danza,
Y aquella incomprendible melodía
Que forma el aura leve,
Que del trono de Alá rápida nace,

Cuando las flores celestiales mueve,
Y su perfume en átomos deshace.

¡ Ay! ¡ Alentaba su esperanza en vano!
La puerta del Eden aun no se abria,
Y el nuevo don en la radiante mano
Al recibir el ángel , le decia :
«Grato es el don ; su historia
Escrita está sobre la frente pura
De Alá con luz de mística hermosura
Y de perenne gloria,
Y vendrán los querubes á leerla,
Sobre la frente del Señor al verla ;
Mas del Eden la puerta cristalina
No resuena con música divina
Ni se abre para tí. Marcha ; la tierra
Un presente mas grato darte puede ;
Aun del cielo la suerte te destierra ;
Si le alcanzas , el cielo te concede.»

La Peri entonces descendiendo triste,
Llegó á la tierra de la Siria opima,
Que de rosas se viste,
Y donde el sol sobre la calva cima
Vierte su luz del Libano gigante,
Cuya frente radiante

Ciñe de nieve cándida diadema,
Del invierno aterido
Esplendoroso emblema,
Mientras que está tendido
Á sus piés el verano
De gayas flores en vergel lozano.
 Quien en alas del viento
De tan hermosa vista disfrutara,
¡Cuánto la luz, la vida, el movimiento
De sus valles y huertos admirara!
De copiosos raudales
Las amenas riberas el octubre
De dulces frutos cubre,
Dorados con los rayos celestiales.
Al alegre lagarto, por el muro
De la arruinada torre ó por la falda
De la colina rápido cruzando,
Trueca el color oscuro
En fúlgida esmeralda,
El sol sobre su lomo reflejando.
En las eras de aromas
Enamoradas gimen las palomas,
Á cuyas tersas alas
Presta la luz tan diferentes galas
Como al iris luciente
Que en la region del Peristan se ostenta;
Y del cuadro la paz y el gozo aumenta

El son del caramillo. Dulcemente
 Cantan allí sus amorosas quejas
 Los sencillos pastores:
 Un zumbido ligero
 Forman de Palestina las abejas,
 Buscando miel en las silvestres flores;
 El corcho que prepara el cosécheró
 La abundancia desdeña,
 Y el panal hacen en la hueca peña
 Á orillas del Jordan, ó en el añoso
 Tronco de un cedro ó corpulenta encina,
 En cuya copa trina
 Tal vez el ruiseñor melodioso.

Mas nada place de la Peri al alma;
 Sus alas la fatiga
 Dobló, solo la calma
 Anhela ya del cielo;
 Del sol la luz amiga
 No le presta consuelo,
 Aunque limpia y hermosa reverbera
 Del templo de Balbec en las columnas,
 Do adoracion al sol y gloria diera
 La multitud; ahora,
 Si, á pesar de la mano destructora
 Del tiempo, las columnas se salvaron,
 Yertas aun entre el inmenso escombros,
 Refieren al presente con asombro

El poder de los siglos que pasaron.

« Quizás pensó la Peri que un secreto
 Tesoro guarde el templo en su ruina,
 Misterioso amuleto
 Ó joya peregrina,
 Por los genios que pueblan el abismo
 En el fuego volcánico fraguada,
 Con raras letras, con el nombre mismo
 De Salomon sellada,
 Y allí logre leer donde se encierra
 Y se oculta, en los mares ó en la tierra,
 El benéfico encanto
 Que ha de trocar en gozo mi quebranto. »

Con este pensamiento, que desvela
 Su corazón, la Peri suspirando
 Sobre la gran Balbec pausada vuela;
 Y ve á un niño jugando
 En el pensil ameno,
 Puro como las flores y sereno.
 En torno de jazmines y de rosas
 Va en pos de las pintadas mariposas,
 Cuya beldad el alma le seduce;
 Joyas con alas, voladoras flores,
 Que en su manto nupcial céfiro luce
 En la rica estación de los amores.
 Y no léjos del niño de repente
 Llega un hombre cansado;

Del corcel baja, y en el verde prado.
 La sed apaga en cristalina fuente; /u
 Y luego allí sentado,
 Una mirada dirigió al gracioso
 Niño, que sin recelo la recibe,
 Aunque nunca mirar mas espantoso
 Vieron sus ojos. En la frente aquella
 Grabó el delito su profunda huella:
 La violencia y el falso juramento,
 Y el homicidio bárbaro y cruento,
 Que aun sus manos manchaba, todo escrito
 De un ángel por la diestra vengativa
 Estaba allí con claridad tan viva
 Como era horrible y negro su delito.

Mas sosegado el criminal ahora,
 Cual si el ambiente de la tarde suave
 Dulcificara el hondo sentimiento
 De su alma, mira el niño tan contento, /a
 Con sus alegres juegos en la aurora
 De la primera edad embelesado,
 Y á cruzar no se atreve el desdichado
 Su mirada siniestra
 Con la del niño, do el candor se muestra;
 Cual antorcha profana,
 Si despues de alumbrar en noche oscura
 Rito espantoso y ceremonia impura,
 Se encuentra con la luz de la mañana.

El sol en tanto, al sepultar la frente,
Perfila los celajes de occidente
De oro y púrpura tiria,
Y la oracion por todos los confines
Con voz sonora anuncian los muezines
En los mil alminares de la Siria.
El niño entonces se postró de hinojos,
Y en el cielo clavó los bellos ojos,
Del Señor ensalzando la grandeza
Con tan santa pureza,
Que un ángel desterrado parecia,
Y en el divino amor su pecho ardia.

¡Ay! al ver de aquel alma la luz clara,
Hiriendo su memoria
La paz perdida y la perdida gloria,
El mismo Eblis en su altivez llorara.
Tambien el delincuente, recordando
Los crímenes y horrores de su vida,
No encontró en ella un blando
Recuerdo do fijar su alma afligida,
Sino en la edad de la niñez, y dijo
Con voz doliente y tierna:
«Un tiempo fué tambien en que la eterna
Bondad de Dios mi corazon bendijo.
Jóven era yo entonces, feliz era,
Y oraba, como tú, con santo anhelo,
Y en la inocencia de mi edad primera

Pude mirar sin confusion al cielo.»

Y pensando en su pura
Infancia y en las dichas que pasaron,

Lágrimas de ternura

Sus abrumados párpados bañaron.

¡ Cuánto el triste lloró ! Llanto sublime,

Bien primero que alcanza

El corazon si arrepentido gime,

Y su fe pone en Dios y su esperanza.

« Maravillosa gota de rocío,

Dijo la Peri, el abrasado ambiente

Refresca del Egipto en el estío,

Con virtud tan patente,

Con poder tan salubre,

Que, al descender á la sedienta tierra,

Luego á la peste la salud destierra,

Y el aire puro con sus alas cubre ;

Mayor milagro, pecador contrito,

Haciendo el llanto que tu pecho vierte,

Te limpia del contagio del delito,

Y de tu corazon lanza la muerte.»

Mientras habló la Peri, arrodillado

El criminal, oró del niño al lado,

Y su oracion al cielo se elevaba,

Que su perdon con himnos celebraba.

Y de hinojos estaban todavía,

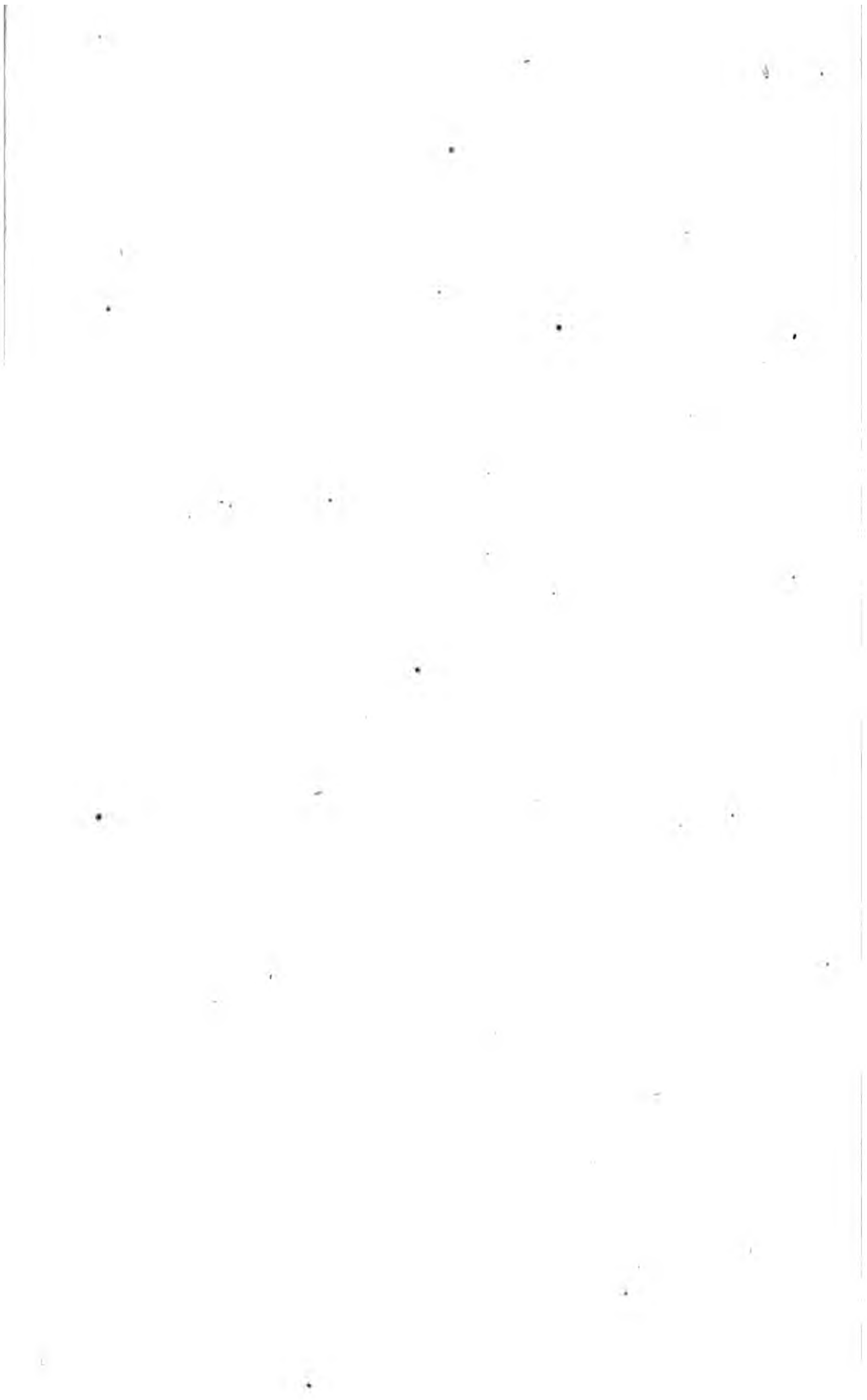
Cuando el sol en el mar hundió su fuego,

Y su manto al tender la noche fría,
 Al mundo dió tinieblas y sosiego.
 Entonces una luz hermosa y pura
 Rasgó las sombras de la noche oscura,
 Y fulguró en la lágrima suspensa
 Del pecador aun en la mejilla,
 Con claridad brillando mas intensa
 Que la del sol y las estrellas brilla.
 Quien con débiles ojos y mortales
 Luz mirase tan clara,
 Exhalacion estiva la juzgara
 O ardientes meteoros boreales.
 Pero la ninfa, conociendo en ella
 La sonrisa divina
 Del ángel que la puerta cristalina
 Abre del cielo ya, viva centella
 De su alegría santa,
 Vió en la lágrima el don apetecido,
 Y exhaló con acento conmovido
 La dulce voz de la inmortal garganta.
 «Cumplido está mi anhelo:
 He conquistado el cielo.
 Dichosa, santa soy;
 Adios; al Eden voy.
 ¿Qué valen, comparadas
 Con sus praderas plácidas, bañadas
 De arroyos sonoros,

De Amberabad la bóveda fragante
De cedros y de sándalos umbrosos,
De Shadukian las torres de diamante?
Adios, aroma terrenal, que roba
Al paso el aura, cual suspiro leve;
Que aliento eterno el árbol del Tooba
Me prestará si el céfiro le mueve.
Adios, terrenas flores,
Que os marchitais á la primer mañana;
¿Qué son vuestras esencias y colores?
¡Cuán efímera y vana
Vuestra hermosura es, si la comparo
Con el Loto, que crece donde el claro
Trono de Alá su majestad ostenta!
Frescas en él las flores se mantienen,
Y en cada una de sus hojas tienen
Un alma, que contenta,
Dice conmigo: Conseguí mi anhelo:
He conquistado el cielo.
Dichosa, santa soy;
Eternamente en el Eden estoy.»



SAUDADES DE ELISENA.



Souvent femme varie :

Bien fol est qui s'y fie.

(EL REY FRANCISCO I.)

I.

EN la siempre deseada
Del amor noche sombría,
En aquella estancia tuya,
Tan abrigada y tan linda ;
Cuando la cándida nieve
En densos copos caía ,
Y daba el hielo á las calles
Alfombra resbaladiza ,
¡ Cuán apacibles coloquios ,
Qué juvenil alegría ,
Qué canciones me cantabas ,
Qué ternuras te decía !
Yo robaba de tu boca
La canción aun no nacida ,
Tú las lisonjas de amante
Sofocabas en la mia.
Nunca con mayor esmero,
Nunca con mayor delicia,
Representaste en los dramas
Amorosas heroínas ;
No para fingir amores

Fué tu talento de artista,
Sí para darles la gala
Y encanto de la poesía.
Una palabra, un suspiro,
Una suave caricia
El poema de tu alma
Realizado transmitian.
Tu aliento, tu puro aliento
Era espíritu de vida,
Luz del cielo tu mirada,
Lampo de amor tu sonrisa.
Cuando pasabas tu mano
Por mis cabellos suavísima,
Mas que Thalberg y que Litz,
Si en el piano se inspiran,
Despertabas en mi alma
Una celeste armonía,
Como el amor misteriosa,
Inmensa como mi dicha.
Forjaba entonces mi mente
Imágenes tan divinas,
Que dieran gusto y espanto
Si yo acertase á escribirlas.
Allí flores mas hermosas
Que la *Victoria regina*,
Allí mas gratos aromas
Que en Pancaya y en las Indias,

Y los amores bailando
 Con las musas y las ninfas,
 Y el Olimpo, y el Walhala,
 Y los palacios de Indra,
 Y de Aladino la lámpara,
 Y los jardines de Armida.
 El alma se evaporaba,
 Y en el éter se perdía,
 Y cruzaba el mundo todo
 Como una eléctrica chispa.
 En las regiones aéreas,
 Do mi alma discurría,
 Se bañaba en claros mares,
 En ondas tan cristalinas
 Cual diamantes, como el oro
 Puras, dulces como almíbar,
 Y frescas como una rosa,
 Y como la plata limpias.
 ¡Ay! cuando de estos viajes
 Tornaba la peregrina,
 Sobre tu cándido seno
 Me la encontraba dormida.

II.

¿En qué pecó el alma,
 Gentil Elisena,
 Que del paraíso

Así la destierras?
¿Qué amor tuvo el alma,
Qué objeto, qué idea
Ni qué pensamiento,
Que tuyo no fuera?
Léjos de tí el alma,
Es un alma en pena,
Que entrevió la gloria
Sin quedarse en ella.
Cual pasan las flores
De la primavera,
Pasaron mis dichas,
Que en duelo se truecan.
Ricé con los labios
Las ondas serenas,
Hollé venturoso
La rueda tercera,
Herí con la mano
Del cielo las puertas,
No agosté las flores
Y aspiré la esencia;
Mas ya para mí
La fuente se seca,
La flor se marchita,
Se borra la senda,
Se eclipsa de Vénus
La nítida estrella.

El alma de amores
Herida se queda,
De cariño ansiosa,
De gloria sedienta.
¿Por qué así la tratas?
Por qué así la dejas?
¡Ay! yo adoré en cifra
En ti una caterva
De humildes zagalas
Y nobles princesas.
En cifra adoraba
En tí la modestia,
Hermosura, gala,
Virtud, inocencia,
Que tal vez los cielos
Benignos te dieran,
Que tal vez fingiste
Con arte en la escena.
Amor en que tantos
Amores se enredan,
¿Qué mucho que dure
Y eterno parezca?
Tú para mí fuiste
Siempre varia y nueva;
Yo para tí el mismo
De contino ora.
Si fuiste inconstante,

Es porque te cercan
Boyardos de Rusia,
Lores de Inglaterra,
Y grandes de España,
Y mirzas de Persia;
Que tus gracias rien,
Tu desden lamentan,
Tu beldad alaban,
Tu ingenio ponderan,
Adulan tu orgullo,
Y tu amor anhelan.
De mí te olvidaste,
Ufana y soberbia;
Mas son infundados
Mi encono y mi queja.
Debió solamente
Causarme sorpresa
Que en medio de tantas
Personas egrégias,
Del género humano
Magnífica muestra,
Compendio de toda
La pompa terrena,
Mi oscura persona
Amor te infundiera,
Fugaz como sombra,
Sutil como niebla.

III.

Elisena, ¿fué tu amor
Un veleidoso capricho,
Ó fué bello, noble y grande
Como el amor de tu amigo?
Tú no sabes la amargura
Que, al recordar tus hechizos,
Ora derrama esta duda
En el pensamiento mio.
Si el pensamiento se viese
De esta amarga duda limpio,
Diera el dulce bien pasado
Al desden presente alivio.
Orgullosa y satisfecho
De que me hubieses querido,
Renovando en mi memoria
La dicha del paraíso,
Tal vez calmara la pena,
La pena que da tu olvido,
De tu efimera ternura
El recuerdo peregrino.
Entonces yo imaginara
Que inflamé tu pecho frio
Y que logré conmover
Esas entrañas de risco,
Y suscitar en tu alma

Un amoroso delirio ;
Amor que si en un momento
Se ha transformado en desvío,
Concentrándose en mi mente
En un deleite infinito,
En un sublime recuerdo,
En un eterno martirio,
Fuera infierno y gloria , fuera
Galardon y sacrificio.
Mas ¿ cómo adorarte diosa ,
Que en el corazon me finjo ,
Cuando de tu ser humano
Me da la memoria aviso ?
Cómo soñar que , llevado
Sobre las alas de un silfo,
De tu amor y tu hermosura
Subí á gozar al empíreo ?
Es cierto que con presentes
No encadené tu albedrío,
Ni me dejaste por pobre
Ni me quisiste por rico ;
Es cierto que te ofrecieron
Gargantillas y zarcillos
De diamantes y de perlas,
Esmeraldas y zafiros ;
Que te brindaron de seda
Y de encajes con vestidos ,

Con chales de cachemira,
Con cebelinas y armiños;
Y es cierto que esos tesoros
Tu orgullo aceptar no quiso,
Y que aceptaste mis flores,
Mis versos y mis suspiros.
Mas mi corazon guardaste
De tu hermosura cautivo,
Diciendo : «Para mi triunfo
Un corazon necesito ;
Porque corazon no tienen
Los que me cercan rendidos ,
Y de sus joyas y galas
No me envanezco, y me rio.»
Y atormentaste mi alma
Y turbaste mis sentidos ,
Y con tus besos me diste
Un emponzoñado filtro.
Desde entonces , Elisena,
Es adorarte mi sino ,
Y hasta vana y desdeñosa
Te adoro, y no te maldigo.

IV.

El corazon libre,
Libre el pensamiento,
En busca de amores

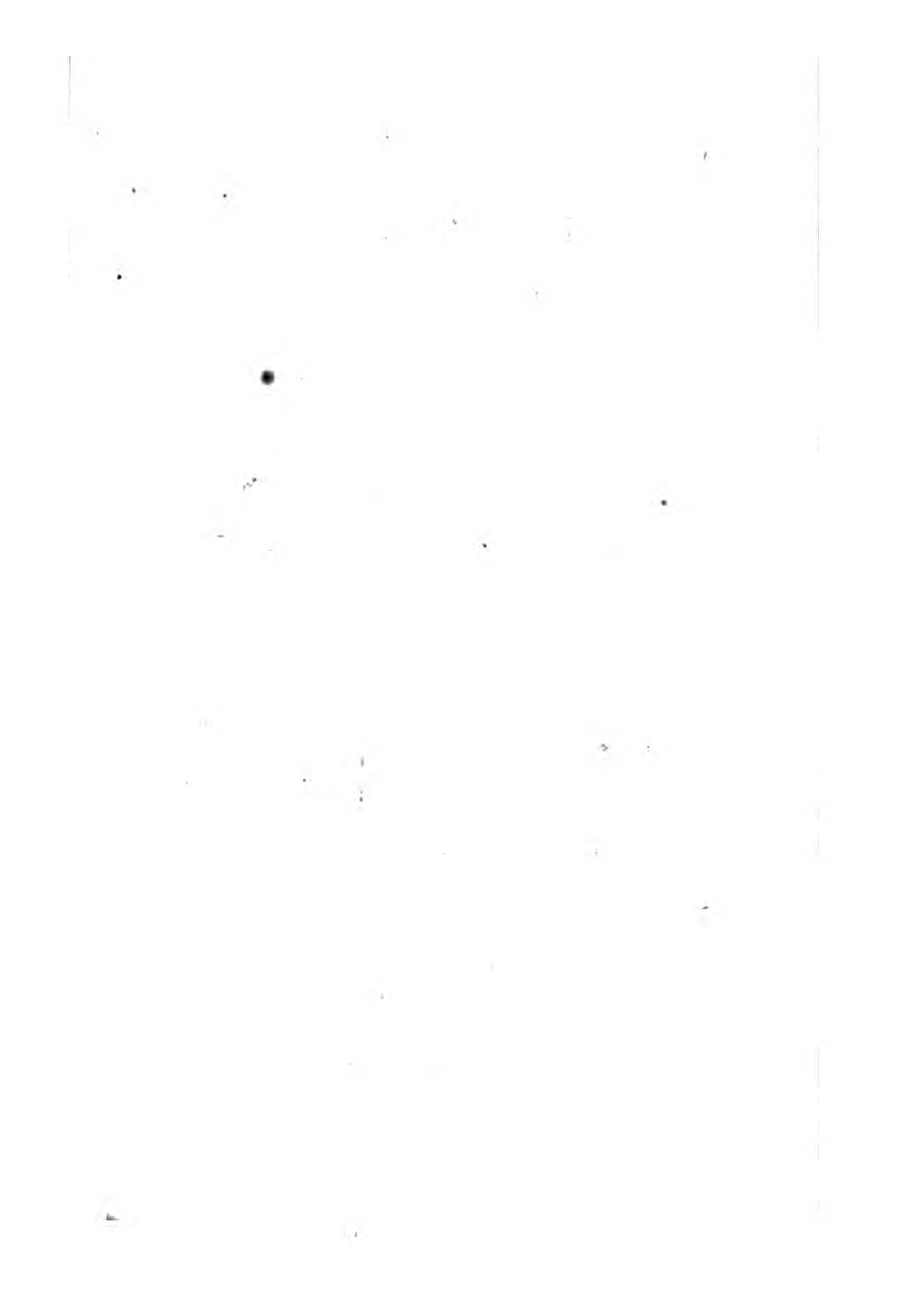
Volaban al cielo.
Ternura infinita
Sentia mi pecho
Por un infinito
Misterioso objeto,
Pudorosa ninfa
De gracias modelo;
Fantástica maga,
Divino portento.
Un ser fabuloso,
Un serafin bello
Yo amaba tan solo,
Y allá en lo secreto
Del alma le daba
Altars y templo ;
De amores vulgares
Juzgábame exento.
Mas cuando ya el alma
Remontaba el vuelo,
Otra vez á tierra
Cayó sin aliento,
Presa en la suave
Red de tus cabellos ,
Herida de muerte
Por tus ojos negros.
La riqueza entonces
De mi amor inmenso,

Las nobles creaciones
Del fácil ingenio,
La luz que ilumina
Y dora mis sueños,
Del alma profundos
Y vagos misterios,
En tu beldad propia
Su beldad pusieron,
Ciñéndola en torno
Cual cinto de Vénus.
Por eso del alma
Tuviste el imperio,
Tu amor me dió gloria,
Tu desden infierno.
Sin tí yo pensaba
Que el mundo era un yermo,
Los astros oscuros,
Los hombres espectros.
Contigo en verano
Trocaba el invierno,
Las nubes mas tristes
En claros luceros,
En vastos jardines
Los mares de hielo,
En flores las nieves,
En lindo lo feo.
No extrañes si ahora,

Al ver que te pierdo,
Perdidos tesoros
Del alma lamento.
Por amor el alma
Dió paz, dió sosiego,
Libertad y vida
Trocó por un beso.
Muerta la esperanza
Y vivo el deseo,
¡ Cuán tarde conoce
El alma su yerro !
Mas no, no te jactes
Del daño que has hecho,
Ni temas mi encono
Ni esperes mi ruego.
La que yo en tí amaba
En tí ya no veo ;
No eres tú la diosa
Que adoro tan ciego.
La diosa que adoro
No vive en el tiempo ;
Sus piés inmortales
No tocan el suelo.

LAS AVENTURAS DE CIDE YAHYE,

historia filosófica y verdadera.



PRIMERA PARTE.

La belleza ideal.

*Io mi son pargoletta bella e nova,
E son venuta per mostrarmi à vui
Delle bellezze e loco dond'io fui.
Io fui del cielo, e tornerovi ancora,
Per dar della mia luce altrui diletto;
E chi mi vede, e non se ne innamora,
D'amor non averà mai intelletto.*

(DANTE ALIGIERI, Ballatta.)

I.

ALLÁ en los tiempos antiguos
Y cuando era la morisma
Dominadora soberbia
De la bella Andalucía;
En un rincón olvidado,
Por pobre, de la codicia
De los hombres, y perdido
En la espesura sombría
De las selvas y los montes
Que en torno de la campiña
De Granada, en ancho cerco,
Alzan las gigantes cimas,
Cide Yahye venturoso

Era señor de una villa ;
Y aunque adornada tan solo
De seculares encinas ,
De olivos y de castaños ,
Era agradable á la vista
De aquel quebrado paisaje
La rústica perspectiva.
Los sencillos habitantes
En su pobreza vivian ,
Sin pensar que mas placeres
Brindase al hombre la dicha,
Que los dones que la tierra
De su trabajo solia
Darles en premio, y los goces
De su existencia tranquila.
Virtuoso Cide Yahye,
Y su corta monarquía
Con la vista dominando ,
Administraba justicia,
Dando en las varias disputas
Sentencias equitativas,
Bajo de un árbol sentado,
Á la puerta de su quinta.
Á las labores del campo
Iba para presidirlas ,
Como el rey que en el escudo
De Aquiles Homero pinta ;

Y al llegar las gratas fiestas
De la siega y la vendimia,
Con los mismos labradores
Cantar y bailar solia.
Amoroso con la gente,
Y contento de su vida,
Practicaba Cide Yahye
La mejor filosofía.
En sus colorados labios
Siempre brillaba la risa;
En su cuerpo fuerte y sano
Retozaba la alegría.
Tal era el rey, tal el reino,
Donde la virtud sencilla
Moraba con la inocencia
De la gente campesina;
Donde los dorados tiempos
Que fingen en sus dulcísimas
Canciones los favoritos
De las musas de Sicilia,
Con su patriarcal ternura
Realizados se veían.
Cuéntase pues que las hadas,
Al ver la maldad impía
De los hombres, de la tierra
Ya para siempre se iban,
Cuando este reino dichoso

Descubrieron, y benignas
Quisieron favorecerle
Con su presencia divina.

II.

Tomaron aquel reino para morada propia
Las hadas, y le dieron su santa beatitud,
Y en su seno vertieron el cuerno de la copia,
Henchido de riqueza, de gozo y de salud.

Formaron en el aire conciertos armoniosos,
De eterna primavera dotaron al vergel,
Hicieron de la viña los frutos mas sabrosos,
Llenaron las colmenas de perfumada miel.

Pusieron en las fuentes misterioso murmullo,
Vistieron de hermosura las flores del jardin,
De la paloma hicieron mas lánguido el arrullo,
Y mas sonoro el trino del ágil colorin.

Como menudo aljófar las gotas de rocío
Trémulas en el cáliz de la entreabierta flor,
Un fructífero fuego el calor del estío,
Una llama divina el fuego del amor.

Do quiera que las hadas esparcian su aliento
Crecian frescas rosas de aroma celestial,

Con viva luz en torno resplandecía el viento,
Cuajábanse en el aire palacios de cristal.

Las hadas á las nubes dieron bellos matices,
Á los céfiros blandos suave libertad;
Para hacer á los súbditos de Yahye mas felices
Arrullarlos quisieron en dulce ociosidad.

Sin el trabajo humano daba el feraz terreno
Los frutos mas opimos con solícito ardor,
Torrentes de riqueza brotaban de su seno,
De las fecundas hadas encanto bienhechor.

Nacia sin cultivo el delicado lino,
El gusano industrioso trabajaba á la vez
La seda, en los arbustos el algodón mas fino
Mostraba en áureas rosas su limpia candidez.

En los mismos corderos la fina y blanca lana
De diversos colores se solia pintar;
Ya era azul como el cielo, ya refulgente grana;
Las hadas la tejian con arte singular.

Cuanto al hombre le es grato las hadas reunieron
En aquel feliz reino, su encantada mansion;
Los frutos mas extraños las hadas produjeron
Que el comercio nos trae de distante region:

La fragante canela, el café de la Moka,
Que destilado forma tan suave licor ;
La que en árbol tan grande, con magnitud tan poca,
Crece negra pimienta de agradable sabor :

La yerba del Catay olorosa y salubre,
Los plátanos, que almibar dentro del fruto traen,
La palma, que maduros los dátiles encubre
Con las airosas ramas que en verdes arcos caen.

Cuantas aves adornan la alegre primavera
Hacian de aquel reino su estancia habitual ;
Recorria los campos la perdiz placentera,
Posábase en la oliva el sabroso zorzal.

Los ánades silvestres con majestad graciosa
Cerníanse en el seno del lago, sin temor,
Y el campo poetizaban la tórtola amorosa
Y el ruiseñor sencillo, de los bosques cantor.

Como nunca de hermosas lucian las doncellas,
Que ya el sol ni el trabajo podian marchitar,
Las delicadas manos suavísimas y bellas,
Los talles elegantes, amoroso el mirar.

Cantaban y bailaban, asidos de las manos,
Pastores y zagalas, hablando de su amor ;

Sentados á la sombra miraban los ancianos ,
Los más dulces recuerdos gozando á su sabor.

A pesar de Mahoma , aromático vino ,
Mejor que los gloriosos de Málaga y Jerez ,
Chispeaba en las copas , y su fuego divino
De las hinchadas venas serpeaba al través.

Él vertía en el pecho el amante deseo ,
Él ponía en los labios la dulce persuasión ,
Y en las negras pupilas , con el furor pimpleso ,
Brillaba mas hermosa la luz del corazón.

El día se pasaba en danzas y en suaves
Pláticas amorosas , la noche en poseer
Los tesoros del sueño , hasta que al fin las aves
El alba amenizaban con trinos de placer.

Todo en aquella tierra era paz y ventura ;
Sobre ella la alegría sus alas extendió ,
Y por el ancho espacio de su atmósfera pura
La copa del deleite ufana derramó.

Nunca dicha mas grande soñó en su falansterio
De Fourier admirable el ingenio creador ,
Ni nunca en el mas rico antiguo monasterio
Hubo paz mas perfecta ni abundancia mayor.

Esto hicieron las hadas, y en bullicioso coro
 Con los mortales mismos se solian mezclar,
 Y al compasado estruendo del crótalo sonoro
 Cantos dar á los vientos, y ligeras bailar.

III.

El buen rey, de las hadas protegido,
 Tambien entre la fiesta se mezclaba,
 Y á la música alegre dando oído,
 De su vientre á pesar, diestro bailaba ;

—

Que era pequeño y gordo, pero habia
 Un no sé qué de penetrante y vivo
 En su rostro, que el alma descubria,
 Siendo de ella trasunto fugitivo.

—

No le acosaba el velador cuidado,
 Ni placer le faltaba ni riqueza,
 Disfrutando de un sueño regalado
 En el seno gentil de la pereza.

—

Guardaba de su haren en el recinto
 Mujeres como lindos serafines,
 Alhaja's mil de género distinto,
 Y perfumes y fuentes y jardines ;

Y de una quinta, que la fértil vega
 Ostentaba en la parte mas florida,
 De generosos vinos la bodega
 Con profusion diversa bien surtida.

Cantos gozaba, bailes seductores,
 La tierra en torno sonria ufana;
 Amor le prodigaba sus favores,
 Renacia en él la juventud lozana.

Mas en tan grato estado y tan risueño,
 Yahye empezo á sentir melancolía;
 Buscó la soledad, faltóle el sueño,
 Vagó en el seno de la ~~sombra~~ umbría.

selva

Ardió su corazon en la sagrada
 Llama de lo ideal, que tierna adora,
 No satisfecha el alma enamorada
 Del placer que en la tierra se atesora.

Buscó en la noche su ilusion querida,
 La creyó hallar entre la selva oscura,
 En el seno de ~~la~~ aura adormecida,
 En el cristal de la corriente pura.

12

Prestó Jahye un amante sentimiento
 Al arrullo del céfiro en las hojas,

A las flores amor, y pensamiento
De la tórtola amante á las congojas.

Y no pudieron apagar el fuego
Del místico raudal de sus dolores,
Ni de la noche el plácido sosiego,
Ni la tórtola, el céfiro y las flores.

Y por calmar su loco desvario
Se entregaba otra vez á sus placeres,
Mas solo hallaba doloroso hastío
En festines, perfumes y mujeres.

Todo á su alma indiferente era ;
El poderoso corazon sentia
Taciturno dolor, y una hechicera
Forma ideal fingió la fantasía.

La encadenada inteligencia humana
Muy rara vez tras lo ideal se lanza ,
Pero la voluntad recorre ufana
La eterna inmensidad de la esperanza.

Que el Eterno nos dió tan solo, creo,
Un rayo de su ciencia peregrina ;
Pero el alma se eleva en el deseo
Y se baña en la atmósfera divina.

Deseo insaciable, que del pecho brota
 Y en un inmenso círculo se extiende,
 Cuya circunferencia, siempre ignota,
 Al Hacedor y á la creacion comprende.

¡Oh amor sublime, celestial anhelo
 De los santos, artistas y cantores,
 Con una de tus flechas desde el cielo
 Pusiste en Jahye místicos amores!

Mirándole las hadas afligido,
 Consolarle querian con su canto,
 Mas él lanzaba un mísero gemido
 Ó derramaba lastimero llanto.

Por fin, un dia que elocuente estuvo,
 Gracias al rico néctar jerezano,
 Ante las hadas, que reunidas tuvo,
 Logró explicar su anhelo sobrehumano.

IV.

«Por vuestro benigno influjo,
 Dijo el rey Jahye á las hadas,
 Nuestras rústicas moradas
 En la abundancia se ven;
 Y felices mis vasallos
 En el ocio y los amores,

Se olvidan de los dolores
Humanos en este eden.

» Aquí mas mágico brilla
En el diáfano espacio
Ese disco de topacio
Que á la noche da fulgor ;
Palacios hay en el viento,
Maravillas en la tierra ,
En nuestros pechos se encierra
Encadenado el amor.

» Aquí un olor mas suave
Tienen las gallardas flores ,
Son mas vivos los colores ,
Mas pura la luz del sol ,
Mas melodioso el murmullo
De las auras y las linfas ,
Y haceis mas nítido, ninfas ,
Del aurora el arrebol.

» Mas de tal dicha orgullosa ,
Remontó el alma su vuelo,
Y sentí un gigante anhelo
En mi corazon hervir ;
Con este anhelo se eleva
Mi ser de mi ser por cima ,

Y desdichado se estima
Sin alcanzarle ó morir.

» ¡ Hondo afan ! ¡ Noble delirio !
¡ Amor del alma belleza !
No guarda naturaleza
Á mi amor objeto igual ;
Mas traspasando sus lindes
En la rauda fantasía ,
La enamorada alma mia
Ha encontrado lo ideal.

» Y de aquí nace el hastío
Que de cuanto miro brota ,
Y el placer mas leve agota
Y marchita el corazon ;
Del orgullo de mi alma
Es un magnífico arcano,
Y para el vulgo profano
Una incógnita afliccion.

» Sin esta célica idea ,
Por el alma concebida ,
De esencia desconocida
Y de sustancia inmortal ,
Y que me muestra el deseo
Con luz aparente y vaga ,

Que los sentidos halaga,
Fingiéndola material;

»Sin la posesion y goce
De esta inexplicable idea,
Que la imaginacion crea
Más allá de la creacion;
Concebida en el deseo,
Sin comprenderla la mente,
Nacida del vehemente
Impulso de la pasion;

»Nunca juzgueis que mi vida
Pase feliz en el mundo;
El fuego de amor profundo
Pronto la consumirá;
Y entonces de las cadenas
Libre, que me guardan ora,
En la mente creadora
Podré abismarme de Alá.

»¡Magas bellas! en los sueños
De mi loca fantasía
La forma yo descubria
De esa idea celestial;
Levantándose en el aire,
Circundada de aureolas,

Columpiándose en las olas
De un piélago de cristal.

» Á las creaciones sublimes
De los poetas divinos
Dí cuerpo y ser peregrinos,
Vida, juventud y amor;
Pero en ninguna encontraba
La fantástica señora
Cuya luz el alma adora,
Sin conocer su valor.

» Que mas alta se elevaba,
En lo infinito mecida;
El principio de su vida
Inmediato estaba en Dios.
Comprenderla nunca pudo
El humano pensamiento,
Ni sentirla el sentimiento,
Ni descifrarla la voz.

» Vosotras solo podeis
Satisfacer tanto anhelo,
Arrebatando del cielo
La llama que alimentó
Mi concepcion soberana,
Y dándole forma ahora

Con la fuerza vencedora
Que el Eterno os concedió.»

V.

Dijo, y los labios de las hadas luego
Una sonrisa plácida mostraron,
Y de sus ojos de amoroso fuego
Mil rayos de esperanza derramaron.

—

En círculo tejieron una danza
En derredor de Jahye, tan ligera
Como el vuelo fugaz de la esperanza
Que se remonta á la azulada esfera.

—

Y al céfiro entregando las aéreas
Divinas formas, el espacio hendieron,
Y á las regiones caminando etéreas,
Dulces cantares á los vientos dieron.

—

¡Cidy Jahye! tu amante deseo
Á la eterna beldad te sublima;
Es la llama creadora que anima
En los hombres la luz celestial,
Que da al mártir aliento en la hoguera,
Que á los héroes excita al combate,
Y en las venas enérgicas late,
Inspirando al poeta inmortal.

Á tu ruego las hadas rendidas ,
Á los vientos sus formas entregan ,
Y el inmenso Océano navegan
Del espacio y el tiempo sin fin.
Del espíritu ardiente en el mundo ,
En un mundo invisible su vuelo
Detendrán , y robada del cielo,
La hermosura será para tí.

Sé feliz si en tu pecho sereno
La esperanza vivífica está ;
Si de ingente deseo está lleno ,
La divina esperanza en tu seno
Una ingente energía pondrá.

Así cantando alegres , las hadas en el aire ,
Como lejana nube , se perdieron por fin ,
Y extendidas las alas con gracioso donaire ,
De nuestra espesa atmósfera doblaron el confin.

Al sentirse en el éter bañadas por do quiera ,
Se desnudaron luego la forma terrenal ,
Y ya puros espíritus , como la luz ligera ,
Los campos recorrieron del éter celestial.

Y llegaron al mundo do las ideas viven ,
Y de la inteligencia habitan en el mar ;

Así como los cuerpos y formas se perciben
En el tendido espacio flotando sin cesar.

Y arrebataron luego la concebida idea,
Y una forma perfecta la dieron de mujer,
Esplendente cual rayo de la lumbre febea,
Que en el dorado viento se baña con placer.

Sacaron de las flores la mas suave esencia
Para dar á su aliento perfume sin igual,
De una llama divina de noble inteligencia
Adornaron las hadas su frente virginal.

De la deidad de Chipre la zona encantadora
En torno colocaron de su talle gentil,
Y en sus mejillas puras, cual la luz del aurora,
Avergonzar quisieron la rosa del abril.

Eran dos luces bellas, del alma noble encanto,
Brillantes de deleite, dormidos de pudor
Sus ojos, y su boca el cáliz limpio y santo
Do puro se guardaba el néctar del amor.

El delicado arrullo del apacible viento,
Si á Flora misterioso enamora tal vez,
No puede ser mas blando que el voluptuoso acento
Que exhalaban sus labios, mas dulces que la miel.

Diéronle la pureza de las vírgenes flores
Las hadas , de la tórtola el inocente ardor,
Del alba nacarada los púdicos colores ,
El melodioso encanto del tierno ruiseñor.

Del corazon sencillo la mágica violencia
Su terso seno cándido hacia palpitar ,
Y una vaga sonrisa de amorosa inocencia
Sobre sus frescos labios volaba sin cesar.

Nunca mujer mas bella fingió la fantasía
En los mágicos sueños de un genio creador,
Levantada en las alas de la ardiente poesía ,
Adormida en el seno del encantado amor.

Ni nunca puro arcángel ni hurí del paraíso
Dieron forma mas bella á la esencia inmortal;
Que el poder de las hadas en ella mostrar quiso
La fórmula suprema de lo bello ideal.

Así formada , al mundo trajéronla dormida
Con el tranquilo sueño que goza la virtud ;
Vertieron en su rostro espíritu de vida ,
Y ciñeron sus sienes de eterna juventud.

VI.

¿Qué poeta en sus cantos no te evoca?
 ¿Quién dulces versos en tu honor no canta,
 Si á tu grandeza la alabanza es poca,
 Si en tu hermosura el corazón se encanta?
 Con viva fe la humanidad te invoca,
 Y el amor suyo hasta tu amor levanta,
 Siempre con varios nombres uno mismo,
 De nuestro inmenso amor inmenso abismo.

—

Sed de deleite, sed de lo futuro,
 Del sumo bien inextinguible anhelo,
 Extasis milagroso de amor puro,
 Que nos transporta de la tierra al cielo;
 Tú haces bajar del eternal seguro
 Al mismo Amor con amoroso vuelo,
 Y desde la alta esfera cristalina
 Al hombre infundes su ilusion divina.

—

Fruto de la sagrada inteligencia
 Y de la libre voluntad humana,
 Pues del alma y del Ser tu etérea esencia
 Por un enlace místico dimana;
 Raudal de gloria, manantial de ciencia,
 Recuerdos dulces, ilusion temprana

Eres, y cuanto el hombre finge y crea,
De la fe causa, fuente de la idea.

Como la anacreónica paloma
Te meces en las cuerdas de la lira,
El corazón en tí su fuerza toma,
Tu aliento solo el entusiasmo inspira;
Das vida al arte, y encantado aroma
Sobre tu seno el ánima respira,
Cuando, de la materia roto el lazo,
Con ternura descansa en tu regazo.

Así el alma de Yahye, que dormido
Se quedó con el canto de las hadas
(Lo que tal vez os haya sucedido
Con mi historia, lectoras adoradas),
Le dejó en su letargo sumergido,
Y con las raudas alas desplegadas
Rompiendo el aire y remontando el vuelo,
Se fué á perder en el azul del cielo.

Y se nutrió de luz y de ambrosía,
Se coronó de amor y de contento,
Adquirió nueva vida y energía
Su noble y endiosado pensamiento;
El éter recorrió su fantasía,
Y mecido su espíritu en el viento,

Se volvió al cuerpo , que , en quietud sabrosa,
Soñaba ya con su futura esposa.

Y entonces despertó con nuevo brio,
Sintió en su pecho arder la llama pura
De un amante y suave desvarío,
Brilló en sus ojos sin igual ternura,
Y se encontró del plácido sombrío
Reclinado en la fértil espesura,
Oyendo en torno un cántico sonoro,
Por muchas voces repetido en coro.

Rico canto triunfal, que alzaba el alma
Desde la tierra al cielo en un instante ;
Mas la de Yahye conservó su calma,
Y vió que se acercaba una radiante
Virgen, esbelta como airosa palma
Y vestida de un manto rozagante.
De la virgen en pos, las hadas bellas
Eran del sol de su beldad centellas.

Iban en pos de la beldad divina
Las hadas, cantos entonando suaves,
Cantos que, al ver su forma peregrina,
En la enramada las parleras aves
Repetian; la fuente cristalina
Mas dulce murmuraba, y con mas graves

Sublimes cantos la creacion entera
Saludaba á la vírgen hechicera.

Besábanla los céfiros lascivos,
Y al pasar, en su seno derramaban
Pensamientos de amor, que fugitivos
Sobre su frente cándida cruzaban;
Los genios y las gracias con festivos
Bailes en torno de ella se agitaban,
Enredando su talle los amores
Con mil cadenas de olorosas flores.

Las frescas ondas de la clara fuente,
El ruiseñor amigo de la rosa,
La enamorada tórtola doliente,
Del céfiro la amante mariposa,
Su beldad celebraban sorprendente;
Y la Fama á la par, con sonora
Trompa, volando sobre el aura pura,
Anunció por el mundo su hermosura.

Y no quedó nacion, no quedó tierra
Donde la dulce nueva no llegara,
Ni cuanto en sí naturaleza encierra,
Que por ella de amor no palpitará;
Se estremeció de gozo la alta sierra,
Brincó en su cauce la corriente clara,

Las almas con ternura la adoraron,
Su belleza los cuerpos reflejaron.

Y todo aquel amor que de su seno
Naturaleza derramaba en torno,
Suspiros dando el céfiro sereno,
Y olor las flores, del pensil adorno,
Sintió Yahye en su pecho, de amor lleno,
Al ver el vago y celestial contorno
De la beldad angélica, nacida
Del impulso de su alma enardecida.

Y exhalando un dulcísimo suspiro,
Lleno de amor y de ansiedad dichosa,
Exclamó Yahye: « En realidad te miro
Al fin, divina hermana mia, esposa;
Y en tí mi propio pensamiento admiro,
Que te ideó tan pura y tan hermosa,
En alas levantado del deseo,
Arrullado en su amante devaneo.

» Bendita seas, luz de amor, paloma,
De mi espíritu hija y del divino
Espíritu, en el cual su fuerza toma
Mi corazón, de tu hermosura dino;
¡ Oh, cuál esparce delicioso aroma
El aire que circunda tu camino!

¡Cómo las aves cantan ! ¡ Cuán ardiente
Brilla la luz sobre tu tersa frente !

—
» ¡ Cuán hermosa eres tú , paloma mia ,
Hija del alma , flor del pensamiento ,
Engendrada en mi noble fantasía ,
De mi amor llama , de mi ser aliento ,
Perfecto tipo de ideal poesía ,
Hurí del estrellado firmamento ;
Vén á mis brazos , vén , esposa , hermana ,
Yo tu esclavo seré , tú mi sultana ! »

—
Dijo , y ciñó con los amantes brazos
De la beldad la virginal cintura ;
Y ella , estrechada en tan süaves lazos ,
Desfalleció de amor y de ternura :
Y Yahye recibió de sus abrazos
El deslumbrante don de la hermosura ,
Mientras que le cercaban los amores ,
Himnos cantando y esparciendo flores .

—
La plenitud del ser y de la vida
Beber creyó de amor en el torrente ;
En su luz vió la luz ; llama encendida
En noble orgullo iluminó su frente ;
Y así Yahye se unió con su querida ,
Y realizó los sueños de su mente ,

Transfigurado, hermoso, giganteo,
Con el logro gentil de su deseo.

VII.

Al unirse Cide Yahye
Con la ideal hermosura,
Celebrar bodas tan gratas
Dispone con pompa suma.
De la capital las calles
Alfombrar manda con juncia,
Y arcos formar y enramadas
De romero y de gayumba.
Banderas de mil colores
Leves en el aire ondulan;
Se tapizan las paredes
Con alcatifas morunas.
Todo el reino está de gala;
Y al llegar la noche oscura,
De brillantes luminarias
Se coronan las alturas,
La fachada de las casas,
De las mezquitas la cúpula.
Marca la luz los perfiles
De la bella arquitectura,
Y esta sobre el negro fondo
De los cielos se dibuja.
Vence en brillo á la del día

La luz que todo lo inunda,
Desde el alcázar de Yahye
Á la recóndita gruta.
Crótalos, flautas, tiorbas,
Chirimías y bandurrias,
Y enamorados cantares
Por donde quiera se escuchan.
Danzas hay aquella noche
Como no se han visto nunca,
Desde la que en Creta el docto
Dédalo enseñó á la rubia
Hija del Rey, que á los muertos
Allá en el Tártaro juzga,
Hasta el cancan, el bolero,
El fandango y la mazurka,
Y los walses y las polkas
Que en nuestro siglo se usan.
De leve blonda fantástica
Vistiendo cándidas túnicas,
En sendos hilos de perlas
Enredada la cintura,
Coronadas de diamantes,
Que imitan soles y lunas,
Bailan y cantan las hadas
Con gracia y desenvoltura.
Las mas gentiles doncellas
Del reino á la novia adulan;

La novia se alza entre todas,
Como la palma entre murta.
En tanto las avecicas,
Allá en la verde espesura,
Un sublime epitalamio
Con dulces trinos modulan;
Y aunque vuelan y gorjean,
Es su exterior contestura
De esmeraldas y rubíes
Y otras joyas que deslumbran.
Hay en el valle aquel día
Mil tortolillas que arrullan;
Las unas tienen esposo,
Las otras están viudas;
Mas todas están asadas,
Todas rellenas de trufas,
Y no por eso están quietas,
Y no por eso están mudas,
Que están diciendo «comedme»,
Con melodiosa ternura,
Y hasta á la boca se vienen,
Cruzando las auras puras.
El pueblo todo se entrega
Al regocijo y la bulla;
Y almíbar, vinos suaves,
Leche y horchata de chufas
Derraman las fuentes todas

De sus encantadas urnas.
 Hay tambien altas cucañas,
 Y el que á la cima se encumbra,
 Por haber en el país
 De los bienes de fortuna
 Tanta abundancia, consigue
 Premios de mayor dulzura.
 •Elixir de amor perfecto
 Ponen las hadas en una;
 En otra de las cucañas
 Los viejos un licor buscan
 Que las canas ennegrezca,
 Que disipe las arrugas
 Y que en las venas heladas
 Fuego juvenil infunda.
 Hay en otra una sustancia,
 Invencion rara y aguda,
 Junto á la cual el *hachich*
 No tiene virtud alguna.
 Á los cielos se remonta.
 Quien esta sustancia gusta,
 Y en un minuto de ensueños
 Goza un siglo de ventura;
 Las huríes le acarician,
 Y los genios con las plumas
 Le abanican de sus alas,
 Con sus arpas le dan música,

Y con las flores del árbol
 Del Tooba le perfuman.
 Tales son las diversiones
 En que se goza la turba ;
 Mas damas y caballeros
 De rancia é ilustre alcurnia
 Acuden luego á palacio ,
 Do alegres se congratulan ,
 Y de la opípara cena
 Que les da Yahye disfrutan.
 La cena de Baltasar ,
 Que , á no ser por la escritura
 Misteriosa y por la mano
 Que tantos males anuncia ,
 Fuera envidiable ; las cenas
 Que Semíramis augusta
 Daba al príncipe de Armenia ,
 Prendada de su hermosura ;
 Y sobre todo, el festin
 Que el rey Asuero dió en Susa ,
 Adó satrapas y magos
 Fueron en cebras y mulas ,
 En caballos y elefantes ,
 Y en carretelas ebúrneas ;
 Aquel banquete estupendo ,
 Do convidados se juntan
 Sábios , guerreros y damas .

Que el reino de Persia ilustran
Desde el Tanais hasta el Indo,
Desde Bactra hasta Betulia ;
Concurridos y famosos
Convites fueron sin duda,
Pero el que da Cide Yahye
En mas primores abunda.
Marcial discreto en su *Xenia*
Manjares no mentó nunca ,
Como los que allí el olfato
Y el paladar estimulan.
Jamás extrajo Carême
Quintas esencias tan puras ,
Ni las soñó Savarin ,
El gran doctor de la gula.
Confites hay cien mil veces
Mas dulces que miel y azúcar,
Y no empalagan ni cansan
Con tan extraña dulzura.
Hay allí vinos mas ricos
Que el Tocay y el Siracusa ,
Y mantecosos sorbetes
Y sabrosísimas frutas.
Arden en áureos braseros ,
Y por el aura circulan
Esencias con que en el cielo
Las huríes se sahuman.

Las hadas entonan versos
 Que dan envidia á las musas.
 Para que todo al recreo
 Y á la amenidad concurra,
 Salen los gnomos deformes
 De sus negras catacumbas,
 Y juegos hacen de manos
 Con singular travesura.
 Los chistes y discreciones
 Y la algazara confusa
 Hicieran reir á Orétes
 Á despecho de las Furias.
 No hay que decir que el buen tono
 Reinó en aquella tertulia,
 Y que hizo el Rey los honores
 Con extremada finura.

VIII.

¡Ay, qué pronto se pasan los momentos
 De dulce amor y de ilusion querida,
 Y nos dejan, en cambio, los tormentos
 Y el triste desengaño de la vida!

¿Qué flor habrá que el tiempo no marchite,
 Por mas que preste su fragancia agrado?
 Qué dicha habrá que el tiempo no nos quite?
 A qué placer no seguirá el enfado?

Pensando en tí, jamás cumplido anhelo,
 Dijo Espronceda con verdad notoria :
 « Ó eres recuerdo de un perdido cielo,
 Ó la esperanza de futura gloria. »

Y para recordarnos el destino
 Que aspirar debe el alma á mas altura,
 Del placer nos disgusta de contino,
 Ó nos roba el placer si el gusto dura.

Y no hay amor que no consuma el tedio,
 Ni amistad en el mundo duradera,
 Ni gozo sin disgustos de por medio,
 Ni vino que no cause borrachera.

¡Qué terrible es vivir si sus lecciones
 El destino nos da tan duramente!
 Pero con mis morales reflexiones
 Me pongo por demás impertinente ;

Y así, dejando aparte mis quebrantos,
 Que al fin son los quebrantos generales,
 Y extenso asunto dieron á los cantos
 De otros poetas buenos y fatales ;

Volvamos á la historia del rey moro,
 Que se reclina en brazos de su amada ,

En un lecho de púrpura y de oro,
Por el amor la frente iluminada ;

Que bebe amor en el ardiente beso
De los intactos labios de la bella ;
Que respira el suavísimo embeleso
Que derraman los genios sobre ella ;

Que su pequeñez cambia y su gordura
En forma esbelta y talle de gigante,
Y que ostenta la mágica hermosura
Que el entusiasmo presta á su semblante.

Entusiasmo que el ánima encendia
Por Fátena (que así llamarla hizo),
En un amor del cual la musa mia
Pintar no sabe el celestial hechizo.

Junto á Fátena, linda, encantadora,
Gozó el buen Yahye aquella noche..... Un velo
Echemos á sus goces.—Ya la aurora,
De escarlata y zafir tiñendo el cielo,

Con los dedos de rosa, del oriente
Las áureas puertas á la luz abria,
Y aun Yahye de su bien lánguidamente
Entre los brazos cándidos dormia.

A turbar vino entonces su sosiego
De las trompas el bélico sonido ;
Despierta , y ve á una diosa , que de fuego
Lleva el robusto corazon ceñido.

En pos de ella camina de guerreros
Gran multitud , que anuncia desventura
Y perdicion á Yahye ; sus aceros
Deslumbran como lampo en noche oscura.

Unos montados van á la jineta ,
Y la aljaba , al trotar , suena terrible ,
Y es de junco la rápida saeta ,
Y es el arco de búfalo flexible.

Otros llevan fortísimos broqueles ,
Hachas y agudas lanzas ; como espumas
Del mar blancos turbantes y alquiceles ,
Y en el yelmo un airon de rojas plumas.

Bravos muslimes son , y los pendones
Siguiendo del monarca granadino ,
Caballeros en árabes bridones ,
Enderezan al valle su camino.

Ya aquellas altas cumbres se veian
Con los blancos turbantes coronando ,

Ya en el seno del bosque se perdian,
Cual rápido torrente penetrando.

La Fama los guiaba, y de Granada
Iba en pos el monarca poderoso.
De Fátena su alma enamorada,
Anhelaba robársela á su esposo.

Lo siente Yahye, y con tremenda saña
Arde su pecho y con celosa ira ;
Desciende al punto armado á la campaña,
Y al enemigo, que se acerca, mira.

Sus escasos soldados junta luego,
Y camina á buscar los invasores,
Con roncas voces y despecho ciego
Llamándolos infames y traidores.

Estos se acercan ya, que por el llano
Raudos galopan con horrible estruendo,
El duro hierro en la homicida mano,
Con el polvo la luz oscureciendo.

Espesos los cerrados escuadrones
Cual las hojas de otoño, y tan ligeros,
Que el belicoso ardor de los bridones
No pueden refrenar los caballeros.

Y ya corrian con las riendas sueltas,
Formando viva y caprichosa cinta
De las veredas por las muchas vueltas,
Que ornaban flores de color distinta.

Las plumas y el acero refulgente
Parecian del sol á los fulgores,
Un ancho arroyo de metal candente,
Que en pos arrastra pintorescas flores;

Ó sierpe en cuyos lomos plateados
Se dibujaban como en claro espejo
Prodigiosos fantasmas agitados,
De la mente de un mágico reflejo.

Y Yahye, colocado en una altura
Con un puñado de vasallos fieles,
Los aguardaba con marcial bravura,
Como acosado lobo á los lebreles.

En aquel punto despertó la hermosa
Del apacible enamorado sueño,
Y al sentir la algarada temerosa,
Buscó en vano los brazos de su dueño.

Al cielo alzó las manos suplicantes,
Y ya en pos de su amor corriendo iba,

Cuando ancianos y vírgenes é infantes
Hallaron á la bella fugitiva.

Y un anciano (Ben-Hud llamado era,
Que en la gente zeneta origen tuvo,
Y en sus canas mostraba y faz severa
La experiencia y los años) la contuvo ;

Y ahogado por las lágrimas su acento,
Así la dijo : «¿ Dónde vas, Sultana?
Huir no puedes ; el bárbaro violento
Nos cerca por do quier con furia insana.

» Detrás de cada roca hay un soldado,
Y sigue de Granada la bandera,
Como los copos del invierno helado,
Hueste qué cubre el valle por do quiera.

» Mas que tu esposo vencerá te auguro ;
No te aflijas, hurí, porque ya el cielo
Á castigar dispónese al perjuro
Que el Islam vende, y huella nuestro suelo ;

» Al perjuro Alhamar, que, de Castilla
Siervo, su alcázar y potencia nueva
Sobre un monte de escombros de Sevilla,
Amasado con lágrimas, eleva.

»Vén, pues, hermosa Fátena, conmigo;
Verás desde la torre que corona
La fértil vega, en un seguro abrigo,
El triunfo con que Alá nos galardona.»

Así para calmar á la extranjera,
Dijo, y ahogó su llanto el triste anciano,
Enjugando la lágrima postrera
Con el revés de la rugosa mano.

De espanto llena, en la terrible duda,
Luchando entre esperanzas y temores,
Siguió á Ben-Hud, acongojada y muda,
La que nació del cielo y los amores.

Y todos los ancianos la cercaban,
Su gracia celebrando y su belleza,
Y mientras que á la torre caminaban,
Así decían con gentil grandeza :

«Combatir, en verdad que no es extraño,
Por causa de tan mágica hermosura;
¿Qué vale, en parangon de bien tamaño,
De una vida tranquila la dulzura?»

»Si la vejez no hubiese destruido
Con su soplo fatal la fuerza nuestra,

Los primeros hubiéramos salido
 Á combatir en la marcial palestra.»

—

Sobre la torre ya, todos los ojos
 Fijábanse en la dama, y el aliño
 De su beldad trocaba los enojos
 En dulces muestras de cordial cariño.

—

Porque no hay alma, por feroz que sea,
 Que amor no inflame al contemplar lo bello,
 Y en ese mismo amor, que la recrea,
 De su divino ser siente el destello.

—

La batalla á mirar se disponia
 Fátena, de dolor transida el alma;
 Ancianos y mujeres allí habia,
 Pero reinaba aterradora calma.

—

Cual las matronas de Ilion famosa,
 Trémulos esperaban el encuentro,
 Y mas que todos, la Sultana hermosa,
 Puesta de los ancianos en el centro;

—

Aunque sin culpa, semejante á Elena,
 Que, colocada sobre el muro pardo,
 Miró luchar en la campiña amena
 Al rubio Atrides y al pastor gallardo..

En esto ya del Nazarita altivo
 Cerca la hueste, resonó la trompa,
 Y aquel raudal de acero, ardiente y vivo,
 Se quedó inmóvil con guerrera pompa.

Mas duró poco el lúgubre sosiego;
 Demandó el granadino á la Sultana,
 Yahye se la negó; las huestes luego
 Se encontraron con furia sobrehumana,

Y de los dardos matadora nube
 Formaron; Azrael volaba en ella,
 Y con sus negras alas el querube
 Trajo la muerte á la pradera bella.

En la doblada plancha del escudo
 El hacha resonaba; tristes ecos
 El clangor bronco del clarin agudo
 De los peñascos despertó en los huecos.

Yahye entre tanto con valor sublime
 La muerte por do quiera difundia.
 « ¡Oh, con qué acierto destructor esgrime
 El fulminante acero en este dia!

» ¡Oh, qué valiente! Su terrible espada
 Se abre camino por la hueste fiera

(Exclamaba Ben-Hud); de esta jornada
Se admirará la gente venidera.»

Y Fátena miraba, y conocía
Entre la turba á Yahye, que en el seno
De la enemiga gente combatía,
De polvo y sangre y de coraje lleno.

Mas ¡oh dolor! que en medio de su gloria
Un dardo á herirle por el aire vino,
Que, para arrebatarle la victoria,
Contra su seno dirigió el destino.

El dardo matador entró en su seno
De peto y espaldar por la juntura,
Y Yahye vino á tierra, como el trueno,
Al caer resonando la armadura.

Fátena, al verle así, perdió sentido,
Y sus divinos ojos se velaron
Con nube de dolor. Hondo alarido
De espanto sus vasallos exhalaban.

Creyeron muerto á Yahye, y á la huida
Cobardes entregándose, la espada
Dividió sus gargantas, y la vida
Perdieron, y la gloria codiciada.

Así de Yahye se eclipsó la estrella ,
Así triunfó el monarca granadino,
Cayó en sus manos Fátena la bella ,
Se rindió todo á su feliz destino.

Pero no ; que de amigos corto bando
¡ Tanto puede el esfuerzo del que ama !
Seguian de Yahye en torno peleando
Con el ardor de destructora llama.

No dejarle jamás jurado habian ,
Y antes mil veces perecer primero,
Y cercándole todos, resistian
Cual firme muro de crujiente acero.

¡ Cuán difícil romperle ! Ya la tierra
De cadáveres llena se mostraba ,
Y en sangre tinta , cual la yerta sierra
Que el volcan cubre de encendida lava ;

Mas la muerte cruel sobre ellos vino,
Del amigo valientes defensores ,
Y ya hasta Yahye abriáanse camino
Para matarle al fin los invasores ,

Cuando las hadas , cual ligera flecha ,
Rompiendo el aire , á Yahye se acercaron ,

Y en una nube , por encanto hecha ,
Llevándosele oculto, le salvaron.

Y entonaron un himno misterioso,
Que solo con el alma oyó el herido ;
Himno que nunca el viento vagaroso
Llevó de los mortales al oído.

IX.

«Yahye, tú morir no debes ;
En vano la muerte imploras.
¿Por qué débilmente lloras
¡Oh Yahye! por la mujer?
Por qué materializaste
Esa beldad peregrina ,
Que en tus ensueños creaste ,
Sin llegarla á comprender?

» ¿Por qué nos rogabas tanto
La robáramos del cielo?
¿No pudiste en raudo vuelo
Tú mismo el éter cruzar,
Y abrazándote á la idea
En su pristina hermosura ,
Fuera del mundo, en la pura
Region del alma morar?

» Tú, que esa idea sentiste
De tu ser en lo profundo,
¿Cómo quisiste en el mundo
Darle un efímero ser?
El progreso de esa idea
Al tiempo sin fin excede,
El universo no puede
Su grandeza contener.

» Cual de un gérmen solo acaso
Dimanan las criaturas,
Cual se cifra en diez figuras
La infinita cantidad;
De la perfeccion suprema
Y la hermosura increada,
En esa idea cifrada,
Tuviste la inmensidad.

» Y aunque el objeto inefable,
De que la idea es emblema,
Y su perfeccion suprema
El mundo no guarde en sí,
Siempre por el portentoso
Y fecundo movimiento
De tu propio pensamiento
Pudiera nacer en tí.

» Mas tú la idea creadora
 En el pecho ahogaste, cuando
 Al nacer la ibas velando
 De una forma material.
 Pigmalion á su estatua
 Dió aliento, vida y sentido;
 Mas tú en fango has convertido
 La hermosura celestial.

» Indeterminada y vaga,
 Pura la idea en tu mente,
 Hubiera sido la fuente
 De la eterna beatitud:
 Desdoblándose en tu pecho,
 Mayor que el mundo te hiciera;
 Libre de forma, te diera
 Toda plasmante virtud.

» Como el escultor pagano,
 El mármol animarias;
 Como Salomon, sabrias
 Los enigmas descifrar
 Del lenguaje de las aves
 Cuando cantan sus amores,
 Del perfume de las flores,
 De los bramidos del mar.

» El misterio alcanzarias
 Del que en varios caracteres
 Unidos forman los seres
 Jeroglífico inmortal;
 Cábala maravillosa
 Que abarca toda la idea;
 El que la comprende crea
 Un universo ideal.

» ¡ Ah! tú no puedes crearle;
 Desechaste el germen puro,
 Interrumpiste el conjuro,
 Turbaste la evocación;
 Mas el amor que en tí vive
 Por la idea no entendida
 Da un alto fin á tu vida
 Y una sublime misión.

» Eres semejante al alma
 De amor al Amor objeto,
 Que en un consorcio secreto
 Pudo gozar del Amor,
 Y que gozarle tan solo
 Sin conocerle no quiso,
 Y perdió su paraíso
 Por un acto de valor.

» En un palacio encantado
La venturosa vivia,
Y gozaba y poseia
Toda riqueza y placer.
Á su seno, entre las sombras,
Amor venia rendido ;
Mas el bien desconocido
Ella quiso conocer.

» Y le vió hermoso y desnudo
Sobre el tálamo de amores,
Con alas de mil colores
Y el aspecto juvenil ;
La cabellera de oro,
La tez de rosas y nieve,
Blanca la mano, el pié breve
Y la estatura gentil.

» Era fuerte cual los dioses,
Como niño, delicado,
Y dormia enamorado ;
Soñando dichas de amor ;
De sus labios entreabiertos
Brotaba aliento divino ;
Nardo y claveles tan fino
Jamás exhalan su olor.

» Jamás tan gallardo esposo
 Desciñó en la noche oscura
 El cinto á la vírgen pura
 En la cámara nupcial;
 Jamás tan raro deleite,
 Jamás ventura tan viva
 Gozó criatura cautiva
 Del sentido corporal.

» Mas el Amor, despertando,
 Al mirarse descubierto,
 Trocó el palacio en desierto,
 Y hasta el empíreo voló.
 Y ella, el alma, le buscaba,
 Y desolada gemia,
 Y mil tormentos sufría
 Y por mil pruebas pasó.

» Y pura y santa por ellas,
 Cumplió su noble destino,
 Y así del esposo vino
 De nuevo á ver la beldad;
 Y al verla, conoció que era,
 No ya de forma velado,
 Ilusion lo que habia amado,
 Lo que amaba realidad.

» Yahye, vive, alienta; el mundo
 Recorre en pos de tu amada,
 Pues limpia y transfigurada,
 Cual el matutino albor,
 Volviendo á verla, con ella
 Vivirás eternamente,
 Sin agotarse el torrente
 De tu amor y de su amor.

—

» Serán tus penas profundas,
 Que no remedie la ciencia,
 Enigmas de la existencia
 Que resuelva la pasión.
 Vive pues; aliento grande
 Da á tu pecho y energía;
 Mucho debe todavía
 Combatir tu corazón.»

X.

Pienso que así las hadas cantarían,
 Pues nadie las oyó, cual llevo dicho;
 Y supongo también que volarían
 Por donde las llevase su capricho.

—

Y llegaron á un sitio misterioso,
 En el cual sanó Yahye de la herida

Para continuar su borrascoso
Viaje por la senda de la vida.

Entre tanto el monarca sarraceno,
Vencedor del valiente Yahye, diera
Sobre la torre al céfiro sereno
Por agradable juego su bandera.

A los que se salvaron de la espada
Súbditos de su cetro los hacia,
Á par que de la tierra conquistada
Lo mas pingüe á su gente repartia.

Mas á pesar de tanta desventura,
No perdió su beldad aquella tierra;
Y aun hoy salud, riqueza y galanura
Entre sus peñas áridas encierra.

«El valle de Lecrin» le llamó el moro,
Porque allí alegremente se respira;
Aun conserva este nombre, y un tesoro
De fértil hermosura allí se admira.

Allí crecen la vid y el limonero,
En la enramada canta Filomena,
Á Flora besa el aire lisonjero,
Y la tórtola fiel dice su pena.

Allí las dulces limas, las naranjas
Y el vino y el aceite se producen,
Y en el monte formando verdes franjas,
Robles, castaños y azofaifos lucen.

Su nido en las paredes y en las peñas
Suspende allí la errante golondrina,
Y en los copudos álamos y albeñas
La torcaz gime y la calandria trina.

La moscueta, el tomillo y la viola
Tienen el fresco ambiente perfumado,
Y el trébol, la verbena y la amapola
De púrpura gentil bordan el prado.

Prometen rico y sazonado fruto
Los manzanos en flor y los nogales,
Y da el arroyo al valle su tributo,
En brazos mil partiendo sus raudales :

Ciñen la márgen por do el paso tuerce,
En venas fecundantes, mejorana,
Mastranzo, toronjil, fragante alerce,
Mimbres y almendros con su flor temprana.

Y brinca el agua, y la ladera cruza,
Y con grato rumor mueve el molino,

Y en diamantes la rueda desmenuza ,
Y difunde el tesoro cristalino.

Vagos iris en fuentes y cascadas
Pone el radiante sol, que las colora ;
Invisibles allí tal vez las hadas
Aun tienen su morada encantadora.

¡Ay, cuántos de deleite y de ventura,
Que nunca volverán, risueños dias,
Pasé vagando á pié por la espesura
De las florestas de Lecrin sombrías!

Y vosotros, queridos compañeros,
Que aquella expedicion tambien hicisteis
Con vihuelas y flautas y panderos,
Decid, decid lo que en el valle visteis.

¡Qué lindas las muchachas de la aldea !
¡Cómo de nuestro canto se alegraban !
Ninguna era gazmoña ni era fea,
Todas alegremente nos trataban.

De la puerta al umbral ora venian ,
De heliotropo y de hiedra coronado ;
Ora por vernos al balcon salian ,
De oliva ó palma vencedora ornado ;

Ya el lindo juvenil rostro moreno,

Á la voz de « estudiantes », asomaban
Al ajimez angosto sarraceno,
Que rosas y albahaca perfumaban.

Pero dejemos ya las digresiones ,
Que no tocan ni atañen á esta historia ,
La mas rara entre cuantas tradiciones
Guarda allí el campesino en la memoria.

Una noche , sentado en la cocina ,
Escuché , de la venta de Tablate ,
Á una vieja la historia peregrina
Que narro , aunque parezca disparate.

Y bien recuerdo que añadió la anciana ,
Al llegar á este punto de su cuento ,
Que en una cueva del lugar cercana
Durmiendo Yahye , se curó al momento.

Dejémosle curarse descansando.
Yo entre tanto , lector , perdon te pido ,
Y descanso tambien , solo anhelando
Que te parezca el cuento divertido.

Y la primera parte aquí concluyo ,
Y si no te disgusta , te prometo
Que , para gloria mia y gusto tuyo ,
He de escribir el cuento por completo.

INDICE.

	Pág.
PRÓLOGO.	III
POESÍAS.—Al Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano. . .	3
En el Album de María.	12
Soneto. (Imitacion de Lamartine.).	13
En la tumba de Laureta.	14
La Maga de mis sueños.	15
A mis Amigos.	18
En la Egloga cuarta de Virgilio.	20
La Divinidad de Cristo.	24
A Delia. (Imitacion de Lamartine.).	28
Granada y Nápoles.	31
Noche de Abril.	35
A..... (Soneto.).	37
Sobre la primera página de un ejemplar del Orlando. . .	38
Cancion.	40
Cancion.	44
Despedida.	47
La Resurreccion de Cristo.	48
En un Album.	53
A la muerte de una Niña.	54
Del Amor.	55
El Amor y el Poeta.. . . .	58

Sueños.	61
Amor del Cielo.	65
A Malvina.	67
A Gláfira, de dominó negro.	71
A Catalina.	74
Plegaria.	76
A Cristóbal Colon.	79
Recuerdo.	87
El Fuego divino.	90
A Julia.	95
PARÁFRASIS Y TRADUCCIONES. — El Pajarillo. (Del príncipe de Ipsilanti.)	99
Un Recuerdo. (De Manuel Geibel.)	101
Al Sueño. (Del mismo.)	102
El hada Melusina. (Del mismo.)	104
El Angel y la Princesa. (Romance de Garrett.)	106
Romance de la hermosa Catalina. (Del portugués.)	111
Romance del Pastorcito y la Infanta. (Del alemán.)	115
Firdusi. (De Enrique Heine.).. . . .	116
Romance del Pajecito. (De Manuel Geibel.)	123
Las Gotas de néctar. (De Goëthe.)	126
FÁBULA DE EUFORIÓN.	127
EL PARAÍSO Y LA PERI, leyenda oriental de Mr. Tomás Moore.	155
SAUDADES DE ELISENA.	181
LAS AVENTURAS DE CIDE YAHYE. Primera parte, La belleza ideal.	197

FIN.

60616122

61

65

67

71

74

76

79

87

90

95

99

101

02

04

06

11

5

7

8

9





